

POEMAS

Tennyson

50 DAD
CCIÓN

ES

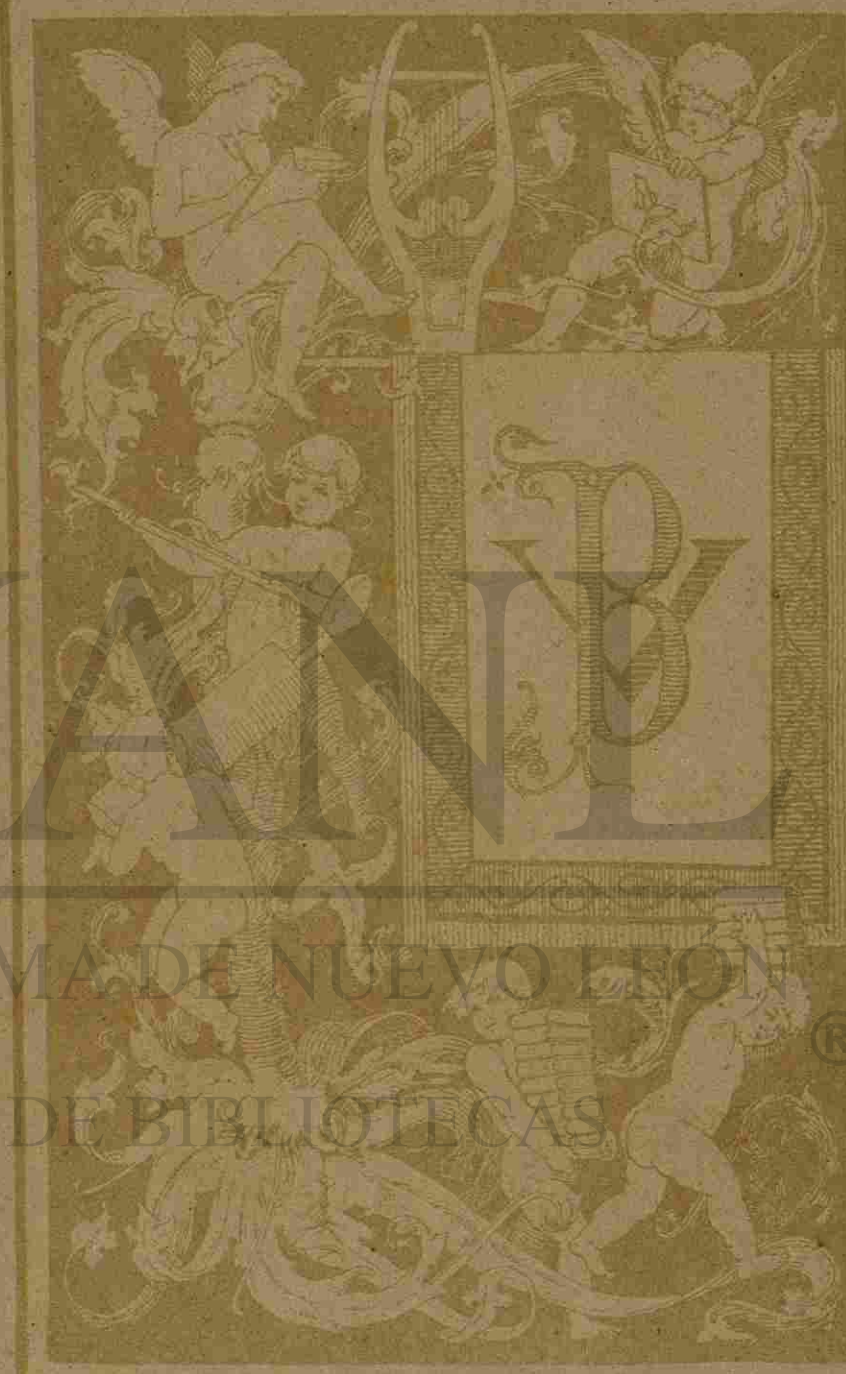
COOPERSON

PR5550
E83
c.1

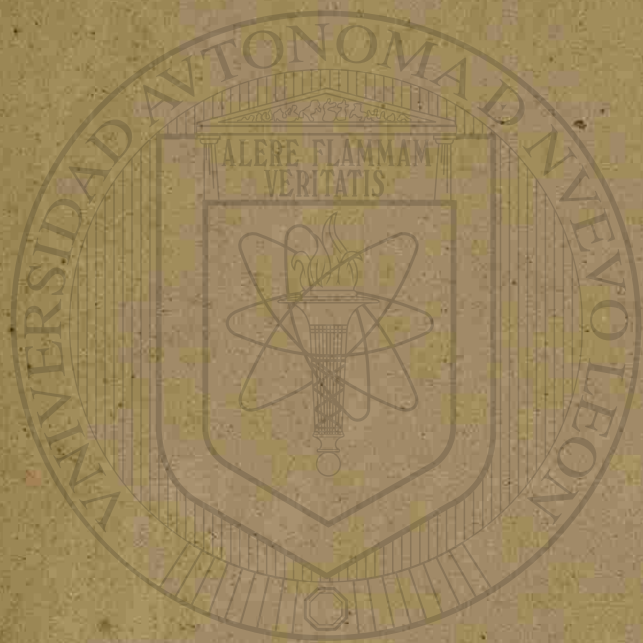
C
821
T



1080074615



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



POEMAS

DE

ALFREDO TENNYSON

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA VERDAGUER

POEMAS

DE

ALFREDO TENNYSON

ENOCH ARDEN

GARETH Y LYNETTE — MERLIN Y BIBIANA

LA REINA GINEBRA — DORA

LA MAYA

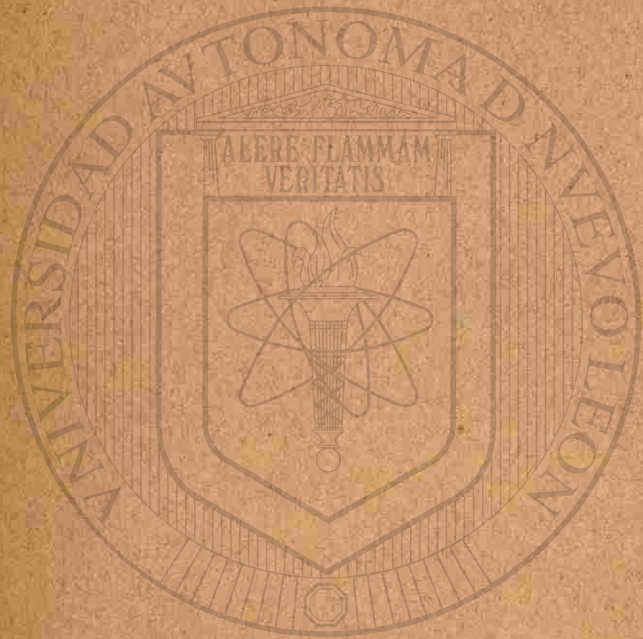
PUESTOS EN CASTELLANO

Por **D. VICENTE DE ARANA**

é ilustrados con dibujos originales de

D. JOSÉ RIUDAVETS

FOTOGRAFADOS DE G. VERDAGUER



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

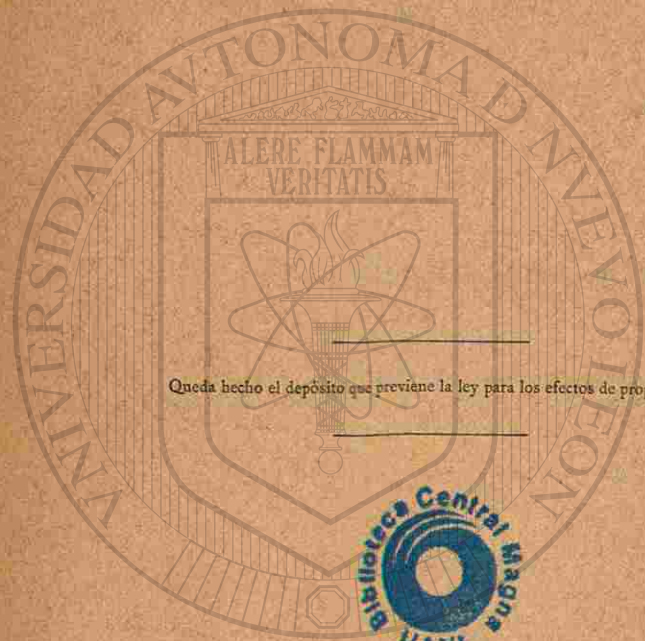
C. VERDAGUER, IMPRESOR-EDITOR

(CALLES DE LLULL Y CERDEÑA, ENSANCHE)

1883

23921

820
F.
125550
783



Queda hecho el depósito que previene la ley para los efectos de propiedad

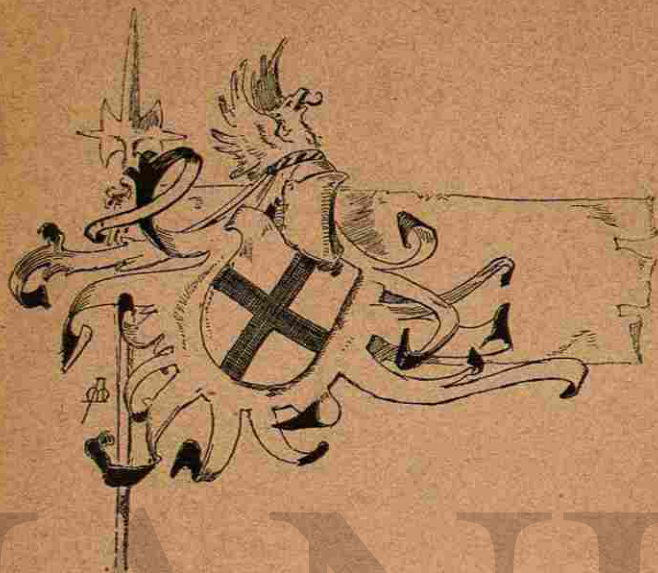


FONDO
A. B. PÚBLICA DEL ESTADO

74615

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tipo-litografía de CELESTINO VERDAGUER.



ALFREDO TENNYSON.

Cx el Norte del condado de Lincoln, muy cerca de la estación de Bartneby, punto de empalme del ferrocarril de Nottingham à Hull con los de Sheffield y Doncaster à Great Grimsby, y à 191 millas de Londres, hay un oscuro y humilde pueblecito, que à pesar de su insignificancia está indudablemente llamado à tener gran celebridad. En la parroquia de Somerby (1) no hay, que nosotros sepamos, ningún dolmen celta, ni sepulcros daneses, ni campamento romano; no encierra en su recinto ningún notable monumento,

(1) Algunos escriben equivocadamente Summerby, y otros Somersby.

ni se dió en su jurisdicción batalla alguna famosa, y sin embargo, no faltarán viajeros de todos los países que vayan á visitarla, y que experimenten al llegar á ella una emoción tan profunda como la que se siente al entrar en un pueblo famoso en los fastos de la humanidad; una emoción tal vez tan profunda, y seguramente más grata, que la que se experimentaría en Arbelá, en Cannas, en Farsalia, en Poitiers, en Pavia, en Waterloo, y en los demás lugares inmortalizados por la barbarie de los hombres. Y es que la humilde parroquia de Somerby es cuna de uno de los más grandes poetas que ha habido jamás, un dulce é inspirado cantor, regocijo de las musas y delicia de la humanidad. ¿Qué importa que el aguilucho nazca en pobre nido rodeado de peñascos, en alguna lóbrega hendidura de la montaña? En cuanto le salgan las plumas, se elevará por los aires sobre las más altas cumbres, irá á rozar con sus alas la bóveda azul, y mirará frente á frente sin mover los párpados, al fulgurante lumínar del día.

Alfredo Tennyson es el tercer hijo de un clérigo anglicano, el rector de Somerby, y nació en esta parroquia en 1809, no en 1810 como se ha dicho equivocadamente. Su tío Carlos Tennyson D'Eyncourt, hermano menor de su padre, fué un distinguido miembro del Parlamento británico; y los hermanos mayores del poeta, Federico y Carlos, el último de los cuales ha tomado el nombre de Turner, han escrito varios tomos de poesías, y todavía continúan publicando excelentes poesías sueltas.

Poco espacio se necesita para referir la vida de Alfredo Tennyson. Su existencia no ha sido agitada é infeliz como la de Alfredo de Musset ó la de Lord Byron, sino tranquila y serena como la del autor de *El Paraíso perdido*. Así, y solo así, han

podido desarrollarse sus maravillosas facultades. Lejos de arrearle el estudio de los hombres y de sus encontradas pasiones, lo ha llevado tan lejos, más lejos quizás, que cualquier poeta contemporáneo; pero al mismo tiempo ha estudiado la naturaleza, ha conversado con ella, por decirlo así, seguro de que esta madre de todos nosotros tenía todavía innumerables secretos que revelar á la humanidad, á pesar de que antes que él, hombres como Shakspeare, Shelley, Byron y Wordsworth habían conseguido con su genio, con su elocuencia y con el infinito amor que la tuvieron, hacerla tan confiada y comunicativa. Al obrar de ese modo, Tennyson ha demostrado á todos los amantes de las musas el rumbo que deben seguir: pues no es el más grande de los poetas el que estudia, comprende y canta la naturaleza, ni el que logra penetrar en el corazón del hombre y hacer el poema de la humanidad, sino el que reúne la cuidadosa observación y el profundo estudio de ambas, humanidad y naturaleza, y sabe mostrar las relaciones que existen entre una y otra. Esta irrefutable verdad ha guiado siempre á Tennyson como un faro luminoso en su larga y gloriosa carrera; y como dice el eminente crítico Barnett Smith, desde que allá en sus juveniles años hizo el retrato de *Lilian* con *the baby-roses in her checks*, hasta que en la edad proveya ha pintado los pesares de la reina *Ginebra*, el Poeta Laureado no se ha dormido en la busca del Santo Grial (1) de lo bueno, de lo grande y de lo bello.

Una notable prueba de la falibilidad de los críticos ofrece la carrera de Alfredo Tennyson. Afortunadamente, éste no escu-

(1) La busca ó recuesta del Santo Grial ó Graal por los caballeros de la Tabla Redonda es el asunto de uno de los mejores poemas de Tennyson y el sexto de sus *Idilios del Rey*.

chó los vaticinios de muchos de los que gozaban de reconocida autoridad en literatura, y que quisieron apagar la voz de este dulce cantor, por parecerles que sus cantos eran indignos de dejarse oír en las sagradas florestas del Parnaso. A pesar de tan desfavorables juicios, prevaleció en el corazón del joven la confianza, hija del génio y no de la vanidad, y el delicado poeta lírico de hace cuarenta años fué desarrollando sus facultades hasta trasformarse en uno de los más grandes poetas *idílicos* que el mundo ha visto hasta ahora. Como el insigne Wordsworth, su predecesor en el honrosísimo puesto de Poeta Laureado, se le aseguró al principio de su carrera que solo espinas y abrojos le produciría el cultivo de la poesía, que debía dejarse á más privilegiados talentos; pero el hijo del rector de Somerby no se separó del camino que se había trazado, y con una série de magníficas obras, destinadas á hacer las delicias de las futuras generaciones, como hacen ya las de esta generación, ganó los laureles que adornan su augusta frente, y que le fueron concedidos con aplauso de la universalidad de sus compatriotas.

A los 18 años de edad Mr. Tennyson fué á la Universidad de Cambridge, famosa por los muchos grandes hombres que han salido de sus aulas. No pocas páginas necesitaríamos para mencionar solamente los más ilustres, entre los cuales se cuentan Milton, Byron, Dryden, Coleridge, Sterne, Bacon, Newton, Cromwell, Pitt y Walpole. En la Universidad conoció á Arturo Hallan, hijo del célebre historiador; y la amistad de los dos estudiantes ha sido immortalizada en una obra de todos conocida en los países en que se habla la lengua inglesa. Nuestro poeta hizo sus estudios con brillantez. Todavía no se le había conferido grado alguno, cuando en 1829, hallándose en *Trinity College*, que es el principal colegio de la Universidad, obtuvo un

premio de poesía, *la medalla del Canciller*, por su composición titulada *Timbuctoo*, que constaba de unos 250 versos libres, y que se publicó aquel mismo año. Verdad es que, como dice Barnett Smith, obtener el premio de poesía inglesa y la medalla del Canciller no significa ser gran poeta ni adquirir fama de tal; con frecuencia sucede enteramente lo contrario.

Algunos años después de salir de Cambridge, Mr. Tennyson se casó con Miss Emilia Sellwood, de los Sellwoods, de Peasmore, condado de Berks, de quien tiene dos hijos, Hallam y Leonel: y desde entonces ha vivido casi constantemente lejos del bullicio del mundo, en una casa de campo de los alrededores de Londres, ó en la isla de Wight.

Poseedor desde muy joven de una fortuna considerable, Alfredo Tennyson ha podido dedicarse á sus anchas y con entera independencia al cultivo de las letras, no dando al público más que obras concienzudas y muy meditadas. Sigámosle paso á paso en su carrera literaria, ocupándonos, aunque someramente, de todas sus más notables producciones.

La poesía titulada *Timbuctoo*, de la que ya se ha hablado más arriba, no fué su primer ensayo literario. Ya en 1827, es decir, dos años antes, había publicado, juntamente con su hermano Carlos, una colección de poesías titulada *Poesías de dos hermanos* (*Poems by two brothers*), pero callando modestamente el nombre de ambos. Esta obra no pasó desapercibida, como lo prueba el hecho de que dos poetas tan insignes como Coleridge y Wordsworth se ocuparan de ella, con la curiosa particularidad de que ambos daban la preferencia á las poesías de Carlos. El autor de la *Excursión*, decía al poeta y filósofo americano Emerson, que á su parecer Alfredo tenía verdadero génio poético, pero también cierta afectación, de que su hermano estaba

exento. Wordsworth cambió más adelante de opinión acerca del mérito relativo de los dos hermanos, pues en su carta al profesor y crítico americano Henry Reed aparece como el primero en descubrir el genio de Tennyson. Se expresa en ella con entera franqueza, y dice hablando de nuestro poeta: « Es indudablemente el primero de los poetas que hoy poseemos. » ¡ Cuánta magnanimidad hay en este sincero homenaje del venerable bardo que durante medio siglo había hecho, con sus magníficas obras el encanto de sus contemporáneos !

En 1830, Alfredo publicó solo otro tomo de poesías (Poems chiefly lyrical), pero esta vez con su nombre en la portada; y aunque la mayoría de los críticos nada encontraron en él digno de encomio, debemos confesar que algunos mostraron más juicio, sagacidad y discernimiento que sus colegas respecto al genio del futuro poeta laureado. Entre éstos merecen ser citados el profesor Wilson, que se ocultaba bajo el pseudónimo de Christopher North, John Stirling, y un redactor de la *Revista de Welsminster* (después se ha averiguado que este último era el famoso John Stuart Mill), todos los cuales descubrieron en el volumen en cuestión los destellos de un genio poderoso, y manifestaron su creencia de que Mr. Tennyson era un poeta de grandes esperanzas. Pero ni la publicación en 1832 de otra notable colección de poesías bastó para que la mayoría de las reconocidas pero erradas autoridades en literatura cambiase de opinión acerca del poeta. En efecto, casi todos los críticos de nota estaban contra él, y pasaron todavía diez años antes de que sus facultades poéticas recibieran el primer homenaje verdaderamente brillante y ruidoso: éste apareció en las columnas de la antigua *Revista de Edimburgo* después de la publicación en 1842 de dos volúmenes de poesías. Estos volúmenes contenían

poemas ó fragmentos de poemas, tales como *La muerte de Arturo*, *La hija del jardinero*, *Ulises*, y otros, que Tennyson no ha superado nunca ni en la armonía y fluidez de los versos, ni en lo elevado de la concepción, la nobleza de los afectos ó la verdad de la pintura. El genio del poeta ha llegado á su madurez: el cisne de Somerby no es ya solamente el cantor de la delicada belleza de *Adelina* y *Lilian* y el soñador de la visión de *The lotus-eaters*, sino el intérprete de la pasión humana en *Loksley hall* y el filósofo de *Las dos voces*. De este modo se expresaba un penetrante crítico hablando de los dos volúmenes citados: « Si no nos engañamos, se muestran en estos volúmenes facultades adecuadas para la producción de una grande obra; á lo ménos nos sería difícil decir cuál es la facultad que se echa de ménos de las que para ello se juzgan necesarias. » La misma autoridad admitió, algunos años más tarde, que aquellos dos tomos de poesías habían de una vez colocado á Mr. Tennyson á la cabeza de los poetas ingleses contemporáneos, y le habían mantenido desde entonces en tan encumbrado puesto.

« Todo bien considerado (dice un admirador de Mr. Tennyson), el renombre aunque difícil de conquistar al principio, vino á este autor á la mejor edad. En efecto, no era joven, y por consiguiente las alabanzas no le desvanecieron, y no corrió el peligro de que éstas ahogaran su genio, como sucede algunas veces con los hombres que adquieren fama cuando apenas les apunta el bozo, con los hombres prematuramente idolatrados por sus conciudadanos; no era viejo, cuando las verdes hojas de la prosperidad se entrelazan por primera vez con las venerables guedejas del genio solamente para hacer pensar en la larga ingratitude de los hombres. Mr. Tennyson había llegado en su carrera de poeta á aquel punto medio en que la intelligen-

te estimación de los lectores es el más grato tributo, la mejor recompensa y el mayor incentivo para seguir cultivando la poesía. Había sabido trabajar y esperar, y su premio estaba al fin asegurado. A la edad de 30 años oyó por primera vez, todavía débil, el soplo de la fama, que de día en día se ha hecho más poderoso, y que, atravesando los continentes, se ha dejado oír en todos los países en que se habla la lengua inglesa.»

En 1847, Mr. Tennyson publicó *La Princesa* (The Princess), que es una especie de poema dramático ajustado al gusto moderno, y en 1850 *In Memoriam*, colección de elegías inspiradas por la muerte de Arturo Hallam, su más querido amigo de la juventud. En el mismo año Mr. Tennyson sucedió a Wordsworth como *Poeta Laureado*, ó sea *Poeta de la Reina*; y en calidad de tal compuso en 1852 la *Oda sobre la muerte de Wellington*. En 1855 publicó el poema *Maud*, acompañado de algunos otros trabajos (*Maud and other poems*), y en el mismo año le confirió la Universidad de Oxford el grado de Doctor en derecho civil.

El poema *La Princesa* dividió grandemente á los admiradores de Mr. Tennyson, y hubo algunos criticos que creyeron que esa obra ponía en peligro la reputación del autor; pero cuando verdaderamente menudearon las diatribas fué á la aparición de *Maud*. Para muchos este monodrama mostraba claramente que el sol del poeta se acercaba al ocaso. Pero aunque esos dos poemas adolezcan de ciertos defectos y sean inferiores á otras muchas obras de Tennyson, ¿qué otro poeta hubiera sido capaz de escribirlos? El plan de *La Princesa* es algo defectuoso, y desigual la exposición; pero esta obra, escrita con un fin social, encierra sublime poesía, sátira fina y delicada, y profundas consideraciones filosóficas. Hay en *La Princesa* melodías

que después de oídas una vez parecen resonar eternamente en los oídos, y pinceladas que una vez vistas no se quitan ya de delante de los ojos; trozos de esplendor maravilloso y eminentemente poéticos. ¡Qué bello es el pasaje en que el autor, en las últimas páginas del poema, discurre sobre la diversa naturaleza del hombre y de la mujer! Las canciones que preceden á cada una de las siete partes en que está dividido el poema, son también bellísimas, y entre ellas la que empieza con el verso

The splendour falls on castle walls

está considerada, por lo que respecta al ritmo y á la cadencia, como una de la mejores poesías líricas del autor; pero hay más sentimiento en las que preceden á las partes segunda, tercera, sexta y séptima. La que vá inmediatamente antes de la sexta parte tiene la forma de las antiguas baladas inglesas, y no hay persona medianamente sensible que pueda leerla sin prorrumpir en sollozos al llegar á la última estancia.

En cuanto á *Maud*, fué á su publicación objeto de tan encontrados juicios, provocó tan acerbas censuras y tan entusiastas elogios, que no sin razón hicieron exclamar á un conocido crítico: «¿Cuáles son tus dioses literarios, oh Inglaterra?» En efecto, mientras que la *Revista de Westminster*, que tantas veces había cantado las alabanzas del poeta, consideraba el poema nada más que como un *residuum* de Tennyson, y observaba que «el majestuoso y elevado vuelo del entendimiento, que no reconocía límites ni distancias, la dulce filosofía, los nobles afectos, la maravillosa melodía, habían desaparecido casi por completo, dejando poco más que un mezquino desdén, que se jacta, sin embargo, de su desdén á la mezquina estrechez de ánimo, y una indignación revestida de exagerados conceptos;»

mientras que muchos de los principales periódicos se hacían eco de otro revistero que había dicho: « El hombre que incuestionablemente ha ocupado por muchos años el primer lugar entre los poetas contemporáneos, pierde terreno á cada esfuerzo sucesivo que hace, » otro escritor, á la vez excelente poeta y autorizado crítico, emitía un juicio enteramente opuesto. Nos referimos á Walter Savage Landor. « ¡ Qué delicioso — dice el autor de las *Imaginary Conversations* — es el poema *Maud* de Tennyson! En esta obra, ¡ cuánto más alto y más fresco es su laurel, que los laureles raquíuticos y mutilados de los jardineros que en el mismo jardín le han precedido! Rara vez se han visto tan cordialmente unidas la poesía y la filosofía. ¡ Ojalá Alfredo Tennyson no hubiese escrito jamás la *Oda á Wellington*! Es un verdadero poeta. ¿ Qué otro podía haber escrito este verso, que vale por sí solo muchos volúmenes enteros:

The breaking heart that will not break?

Su ternura y su delicadeza son infinitas, é infinitos son también su pensamiento y su imaginación, y la melodía, la dulzura, el vigor y la majestad de sus versos. » Este elogio no es exagerado; pero nosotros debemos preferir el juicio de los que, como Barnett Smith y otros críticos, han sabido descubrir no solo las excelencias, sino también los defectos del poema. Es innegable que este tiene la desventaja de presentarse bajo su peor aspecto desde las primeras páginas, dejando en el ánimo del lector una impresión penosa, que ya no se borra por completo mientras dura la lectura del libro. El poema es desigual; está escrito en un estilo arrebatado, y se desprende de sus páginas una negra y desconsoladora filosofía. El poeta, en un momento de mal humor, ha encontrado un héroe mal humo-

rado; pero, afortunadamente, si al héroe el mundo le parece un desierto, en cambio el poeta nos ofrece un mundo de flores que ha creado para nosotros. Los cuadros de la vida real son admirables por la verdad que hay en ellos, y se puede asegurar que si no estuviesen firmados nadie dejaría de adivinar el nombre del hábil y primoroso pintor. El argumento es muy á propósito para hacer una de esas *novelas de sensación*, que tan en boga están hoy en Inglaterra y en otras partes; pero el autor ha sabido hermosearlo, revistiéndolo con todas las galas del lenguaje, de ese lenguaje exuberante, propio tan solo de aquel que recibe en su alma

The lighth which never was on land or sea.

El temor de alargar demasiado nuestro trabajo, no nos permite ocuparnos de *Aylmer's field*, *Cenone*, *The Brook*, *The miller's daughter*, *The grandmother*, *Northern farmer*, y tantas otras producciones no menos admirables; pero no podemos menos de decir algunas palabras acerca de los preciosos poemitas *The May Queen*, *Dora* y *Enoch Arden*, que además de contarse entre los mejores que han brotado de la fecunda pluma de Mr. Tennyson, son también las primeras producciones de tan eximio vate que han visto la luz en lengua castellana. En efecto, esas tres composiciones, que el lector puede ver en nuestro libro titulado ORO Y OROPEL, las habíamos publicado hace ya unos seis años en varios periódicos literarios y políticos de Madrid y provincias. Al que estas líneas escribe, cabe, pues, la alta honra de haber sido el primero en presentar á sus compatriotas el cisne de Somerby, ofreciendo á su admiración algunos de los más inspirados cantos de este cantor sublime, el más insigne de los que hoy posee la patria de Milton y de Shakspeare.

Fuerza es confesar que Alfredo Tennyson ha tenido entre nosotros un introductor bien humilde y oscuro, y que la Fortuna, que tanto se ha complacido en colmarle de favores, se le ha mostrado en esta ocasión bien poco propicia, sin duda por no perder su fama de voluble favoreciéndole constantemente.

The May Queen, ó sea *La Reina del Mayo* ó simplemente *La Maya*, es la historia de una niña envanecida de su hermosura, que en su lecho de muerte, que riegan con lágrimas su madre y su hermanita, recuerda tristemente el hermoso y alegre día en que fué coronada *reina del Mayo* en la verde pradera que ya no verán sus ojos, y se lamenta de haber sido vana y caprichosa, y de haber desdenado al infeliz mancebo que la amaba. La pobre niña quiere morir, y sin embargo, siente dejar los hermosos y floridos campos que desde su lecho se descubren, y que ilumina el sol esplendoroso. ¡Ah! ¡Ya no discurrirá por ellos como otras veces! ¡Otras manos que las suyas cogerán las silvestres flores que esmaltan el valle!

Nada más tierno, nada más dulce y delicado que esta melodía tristesísima, entonada á las puertas de la muerte por un sér que apenas ha tenido tiempo de saber lo que es la vida, y que sin embargo está ya fatigado de vivir y ansioso de volar, *allá donde el malvado cesa de hacernos sufrir, y donde descansan los que están cansados.*

El segundo de los poemitas mencionados, *Dora*, es un relato sencillísimo, que el poeta no ha querido exornar con las galas de la imaginación, porque sabía que la simple narración de los hechos bastaría para deleitar y conmover al lector. Difícil sería decir qué es lo más admirable en esta composición, si la tersura, la limpidez del lenguaje, la pintura de los caracteres, la verdad y el colorido de los cuadros, ó la belleza moral de la

joven *Dora*, que más que mujer parece un ángel de bondad y de dulzura, exento enteramente de las debilidades y flaquezas inherentes á la estirpe humana.

Enoch Arden es un modelo, que harían bien en estudiar aquellos poetas que acostumbran á recargar sus composiciones de inútil hojarasca, porque creen sin duda que la poesía consiste en amontonar un interminable farrago de palabras, de frases huecas, y de imágenes que llaman atrevidas, pero que muchas veces son disparatadas. Composición hemos visto que parece un jardín botánico, pues en ella ha reunido el autor la flora de todos los climas, si bien, como es natural, dejando mayor espacio á las plantas exóticas; mientras que otras, en las que encontramos la fauna toda del planeta, y todos los demás seres que viven en la tierra, en el agua y en el aire, nos recuerdan el arca de Noé, donde según cuentan había un par de animales de cada especie. Los formidables cuernos del búfalo se entrelazan maravillosamente con los blandos tentáculos del honrado, pacífico y casero caracol; la trompa de la mosca se apoya en la del elefante; la rana, sirena de los marjales, mezcla sus trinos con los del ruiseñor y los del asno; y la ballena y el puerco espín juegan á las cuatro esquinas con el sarbo, la ardilla y la babosa.

En *Enoch Arden* encontrarán esos exuberantes escritores un modelo de buen gusto, de concisión y de sobriedad. Seguramente no hay en todo el poema, que consta de más de novecientos versos, ni una sola palabra que huelgue; y lo mismo puede decirse de todos los demás idilios de Tennyson. Para nosotros este es uno de los mayores méritos que puede tener toda composición literaria; pero *Enoch Arden* tiene además otros muchos no menos relevantes. Si fuéramos á hacer notar sus belle-

zas, nos veríamos obligados á transcribir uno trás otro todos los versos de que el poema se compone; y en la imposibilidad de hacerlo, y no queriendo tampoco desflorar el argumento, que es bellissimo y en alto grado interesante, nos limitaremos á aconsejar encarecidísimamente la lectura de ese admirable idilio, que es una de las obras maestras de Tennyson y una inapreciable joya literaria. No necesitamos añadir que á ser posible debe leerse *Enoch Arden* en inglés: nuestra versión castellana, aunque hecha con conciencia, con esmero y con amor, dista cien leguas del original; porque si bien hemos logrado expresar todos y cada uno de los pensamientos del egregio poeta británico, no hemos logrado expresarlos con tanta tersura y tanta sencillez como él. Además, nuestra traducción está hecha en prosa, y seguramente de ese modo hemos logrado ser más fieles y exactos intérpretes del original que si hubiéramos puesto el poema en verso castellano; pero en cambio es innegable que una obra poética pierde uno de sus mayores encantos al perder la forma que le es propia. Un poema escrito en prosa, es como una mujer hermosísima revestida de tosco y mal ajustado disfraz, que embaraza sus movimientos, oculta la belleza de sus formas, y hace desaparecer la majestad de su continente y la gracia y gallardía de su andar.

De intento hemos dejado para el fin las dos obras más importantes de Tennyson, y las que según toda probabilidad, fijarán, más que todas las demás que hasta ahora ha escrito, la atención de las futuras generaciones. Nos referimos á *In Memoriam* y á los *Idilios del Rey*. «La primera de estas obras — dice un juicioso crítico inglés — es algo más que el poema religioso más sublime que se ha escrito en la presente centuria, si bien en una época en que tanto abundan el escepticismo y la duda,

es ya mucho hacernos meditar sobre las verdades eternas. Ya se tenga en cuenta la belleza de la forma, ó el profundo sentimiento que rebosa en todas sus páginas, esta monodia es igualmente acreedora á nuestros aplausos. Gracias á sus incidentes, sus imágenes y su lenguaje, tiene el gran mérito de ganar las simpatías de los lectores ingleses, y de embargar su ánimo más profundamente que cualquier otro poema de su género, sin exceptuar tal vez el mismo *Lycidas* de Milton. *In Memoriam* es la vigorosa y espontánea expresión de un gran pesar. La potencia intelectual que el autor desenvuelve en el poema es tan conspicua como el vuelo de su imaginación; y es probable que así como no ha tenido ningún predecesor que se le parezca, tampoco se logrará jamás imitarlo. La forma es enteramente original y peculiar del poeta. En otras cosas ha tenido sus imitadores, pero aquí no hay cuidado que los tenga: en este terreno nadie sería capaz de seguir sus pasos, sin que el tirón menos perspicáz echara de ver que había perdido todo derecho de originalidad. Además, otra razón que explica el atractivo que el poema tiene para esta generación, es la fraternal simpatía que, en él se muestra hacia el hombre á quién atormentan las dudas en materias de religión, y la ingenuidad con que esas dudas se discuten en el poema. Éste está muy lejos de ser un sermón teológico y dogmático. El autor expresa las diversas dudas que atraviesan su mente y agitan su espíritu, dudas que afectan y agitan á otros tanto como á él; pero la sinceridad del que duda y confiesa sus dudas vale más que la arrogancia del ortodoxo. *In Memoriam* es una concepción sublime, una lamentación vehemente y dolorosísima; es una obra en que preponderan el pesar y la melancolía; mas en los supremos momentos de angustia y de tristeza el alma del poeta vuelve al seno del misericordioso y omnipotente Dios.»

Pero la más bella producción de este poeta, su verdadera obra maestra, es la grandiosa epopeya caballerescá que forman unidos los *Idilios del Rey*. Los primeros se publicaron en 1859 y obtuvieron un éxito extraordinario, vendiéndose muchos miles de ejemplares en el corto espacio de seis semanas. No podía ser de otro modo, dadas las condiciones de la obra, de esa obra maravillosa en la que el autor, con el sublime vuelo del genio ha logrado, sin perder su característica individualidad, trasladarnos á la época del rey Arturo, y presentar ante nosotros, en atrevido relieve, los caballeros de la Tabla Redonda. Los idilios (nos parece inútil advertir que por idilio entendemos como los antiguos un poema de cortas dimensiones y no precisamente un poema pastoril) son diez, titulados: *La Venida de Arturo, Gareth y Lynette, Gerain y Enid, Merlin y Bibiana, Lanzarote y Elena, El Santo Grial, Pelleas y Etarre, El último torneo, Ginebra y La Partida de Arturo*. En estos poemitas llama entre otras cosas la atención el colorido de los cuadros; y la belleza del estilo es tal, que no es dable concebir nada más perfecto y acabado. Pero, prescindiendo de todo eso, ¿no es verdaderamente admirable la empresa tan felizmente llevada á cabo por Mr. Tennyson? En una época tan prosáica y tan positivista como la nuestra, ese soñador sublime ha sabido remontarse á regiones donde no llega la vista del común de los mortales, y permanecer allí envuelto en sus propias creaciones, hasta conocer perfectamente al Rey Arturo y á sus caballeros, y, por decirlo así, identificarse con ellos. Si no tuviese otros títulos de grandeza, esa proyección fuera de sí mismo bastaría para hacerle acreedor al dictado de gran poeta; pero no ha cogido flores en el jardín de nadie. Sus creaciones son propias suyas, y no están fundadas sobre anteriores concepciones de otros poetas. Estas ley-

das reunidas forman un poema épico, en el que se admira tanto el bien concebido plan como la felicísima ejecución: poema sin igual en extensión durante los dos últimos siglos. El poeta ha levantado un edificio tan sólido y durable como bello; un edificio capaz de resistir sin menoscabo á las injurias del tiempo.

El reputado escritor y hombre público don Lope Gisbert ha hecho un gran servicio á nuestra literatura poniendo en verso castellano el tercero y el quinto de los *Idilios del Rey*. Es un trabajo verdaderamente admirable por todos conceptos, y esperamos que el señor Gisbert no abandonará la empresa tan gloriosamente empezada, y pondrá también los otros ocho idilios en la hermosa lengua de Castilla.

Ya solo nos resta hablar de Mr. Tennyson como autor dramático. El Poeta Laureado, cual si deseara hacer ostentación de las múltiples dotes con que le adornó la naturaleza, ha querido cultivar, y ha cultivado con éxito dichoso, un campo jamás hollado por Milton y fuera del alcance de Wordsworth. Sin que creamos como algunos que los dramas *Queen Mary* y *Harold*, que son los que hasta ahora ha escrito Mr. Tennyson, sean tan buenos como muchos de los dramas de Shakspeare, es innegable que *Queen Mary* abunda en pasajes de rara belleza, mientras que *Harold*, que es tal vez una obra menos poética, posee en más alto grado la verdadera forma dramática. Por eso nosotros lo preferimos al primero. Hay sobre todo en *Harold* una escena — la escena del juramento — admirable por su vigor, por su energía, y que no tiene nada que envidiar á las obras del gran autor dramático de la era de Isabel. Además, el último Rey Sajón es un digno protagonista del drama, una creación noble y elevada, un ser impulsado por la ambición y

animado de las más grandes pasiones humanas. Mr. Tennyson está escribiendo un tercer drama, que esperamos confiadamente no será el último que salga de su privilegiada pluma.

El Poeta Laureado, que desde muy temprano se afilió en la escuela de los *lakistas*, ilustrada por Coleridge y tantos otros, pero que se ha mostrado siempre mucho más cuidadoso que ellos de la belleza de la forma, ha sido llamado *el más clásico de los románticos ingleses*. Sus obras, al menos las más notables, se han traducido á casi todas las lenguas de Europa, y el autor goza fuera de su país casi de tanta celebridad como en Inglaterra. Hace ya unos veinte años que un crítico francés se expresaba acerca de él en los siguientes términos: « Mr. Tennyson sobresale en la pintura de los sentimientos tiernos y delicados: su sensibilidad natural se muestra en hermosos versos elegíacos, sonoros y armoniosos; el carácter religioso y moral de sus obras ha contribuido grandemente á su popularidad. » En España, donde este poeta es todavía tan poco conocido (1), ha habido sin embargo un escritor que, aunque incidentalmente, le ha elogiado en los más calurosos términos. Ese escritor es el distinguido periodista y orador bilbaíno D. Camilo de Villabaso, quién después de llamar á Tennyson tierno, elegante y excelso poeta, añade: « En Tennyson se reúnen un ingenio noble y lozano, una fantasía serena, un alma elevada, un corazón nobilísimo y ardiente, un sentido íntimo y maravilloso del espíritu de la historia de su país, un sentimiento de familia delicadísimo y tierno, y una moralidad perfecta. El gran Poeta Laureado es el cantor de los idilios más dulces, más sentidos, y encantadores que ha producido la lengua inglesa, y el poten-

(1) En cambio son muy conocidos Paul y Henri de Kock, y véyase lo uno por lo otro.

te y robusto autor de los grandes dramas históricos. En el alma del autor de *Enoch Arden*, de *The Princess*, de *Maud*, de *Harold* y de *Queen Mary*, vive el verdadero espíritu de la historia y del genio inglés. »

Parécenos que lo que llevamos dicho basta para dar una idea aproximada de la peculiar índole del poeta, y de las cualidades que principalmente le distinguen; pero, sin embargo, no podemos resistir á la tentación de transcribir el juicio emitido por Barnett Smith acerca del poeta y de sus obras en general. « Mr. Tennyson — dice el insigne crítico cuyas palabras hemos repetido tantas veces en las páginas precedentes — es, aunque algo amanerado, el más dulce poeta lírico y el mejor y más vigoroso poeta *idílico* de nuestros días. Es un artista consumado. Su versificación cadenciosa y llena de armonía es intachable; además, está indudablemente dotado de un esquisito gusto y de un discernimiento infalible. Su sencillez y su pureza son el pasmo de sus admiradores, mientras que su rectitud y su elevado espíritu religioso son superiores á todo elogio. Se ha hablado muchas veces de la llaneza de su lenguaje. En el proemio de *In Memoriam*, que consta de unas trescientas palabras, sólo hay unas treinta ó cuarenta, es decir, la décima parte — que no sean monosílabos, y próximamente la misma proporción se observa en toda la obra: singular y sorprendente muestra de la sencillez del lenguaje. Se ha dicho que el de Mr. Tennyson es el más hermoso que se conoce desde que se tradujo la Biblia, y ciertamente este autor ha mostrado de qué manera el pensamiento más sublime puede ir unido á los vocablos más humildes y familiares de nuestra lengua materna. Así se explica el que este autor, que es el autor predilecto de las personas ilustradas y eruditas, sea igualmente comprendido por la gente

más ignorante y ruda. Pocos poetas han dejado oír sonidos tan dulces, melodías tan delicadas y exquisitas. Su influencia se ha extendido tanto, que si exceptuamos á Roberto Browning, todos nuestros poetas contemporáneos se le han rendido y le han imitado consciente ó inconscientemente, del mismo modo que el genio de Byron y Shelley dejó profunda huella en las obras de sus coetáneos. Finalmente, podemos decir de Mr. Tennyson, que no hay entre sus obras principales ninguna que el mundo perdería sin gran sentimiento. Ocupa dignamente, y con universal beneplácito, el puesto de Poeta Laureado, puesto que él ha exaltado, y es que Mr. Tennyson representa el juicio más sano y más profundo, la cultura, el espíritu artístico y la pureza de su siglo. »

Alfredo Tennyson es ya anciano; pero no por eso trabaja con menos ardor, y cada nueva producción de su fecunda fantasía parece más bella, si cabe, que las precedentes. Todavía resuena en nuestros oídos su bellissimo canto sobre la heroica defensa de Lucknow, que el autor ha dedicado á la memoria de la virtuosa y malograda Princesa Alicia, víctima de su amor á sus hijos. La dedicatoria es una poesía de levantado estro, que ha herido las fibras más delicadas del pueblo inglés. Pero eso es un privilegio inherente á todas las producciones del gran Poeta Laureado; así es que los editores se disputan sus obras con el mayor empeño. Aún hace poco tiempo que el propietario de un periódico norte-americano dió á Mr. Tennyson más de 10.000 reales por una poesía que constaba apenas de doscientos versos; pues bien, cuando eso se supo en Europa, un periódico inglés se apresuró á declarar que en adelante pagaría á razón de una guinea, ó sean 105 rs. por cada verso cuantas composiciones poéticas tuviera á bien remitirle el Poeta Lau-

reado. En España no se cotizan los versos á tan alto precio. Aquí tenemos otras aficiones. En esta bendita tierra se podría comprar un poema por lo que cuesta un palco de sol para ver una corrida de toros, y día llegará, y tal vez no esté lejano, en que los poetas, convencidos al fin de que para salir de apuros no les queda otro recurso que hacerse toreros, se despidan de las musas y cultiven el noble arte de Pepe-Hillo. Vivir para ver.

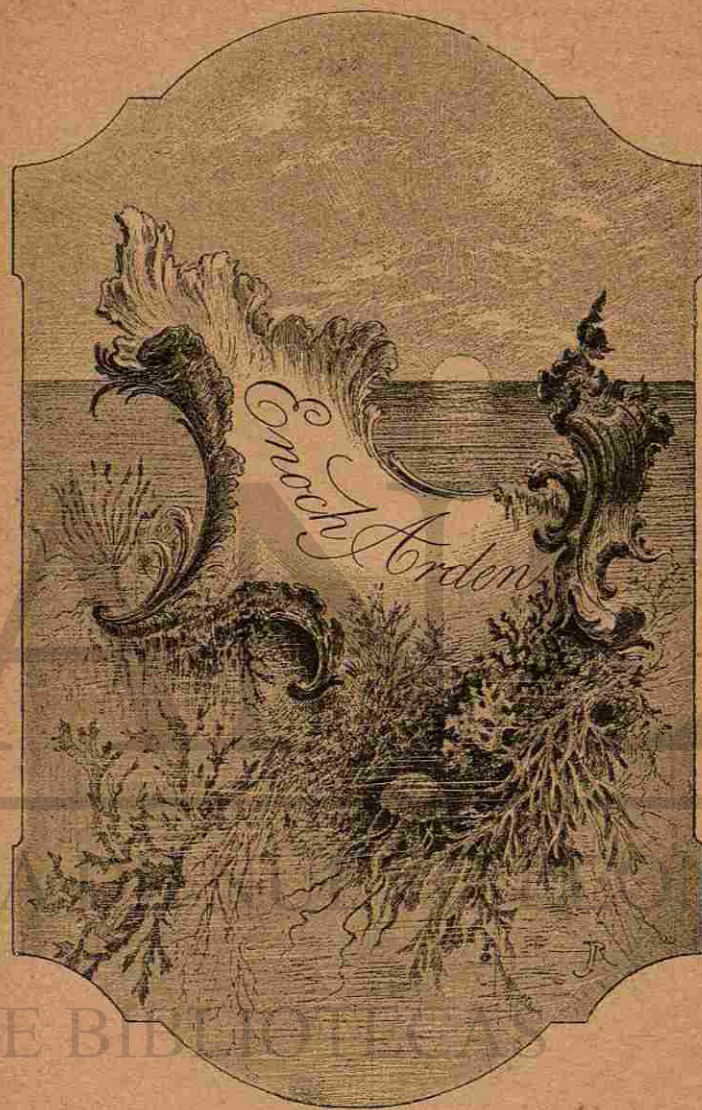
Terminemos enviando un cariñoso saludo al venerable anciano, que, retirado en su magnífica quinta de Farringford, cerca de Freshwater (1), en la hermosa isla de Wight, sigue consagrando sus vigiliás á la noble empresa que le ha valido tantos inmarcesibles lauros. El poeta no debe contentarse con deleitar á la humanidad con la belleza de sus creaciones, debe al mismo tiempo tratar de ennoblecer al hombre inculcándole elevados y generosos sentimientos, dulcificando sus costumbres y empujándole por la senda del progreso. Tal es la altísima misión del poeta, y muy pocos la han comprendido como Mr. Tennyson. Quisiéramosle, sin embargo, más cosmopolita; porque un poeta, y sobre todo un poeta de su talla, es ante todo el cantor de la humanidad, sin dejar por eso de ser el cantor de su patria. La misión de los poetas es una misión de reconciliación y de amor. Gracias á ellos, tal vez no siempre serán irrealizables utopías, esas generosas ideas de fraternidad humana y de federación universal que han germinado en nuestro siglo al calor de la libertad y á luz de la civilización.

¡ Qué la luz esplendorosa que de las verdes colinas de Fresh-

(1) La aldea de Freshwater se halla situada en el extremo occidental de la isla de Wight, en la singular península que forman el canal de la Mancha y el río Yar y el estuario del mismo nombre y el estrecho del canal de Solent, que los ingleses llaman *The Solent Sea* (el mar Solent), y que se extiende entre la isla y la costa meridional de Inglaterra.

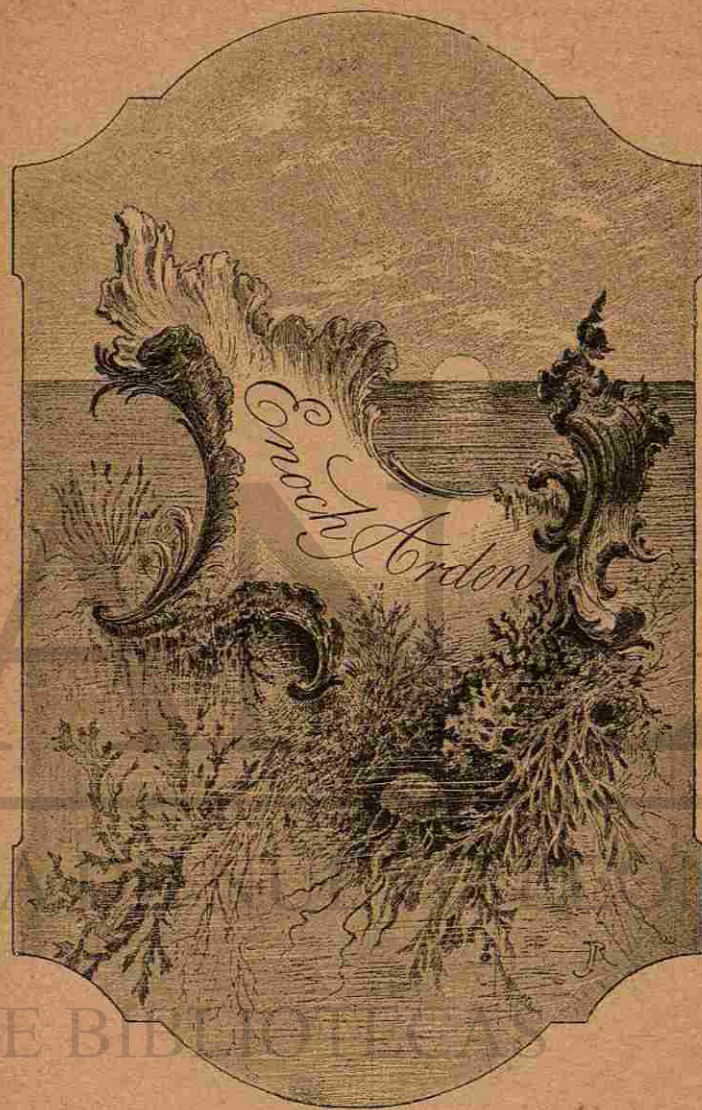
water, pobladas de olmos gigantescos, ilumina de un modo maravilloso, no solo las sosegadas aguas del Yaf, las encrespadas ondas del mar de Solent y la antigua Vectis, sino todas las islas británicas, y cuyos fúlgidos destellos llegan hasta los más remotos países de la tierra, no se extinga todavía durante mucho tiempo! ¡Qué el noble anciano en cuya augusta frente se entrelazan los cabellos de plata, bello pero perecedero adorno de la senectud, con las verdes hojas de inmarcesible corona, viva todavía luengos años para contento de los que le aman y para bien de las letras y delicia de la humanidad!

VICENTE DE ARANA.



water, pobladas de olmos gigantescos, ilumina de un modo maravilloso, no solo las sosegadas aguas del Yaf, las encrespadas ondas del mar de Solent y la antigua Vectis, sino todas las islas británicas, y cuyos fúlgidos destellos llegan hasta los más remotos países de la tierra, no se extinga todavía durante mucho tiempo! ¡Qué el noble anciano en cuya augusta frente se entrelazan los cabellos de plata, bello pero perecedero adorno de la senectud, con las verdes hojas de inmarcesible corona, viva todavía luengos años para contento de los que le aman y para bien de las letras y delicia de la humanidad!

VICENTE DE ARANA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A LOS SEÑORES
MAMIE VAVASOUR SANDFORD

¿EIS esa elevada costa erizada de peñascos, que parece desafiar al mar y burlarse de su furia? No creáis que siempre ha resistido victoriosamente al incesante embate de las olas. Hay un punto en que los peñascos han sido rotos y arrancados del lugar que ocuparon, dejando una abertura cubierta de espuma y de amarillenta arena. Más allá véñese algunas casas de tejados rojos, agrupadas al lado de un pequeño muelle; más lejos se divisan las ruinas de una iglesia, y más arriba una larga calle sube á un molino de elevada torre. Detrás del molino descúbrese una meseta

en la que se ven algunas tumbas danesas (1), y un bosque de avellanos, frecuentado en otoño por gentes que van á recoger el sabroso fruto, florece en una hondonada que se halla en el centro de la meseta, hondonada semejante á un tarro de flores.

Hace cien años que en esta playa acostumbraban á jugar tres niños; Anita Lee, la mas linda jovencita del puerto; Felipe Ray, único hijo del molinero, y Enoch Arden, hijo de un rudo marino que pereció en un naufragio, dejándole en la orfandad. Allí jugaban entre tablas, cabos adujados, ennegrecidas redes de pescar, áncoras de mohosa lengüeta, y botes destrozados que el mar arrojaba á la orilla. Construían castillos de movediza arena, y divertíanse viéndolos inundarse; ó siguiendo á las olas y huyendo de ellas, dejaban sobre la playa la pequeña huella de sus piés, que el agua se encargaba de borrar diariamente.

Debajo de los peñascos había un antro angosto, donde los niños jugaban á casitas; Enoch era el amo un día y Felipe el siguiente: Anita era siempre la señora: Pero á veces Enoch se posesionaba de la casa por toda una se-

(1) Reliquia de las irrupciones de los dinamarqueses en la Gran Bretaña.

mana, diciendo: «— Esta es mi casa y esta es mi mujercita.» «— Mía también», decía Felipe, «cada uno su turno.» Si de ahí venían á reñir, Enoch, como más fuerte, quedaba dueño de la casita; entonces Felipe, lleno de impotente cólera y con sus azules ojos inundados de lágrimas, gritaba: «— Enoch, te aborrezco»; y á esto la mujercita lloraba, y les pedía que no riñesen por su causa, pues sería mujercita de los dos.

* * *

Pero cuando pasaron los albores de la rosada infancia, y Felipe y Enoch sintieron el calor del ascendente sol de la vida, ambos fijaron el corazón en aquella joven. Enoch declaró su amor, pero Felipe amaba en silencio; y aunque la joven era más bondadosa con Felipe, amaba á Enoch inconscientemente, y lo habría negado si se lo hubiesen preguntado. Resolvió Enoch acumular todos los ahorros posibles, para comprar un barco de pescar y hacer una casa para Anita; y prosperó de tal suerte, que bien pronto fué difícil encontrar, por muchas leguas á lo largo de aquella costa, un pescador más afortunado, más atrevido, y más avisado y diligente en los momentos de peligro. También sirvió un año á bordo de un buque mercante, haciéndose de ese modo un completo marinero; nadador temerario, tres veces se había arrojado al mar para salvar la vida de un compañero ó la de un extraño, consiguiendo siempre arrancar su presa á las enfurecidas olas y á las impetuosas corrientes, de modo que

todos le miraban con cariño. Mayo, el risueño mes de las flores, no había pasado veintiun veces sobre su cabeza, y él ya había comprado un barco de pescar, ya había hecho una casa para Anita, una casita limpia y bonita, semejante á un nido, á medio camino en la larga y empinada calle que sube hacia el molino.

Una brillante tarde de verano hicieron día de jolgorio los muchachos y muchachas del pueblo, y provistos de sacos y canastas de todas formas y tamaños, fueron al bosque á recoger el delicioso fruto de los avellanos. Felipe se retardó como una hora, pues su padre se hallaba enfermo y le necesitaba; pero cuando hubo trepado á lo alto de la colina, y justamente en el sitio en que el terreno empieza á deprimirse y á hacerse más frondoso á medida que desciende á la hondonada, divisó á la joven pareja, Enoch y Anita, sentados al lado uno de otro y asidos de las manos: los grandes ojos pardos de Enoch y su curtido rostro parecían enteramente inflamados por un tranquilo y sagrado fuego. Felipe miró, y en sus ojos y semblantes leyó su sentencia; luego, como sus rostros se juntasen, lanzó un gemido y se alejó arrastrándose hasta lo más profundo del bosque; allí, mientras los demás se divertían ruidosamente, tuvo él, oculto á las miradas, su hora de tristeza, de suprema amargura; luego levantóse y se fué, llevando en su corazón un deseo que debía durar toda su vida.



Al fin Enoch y Anita se casaron, y las campanas de la parroquia anunciaron la boda alegremente: alegremente pasaron los años, siete años felices, siete años de salud y bienestar, mútuo amor y trabajo honrado. Dios bendijo su unión dándoles hijos: nació primeramente una niña, á quien Enoch llamó Anita como á su madre. Los primeros lloros de la niña despertaron en el rudo pescador el noble deseo de ahorrar la mayor parte posible de sus ganancias, á fin de dar á su hija una educación mejor que la que él y su esposa recibieran; noble deseo que se renovó cuando, dos años después, vino un muchacho á

ser el rosado ídolo de la soledad de Anita, mientras Enoch se hallaba batallando con la irritada mar ó en una de sus frecuentes excursiones tierra adentro; porque en verdad, el moreno y curtido rostro de Enoch, enrojecido por los vientos del invierno, su blanco caballo y su cesta de mimbres que contenía los despojos arrancados al Océano, no solamente eran conocidos á la cruz del mercado, sino también en los frondosos caminos que se extienden detrás de la meseta hasta la solitaria mansión señorial, cuya comida del viernes proveía Enoch.

* * *

Pero como todas las cosas humanas cambian, también en la existencia de Enoch se operó un cambio. Diez millas al norte del pequeño puerto hallábase otro mucho más vasto, donde Enoch iba frecuentemente, ya por tierra, ya por mar. Una vez que se encontraba allí, como tuviese que subir á un palo en el puerto, se le fueron los piés y cayó, lastimándose gravemente. Mientras que estuvo ausente de su hogar, restableciéndose de su caída, su mujer le dió otro hijo, un niño débil y enfermizo: además, como su restablecimiento fué algo lento, otra mano se atravesó en su pequeño comercio, arrebatándole su pan y el de los suyos; así es que, aunque era hombre grave y timorato y de ánimo sosegado, fué presa de la duda y la melancolía. Parecía ver, como en una horrible pesadilla, á sus hijos viviendo en la miseria y en la estrechez, y á aquella, á quien amaba, mendigando:

entonces rogaba á Dios de este modo: «— ¡ Oh! ¡ sálvense ellos de tanta amargura, sea cual fuere la suerte que me está reservada! » Hallábase orando de este modo, cuando el dueño del buque en que Enoch había navegado, teniendo noticia de su infortunio, vino á verle, pues conocía á nuestro hombre y sabía apreciarlo. Díjole que su buque estaba destinado para la China, y que aún no tenía contra maestre. Todavía pasarían muchas semanas antes de que se hiciese á la vela. ¿ Quería Enoch aceptar el puesto vacante? Enoch aceptó sin vacilar, regocijándose al ver que su oración había sido escuchada.

* * *

Ya su desgracia no aparecía á sus ojos más grave que la nubecilla que cubre durante algunos instantes el radiante rostro del sol; sin embargo, preocupábale la idea de dejar á su esposa y á sus hijos. Tendido en su lecho, Enoch reflexionó largamente, y decidió lo que había de hacer. Era preciso vender su barquito de pescar, y eso que le tenía mucho cariño, porque ¡ cuántos terribles temporales había arrostrado en él! — le conocía como un jinete conoce á su caballo. Pero, á pesar de todo, era preciso venderlo, á fin de comprar, con el producto de su venta, provisiones y abastos para poner á su mujer una tiendecita, bien provista de todo lo que necesitan los marinos, para que pudiese atender á las necesidades de la casa durante su ausencia. ¿ No comerciaría él por su cuenta en la China? ¿ No era probable que hiciese aquel viaje más de

una vez? Acaso iría dos ó tres veces; tantas como fuese necesario. Al fin volvería con una suma considerable, y se haría dueño de un barco mejor y de mejores aperos de pescar; por cuyo medio obtendría mayores ganancias, su vida sería más desahogada, podría educar á todos sus lindos niños, y pasaría sus días en paz rodeado de los suyos.



Todo lo arregló Enoch en su mente; todo, hasta el menor detalle, y ya restablecido, apresuróse á volver al lado de Anita. Encontróla pálida, y ocupada en dar de mamar al niño enfermizo que naciera durante su ausencia. Así que ella le vió, levantóse como empujada por un resorte, corrió hacia él lanzando un grito de gozo, y

puso la débil criatura en sus brazos. Tomóla Enoch, palpó todos sus miembros, evaluó su peso, y la hizo mil paternales halagos; más no tuvo valor de descubrir sus proyectos á Anita hasta el día siguiente, que fué cuando se los comunicó.

Entonces, por la primera vez desde que el anillo nupcial que Enoch la diera hubo ceñido su dedo, Anita se

opuso á la voluntad de su marido; más no con vocinglería oposición, sino con muchas súplicas, muchas ardientes lágrimas y tristes besos. Como estaba segura de que tan solo desgracias vendrían de ello, le rogó que no se fuese, si es que la amaba y amaba á sus hijos, y le preocupaba su bienestar. Pero él no se inquietaba por las fatigas y peligros de un viaje tan largo, porque estaba dispuesto á sobrellevar con paciencia toda clase de trabajos, siempre que redundasen en beneficio de su mujer y de sus hijos; así es que, aunque vivamente afligido al ver el dolor de Anita, se mantuvo firme en su resolución.

Separóse, pues, Enoch para siempre de su barquito, su antiguo amigo del mar; compró á Anita toda clase de abastos para buques, y púsose á trabajar para arreglar el saloncito que daba á la calle, y hacer en él alacenas, bazares y armarios para colocar los artículos comprados. Ya no descansó hasta dejarlo todo terminado: el ruido del martillo, del hacha, de la barrena y de la sierra no cesaba durante todo el día, y á la pobre Anita le parecía que oía levantar su propio cadalso. Llegó la vispera del día de la partida de Enoch, y su prodigiosa actividad pareció redoblar; así es que para la noche todo estaba terminado (verdad es que el espacio era muy reducido): su cuidadosa y hábil mano lo había pulido y ajustado todo, casi tan bien como la naturaleza envuelve á la flor en el lindo capullo. Hasta entonces no le dejara descansar su febril

impaciencia por terminar la obra que dedicaba á Anita ; entonces , viéndola terminada , detúvose fatigado , acostóse , y durmió profundamente hasta la mañana.

Enoch arrostró con intrepidez aquella triste mañana de despedida. Hubiérase reído de los temores de Anita , sino porque la veía tan afligida ; sin embargo , Enoch , como hombre valiente , pero temeroso de Dios , humillóse ante Aquél que no desdeñó hacerse hombre por salvarnos , y le rogó que bendijese á su mujer y á sus hijos , aunque á él le aconteciera cualquier desgracia , y dijo : « — Anita : este viaje será , con la ayuda de Dios , origen de prosperidad para todos nosotros. Haz que en el hogar arda para mí constantemente un brillante fuego , porque he de volver cuando menos lo pienses , amor mío ! » Luégo haciendo suavemente la cuna en que dormía el niño , añadió : « — Dios bendiga también á este lindo , débil pequeño , á quien quiero aun más á causa de su debilidad y poca salud : cuando vuelva , le sentaré sobre mis rodillas , y le contaré cuentos de países extraños que le diviertan. — Vamos , Anita , vamos ; cobra ánimo antes de que me vaya. »

Ella , oyendo sus palabras llenas de esperanza , casi empezaba también á albergar la esperanza en su sencillo corazón ; pero cuando Enoch volvió la corriente de sus

ideas á cosas más graves , y empezó á sermonear , en el rudo lenguaje de los marinos , sobre la Providencia divina y la confianza en el cielo , Anita oíale y no le oía , semejante á la joven campesina que coloca su cántaro debajo del cristalino manantial , y pensando en el que acostumbraba llenárselo en días más felices , oye y no oye el ruido del agua , y no se apercibe de que el cántaro se ha llenado y el agua está rebosando.

Al fin exclamó : — « ¡ Oh , Enoch ! tú sabes mucho , y sin embargo , á pesar de todo tu saber , el corazón me dice que jamás contemplaré ya tu rostro. »

— « En ese caso , Anita , yo contemplaré el tuyo », repuso Enoch. « Ya sabes que día debe pasar á la vista de este puerto el buque en que voy ; pues bien , busca un anteojo marino , columbra mi rostro , y riete de todos tus temores. »

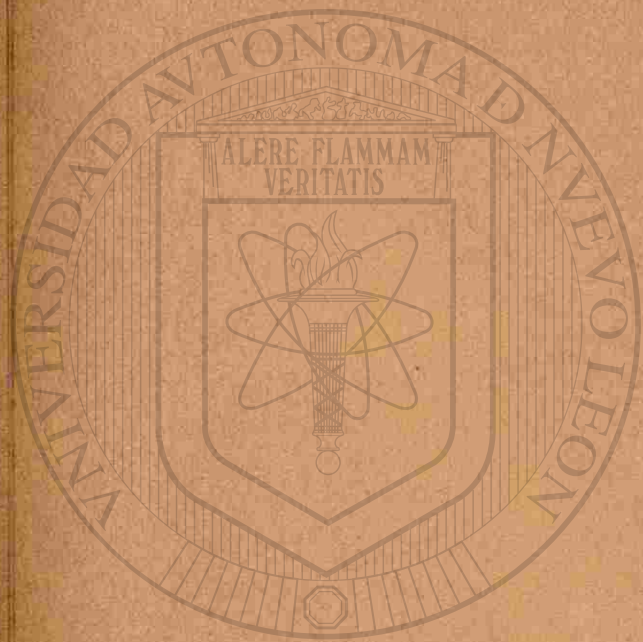
Pero cuando llegó el terrible momento de la separación , Enoch le dijo : — « Anita , amor mío , animate , consuélate , cuida bien á los niños , y mantenlo todo bien orientado hasta mi regreso , pues ya no puedo detenerme aquí ni un momento. No temas por mí , ó si es que temes , pon toda tu esperanza en Dios : esa ancla nunca puede

faltar. ¿ No tiene Él su morada en el extremo Oriente, allá donde el sol se muestra al rayar el día? ¿ Acaso me alejo de Él navegando hacia allá? Y además, el mar es suyo; sí, el mar es suyo: Él lo hizo.»

Enoch se levantó, estrechó en sus fuertes brazos á su desfallecida esposa, y besó á sus hijos, asombrados de aquella solemne despedida. Como el más joven, el niño enfermizo, estaba durmiendo profundamente después de una noche de febril desvelo, Anita quiso levantarlo, pero Enoch dijo: — « No le despiertes, déjale dormir; el pobrecito es muy joven aún para que pueda acordarse jamás de mi despedida. » Por eso, acercándose silenciosamente, le besó en la cuna. Pero Anita cortó de la frente del niño un pequeño rizo y se lo dió (reliquia preciosa que Enoch guardó siempre); entonces él cogió apresuradamente su lio, agitó la mano en señal de despedida, y se marchó.

Cuando llegó el día en que el buque debía pasar á la vista del puerto, Anita buscó prestado un anteojo marino, pero fué en vano; porque, sea que no acertase á arreglarlo á su vista, sea que sus ojos se hallasen ofuscados y trémulas sus manos, no pudo verle, á pesar de que él, de pié en el puente, no cesaba de saludarla con la mano. Así, pues, pasó el momento oportuno, y se alejó la nave.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Anita no apartó de ella los ojos hasta que desapareció completamente en el horizonte, y entonces volvió á su casa llorando amargamente. El tiempo no debilitó su dolor; lamentaba la ausencia de su marido tan profundamente como si éste se hallara ya descansando en el frío lecho del cementerio, y no lleno de vida y de esperanza á bordo del *Buenaventura*. Más, á pesar de su inmenso dolor, hizo todos los esfuerzos posibles por seguir las recomendaciones de Enoch; desgraciadamente no prosperó en su comercio, pues no había aprendido á traficar, ni tenía la sutileza que podía haber reemplazado á su falta de experiencia, siendo además incapaz de mentir y de pedir más de su precio por los artículos que vendía. Frecuentemente, viendo el mal aspecto de sus negocios, se decía: — «¿Qué diría Enoch de mí?» Porque más de una vez, en días de estrechez angustiosa, había vendido sus mercaderías por menos de lo que diera por ellas al comprarlas. Entristeciase, pues, y decaía su ánimo, y esperando siempre noticias de Enoch, que nunca llegaban, ganaba para los suyos un escaso sustento, y llevaba una vida de silenciosa melancolía.

* *

El más joven de los niños, aquel que desde su nacimiento fuera débil y enfermizo, pareció debilitarse aún más, aunque Anita le prodigaba los cuidados maternos: sin embargo, sea porque sus ocupaciones le alejaban de él con demasiada frecuencia, sea por la falta de medios

para pagar el consejo de un buen médico, después de un lento padecer y antes de que su madre se apercibiera de ello, semejante al pájaro enjaulado que al ver la puerta abierta se escapa de repente, la inocente alma del tierno niño voló al cielo.

Pocos días después de su entierro, el sincero y fiel corazón de Felipe, ansioso por la felicidad de Anita, empezó á reprocharle por haber permanecido tanto tiempo alejado de ella, pues no la había visto desde la partida de Enoch. — «Paréceme» se dijo Felipe, «que puedo y debo ir á verla; tal vez podré consolarla ó serle útil en algo.» Llegóse, pues, á la casa de la mujer de su antiguo compañero, atravesó la tiendecita, en la cual no vió á nadie, se detuvo cerca de una puerta interior, y la golpeó por tres veces. Como nadie viniese á abrirle, Felipe entró; pero Anita, que estaba sentada pensando en el pobre niño que había perdido, no quería ver ningún rostro humano; así es que volvió el suyo hacia la pared y empezó á sollozar. Entonces Felipe, un tanto picado, le dijo, si bien con cierta vacilación: — «Anita, he venido á pedir un favor.»

Ella respondió con un gemido: — «¡A pedir un favor á un sér tan triste y desamparado como yo!» El tono de ligero enojo claramente perceptible en su respuesta, casi

avergonzó á Felipe; sin embargo, batallando su timidez con su ternura, acercóse á ella y le dijo:

* * *

— «He venido á hablaros de lo que deseaba Enoch, vuestro marido: ya sabéis que siempre he dicho que escogisteis el mejor hombre del puerto, un hombre fuerte y lleno de energía. Todo lo que deseaba su corazón sabia él llevarlo á cabo con una admirable perseverancia. ¿Por qué os dejó sola y emprendió ese penoso viaje? ¿Por ver el mundo, ó por placer? No ciertamente, sino á fin de poder dar á sus hijos una educación mejor que la que recibiera él ó recibirais vos; tal era su deseo. Si vuelve, se apesadumbrará al ver que se han perdido las preciosas horas de la mañana de la vida, cuando sus niños estaban más dispuestos á recibir una instrucción útil y saludable. Y si no vuelve, turbaría la paz de su sepulcro el saber que sus hijos crecen en la más completa ignorancia, si es que puede llegar á la tumba el conocimiento de lo que pasa entre los vivos. — Ahora bien, Anita, ¿no nos hemos conocido durante toda nuestra vida? Os ruego, por el amor que tenéis á él y á sus hijos, que no me rehuséis lo que os pido, porque si queréis, cuando Enoch vuelva me ha de pagar... esto es, si vos queréis que me pague, Anita, porque soy rico y no lo he menester. Dejadme que ponga á los niños en la escuela: ese es el favor que he venido á pedir.»

* * *

Entonces Anita, sin separar la frente de la pared, contra la cual la tenía apoyada, respondió: — «Tengo un aire tal de estupidez y desaliento, que no me atrevo á miraros. Cuando llegásteis, mi pesar me abrumaba; ahora creo que vuestra bondad me abruma aún más. Pero Enoch vive, estoy segura de ello, y os pagará á su vuelta, pues el dinero puede pagarse; lo que no se puede pagar es una bondad como la vuestra.»



* * *
Y Felipe preguntó: — «¿Es decir que me dáis vuestro permiso, Anita?»

* * *
Entonces ella se volvió bruscamente, levantóse, fijó en él sus ojos inundados de lágrimas y contempló un momento su bondadoso rostro. Luego, al mismo tiempo que llamaba sobre la cabeza de Felipe la bendición del cielo, tomó su mano, la estrechó con ardor, y retiróse á un aposento inmediato. En cuanto á él, se fué con el corazón más desahogado y tranquilo.

* * *
Felipe puso al muchacho y á la niña en la escuela,

compróles los libros necesarios, y miró por ellos con tanta solicitud como si hubieran sido hijos suyos. Pero temeroso, por causa de Anita, de la ociosa charla de las comadres del puerto, frecuentemente negaba á su corazón su más querido deseo, y solo raras veces cruzaba el umbral de la tiendecita; sin embargo, enviábala con los niños regalos consistentes en hortalizas y frutas, las más tempranas y más tardías rosas de su jardín, conejos de la llanura, y de vez en cuando, so pretexto de la excelencia del trigo (para de ese modo quitar á su acción toda apariencia de una obra de caridad), enviábala harina de su elevado molino, que silbaba en lo más alto del pueblo.

* * *
Pero Felipe no trataba de sondear el corazón de Anita: cuando iba á verla, apenas podía ella, cuyo corazón estaba rebosando, pronunciar de un modo balbuciente una frase de gratitud. Tan cortas eran sus visitas. En cuanto á los niños, pronto profesaron al buen molinero un afecto entrañable. Cuando le veían en la calle, corrían desde lejos á su encuentro, y correspondían cariñosamente á su cordial acogida; ellos eran los verdaderos dueños de su casa y de su molino; fatigaban sus oídos con la relación de sus insignificantes contrariedades y sus infantiles placeres; jugaban con él, y le llamaban «padre Felipe.» Enoch perdía en sus corazones, á medida que Felipe ganaba en ellos; pues Enoch les parecía incierto, oscuro, impalpable como una visión, como un hombre que se

columbra á los primeros albores del día en el extremo de una calle de árboles, caminando con rumbo desconocido. Así pasaron diez años desde que Enoch dejara su hogar y su país nativo, sin que de él se tuviera la menor noticia.

Sucedió una tarde que los hijos de Anita, deseando ir con otros niños á recoger avellanas al bosque en compañía de su madre, fueron al molino á rogar á « papá Felipe » que les acompañase. Encontráronle completamente blanco de harina, semejante á la laboriosa abeja envuelta en el pólen de la flor, y le dijeron: — « Venid con nosotros, padre Felipe. » Negóse él al principio, pero como los niños le agarrasen y quisiesen llevarle por fuerza, rióse y cedió prestamente á su deseo; porque ¿ no iba Anita á ir con ellos ?

Habían ya explorado la mitad de la espaciosa llanura, y hallábanse justamente en el sitio en que el terreno empieza á deprimirse y á hacerse más frondoso á medida que descende á la hondonada, cuando á Anita le faltaron las fuerzas, y dijo que deseaba descansar. Sentóse, pues, sobre el verde césped, y Felipe se sentó á su lado muy contento. Los niños se alejaron lanzando gritos de júbilo, descendieron tumultuosamente por entre los avellanos hasta lo más profundo de la hondonada, se dispersaron,

y encorvando unas ramas y rompiendo otras para despojarlas de sus morenos racimos, pronto llenaron las cestas con el agradable fruto. Sus alegres gritos resonaban incesantemente en todo el bosque.



Sentado Felipe al lado de Anita, olvidó por un instante su presencia, y recordó los tristes momentos que pasara en el mismo sitio cuando con el corazón herido se arrastró hasta lo más profundo y sombrío del bosque. Al fin dijo, levantando su honrada frente: — « ¡ Cómo se

divierten los niños en el bosque! ¿Oís sus gritos de placer?» Y como ella no desplegara los labios, Felipe añadió: — «¿Estáis muy cansada, Anita?» Esta dejó caer la cabeza sobre las manos, y continuó silenciosa. Entonces él, ligeramente incomodado, le dijo: — «¡El buque se perdió! ¡el buque se perdió! no penséis más en ello. ¿O es que queréis mataros, y hacer á vuestros hijos completamente huérfanos?» — «¡No sé explicarme el por qué», dijo Anita, «¡pero las voces de los niños hacen que me sienta tan sola y desamparada!»

Felipe se acercó más á ella, y la habló de este modo: — «Anita, hace tiempo que tengo una idea en mi mente, y aunque ignoro cuando se fijó en ella por primera vez, me es ya imposible callarla por más tiempo. ¡Oh, Anita! Ya no existe la menor probabilidad, ya no podemos abrigar la menor esperanza de que el que os dejó hace más de diez años, viva todavía. Ahora bien... permitidme hablaros con toda franqueza. Yo me aflijo viéndoos pobre y necesitada, y no puedo ayudaros como deseo hacerlo, á menos que... Dicen que las mujeres son tan penetrantes... quizá habéis ya adivinado lo que deseo deciros. En una palabra, deseo haceros mi mujer. Deseo ardientemente que vuestros hijos tengan en mí un padre cariñoso; creo que ellos me aman como á un padre, y estoy seguro de que los quiero como si fuesen hijos míos. Creo que si os casáis conmigo, aun podremos, después

de tantos tristes años de penosa incertidumbre, gozar de tanta felicidad como Dios concede á sus más favorecidos hijos. Pensad en ello; ya sabéis que me hallo en buena posición, sin parientes, sin cuidados, sin cargas, excepto mi cuidado de vos y los vuestros. Además, nos hemos conocido durante toda la vida, y os he amado por mucho más tiempo de lo que imagináis.»

* * *

Anita respondió en un tono de exquisita bondad: — «Habeis sido para nosotros semejante al ángel bueno de Dios. Él os bendiga por ello, Felipe, y os recompense con una mujer más dichosa que yo. ¿Es posible amar dos veces? ¿Puede alguno ser amado jamás como lo fué Enoch? ¿Es eso lo que pedís?» — «Me daré por satisfecho», respondió él, «con ser amado un poco menos que Enoch.» — «¡Oh! exclamó ella como asustada; «Felipe, esperad un poco. Si Enoch vuelve... pero no volverá; sin embargo, esperaré un año; un año no es mucho tiempo. Es seguro que dentro de un año seré más juiciosa. ¡Oh! esperad un poco.» Felipe dijo tristemente: — «Anita, como he esperado toda mi vida, bien puedo esperar un poco más.» — «¡No!» gritó ella; «quedo ya comprometida; podéis contar con mi promesa. ¿Estáis, como yo, dispuesto á esperar un año?» — «Esperaré un año», replicó Felipe.

* * *

Así habló ; y como si fuese en un momento, mientras que se hallaba ocupada en sus quehaceres domésticos , y cuando aun estaba pensando en lo que le dijera Felipe de que la había amado por más tiempo de lo que ella imaginaba , aquel otoño fué sucedido por el siguiente , y el molinero se presentó á su vista reclamando el cumplimiento de su promesa. — « ¿ Ha pasado ya un año ? » preguntó ella. — « Sí , si es que los avellanos se hallan de nuevo cargados de maduro fruto. Salid y cercioraos por vos misma. » Pero ella... ella le rogó que esperase todavía. — « Hay tantas cosas en que pensar » , dijo ; « es un cambio tal... Si me concedieseis un mes... Dadme un mes , nada más. » Entonces Felipe , con una mirada en la que estaba pintada la pasión de toda su vida , dijo con voz tan trémula como la mano de un hombre ébrio : — « Tomad el tiempo que queráis , Anita : tomad el tiempo que queráis. » Poco le faltaba á Anita para llorar de compasión , y sin embargo , le tuvo así largo tiempo , dilatando el cumplimiento de su promesa por medio de pretextos apenas dignos de crédito , y poniendo á dura prueba su constancia y paciencia. De ese modo se deslizaron otros seis largos meses.

* * *

Para este tiempo , ya las ociosas comadres del pueblo , que habían profetizado el casamiento de Anita con el rico molinero , viendo que sus cálculos salían errados , empezaron á irritarse como si fuera una injuria personal. Unas

pensaban que Felipe solo tonteaba con ella , otras creían que ella le mantenía apartado á fin de asegurarle mejor , y algunas se reían de ella y también de Felipe , como de necios que no conocían ni sus propios sentimientos ni sus propios deseos. Una de ellas , en quien todas las malas ideas se hallaban reunidas (como los huevos de la serpiente , adheridos unos á otros), reíase y hacia una insinuación de peor especie. El hijo de Anita nada decía , pero era fácil leer su deseo en sus ojos ; pero la hija la instaba constantemente á enlazarse con aquel hombre tan querido de todos ellos , y de ese modo sacar á la familia de la miseria en que se hallaba sumida. El colorado rostro de Felipe volvióse flaco y pálido , por efecto de la cruel zozobra que le atormentaba y consumía. Todas estas cosas caían sobre el corazón de Anita como un amargo reproche.

* * *

Al fin , una noche en que Anita no podía conciliar el sueño , rogaba ansiosa y solemnemente que Dios la enviase una señal que la informara de si Enoch era muerto , ó si aun vivía : incapaz de tolerar por más tiempo , en medio de la oscuridad de la noche , la terrible expectación de su alma , saltó del lecho , encendió una luz , cogió con desesperación el Santo Libro (1), abriólo rápidamente á la ventura , y también á la ventura fijó el dedo sobre el tex-

(1) La Biblia.



to, y leyó: — « Debajo de una palmera. » Eso no era nada para ella: en esas palabras no había ninguna significación para el caso presente. Cerró el libro y volvió á acostarse; pero hé aquí que apenas se hubo dormido, parecióle ver á Enoch sentado en una altura, debajo de una palmera, sobre la cual brillaba el sol esplendorosamente. — « Ha muerto », pensó ella; « es dichoso, está cantando Hosanna en las alturas: allá brilla el sol de la justicia, y esas son las palmeras cuyas ramas arrojaba el pueblo dichoso de Jerusalem, cantando « Hosanna en las alturas. » En esto despertó súbitamente, y hallándose ya del todo resuelta, mandó llamar á Felipe y le dijo vivamente: — « Nada impide ya que nos unamos. » — « Si así es », respondió él, « por Dios os ruego que, ya que estáis dispuesta á ser mi esposa, lo seáis enseguida, por nuestro mútuo bien. »

Al fin Felipe y Anita se casaron, y las campanas de la parroquia anunciaron la boda alegremente; quien no latía alegremente era el corazón de Anita. ¡Pobrecilla! Cuando andaba, parecíale que al lado de sus pasos resonaban los de una persona invisible, y frecuentemente le parecía

que alguien susurraba en su oído frases incomprensibles; así es que no le gustaba que la dejaran sola en casa, ni se atrevía á salir sin compañía. Muchas veces cuando iba á entrar en casa, permanecía largo rato vacilante, con la mano sobre el pestillo, sin atreverse á entrar. ¿ Qué era lo que la afligía tan profundamente? Su marido creía saberlo; tales dudas y temores le parecían propios de su situación, pues se hallaba en estado interesante. No se equivocaba; pues con el nacimiento del niño pareció que la madre volvió á encontrar su corazón perdido; desde entonces amó á Felipe con ternura, y desapareció enteramente aquel misterioso instinto que tanto la había atormentado.

¿ Y qué se había hecho de Enoch? El *Buena Ventura* navegó prósperamente, aunque al pasar por el golfo de Vizcaya fué rudamente sacudido por las gigantescas olas, que á manera de montañas surcaban el irritado mar: deslizóse sin dificultad á través del verano del globo, y despues de algunos balances cerca del cabo de Buena Esperanza, y frecuentes cambios de tiempo, ya adverso, ya favorable, pasó de nuevo á través del verano del globo: empujóle constantemente el hálito del cielo, y le condujo suavemente por entre las felices islas del Océano Indico, hasta que pudo descansar en el puerto oriental para donde iba destinado.

Allí, Enoch comenció un poco por su cuenta, y compró para sus niños un dragón dorado y otros monstruos extraños.

No fué tan afortunado su viaje de retorno. Cierto es que al principio los pasajeros navegaron felizmente por un mar tranquilo, siendo apenas mecidos por las olas, mientras que el mascarón de proa contemplaba, con sus inmóviles ojos, la aparente ebullición producida en las aguas por la rápida marcha del buque. Siguiéronse luego algunas calmas y variables vientos;



después, vientos contrarios les acosaron durante muchos días, y al fin fueron sobrecogidos por una tormenta tal, que les impelió largo tiempo á través de los mares en medio de la oscuridad mas espantosa, hasta que, casi al mismo tiempo que resonó á bordo el terrible grito de « ¡escollos! », oyóse el horroroso estallido de ruina. Todos perecieron menos Enoch y otros dos. Durante la mitad de la noche se mantuvieron sobre flotantes jarcias y vergas rotas, que impelidas por el viento se amontonaron al romper el día sobre una playa, en una isla hermosísima, pero la más desierta de las que se hallan en aquel desierto mar.

No habia allí escasez de agradable sustento, pues abundaban mil jugosos frutos, grandes nueces, y nutritivas raíces; y si la compasión no les hubiera disuadido, no era difícil procurarse la carne de los muchos animales que vivian en ella, y que como jamás habían sido perseguidos, se distinguían por su extremada mansedumbre. En una garganta de la parte montuosa de la isla construyeron un albergue, medio choza, medio caverna natural, y lo techaron con ramas de palmera. Así, aquellos tres hombres, colocados en un abundantísimo Eden, vivían descontentos en medio de un eterno verano.

El más joven de los tres, que era todavía un adolescente,

se había herido de gravedad aquella noche de súbita ruina y naufragio, y murió después de tres años de continuo padecer, semejante á un morir continuo. No le dejaron hasta que lanzó el último suspiro. Después de su muerte, habiendo encontrado Enoch y su compañero un gran tronco de árbol, y creyendo que podría serles útil poseer una canoa, dedicáronse ardientemente á ahuecarlo por medio del fuego, á la manera de los indios. El compañero de Enoch trabajó con tanta perseverancia y abnegación, fué tan negligente de sí mismo, que murió herido de una insolación. Enoch quedó solo, y leyó en la muerte de sus dos compañeros la expresa voluntad de Dios que le ordenaba esperar.

La montaña, cubierta de árboles hasta la cima; los risueños prados, las tortuosas cañadas que suben hasta lo más alto del monte, semejantes á otros tantos caminos del cielo; la descaecida corona de plumas del esbelto cocotero, el rápido vuelo de insectos y pájaros, la brillantez de los largos convólulos que se enroscan en los majestuosos árboles, y se prolongan hasta los confines de la isla; los vivos colores, el esplendor del magnífico cinturón de la tierra que se llama el Ecuador, todo eso vió Enoch; pero lo que él deseaba ver no podía verlo, esto es, el familiar y afable rostro humano. Ni escuchaba jamás la suave voz de los hombres, sino tan sólo los millares de chillidos de las aves marinas que vuelan de acá para allá;

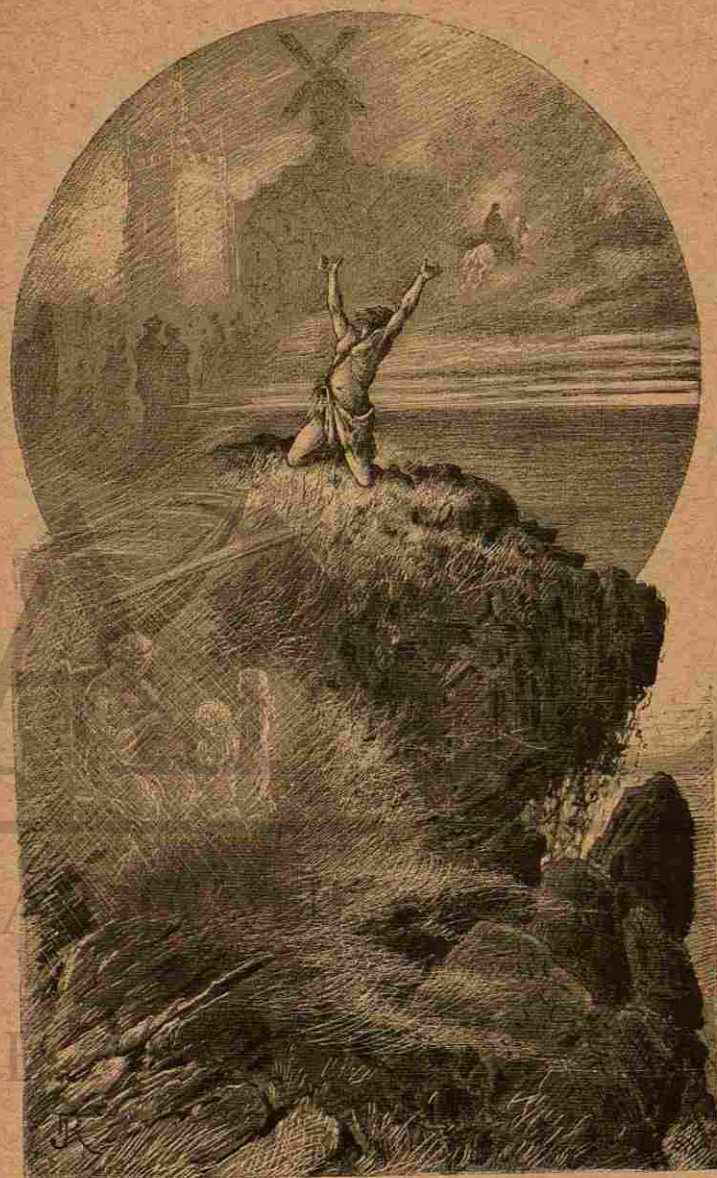


las olas, semejantes á gigantes rodillos de una legua de longitud, tronando sobre los arrecifes; el lastimero susurro de los enormes árboles que extienden sus ramas y abren sus flores en el cénit; ó la marcha impetuosa de algún riachuelo que vá á juntar sus aguas con las del mar. Sólo esos rumores herían sus

oídos cuando vagaba por la orilla del mar, ó durante las largas horas que pasaba sentado en la garganta que mira al Océano, esperando apercibir una embarcación que recogiese al pobre náufrago. Los días corrían rápidamente uno tras otro, sin que Enoch divisara vela ninguna en el inmenso piélago que tenía ante los ojos. Todos los días veía la aparición de la aurora, lanzando sus dardos de púrpura por entre las palmeras y los helechos; veía el luminar del día brillar sobre las aguas en el extremo Oriente, veíalo brillar más tarde sobre su isla, y veíalo brillar de nuevo sobre las aguas allá en el extremo Occidente; contemplaba después el cielo tachonado de estrellas, y escuchaba el cóncavo bramido del Océano, y de nuevo venían á inundar la isla con su luz los purpúreos rayos de la aurora: mas nunca aparecía el buque que los ansiosos ojos de Enoch buscaban en todas direcciones.

* * *

A veces, mientras que absorto, inmóvil (tan inmóvil que el dorado lagarto se posaba confiadamente sobre él), contemplaba, ó estaba en actitud de contemplar, el líquido elemento, parecíale que muchos fantasmas andaban á su alrededor, ó que él mismo se hallaba lejos, muy lejos, allá en una isla más sombría, situada muy al norte de la línea equinoccial, vagando entre personas, cosas y lugares conocidos: su mujer, sus hijos, su inocente cháchara, su casita, la empinada calle, el molino, las frondosas



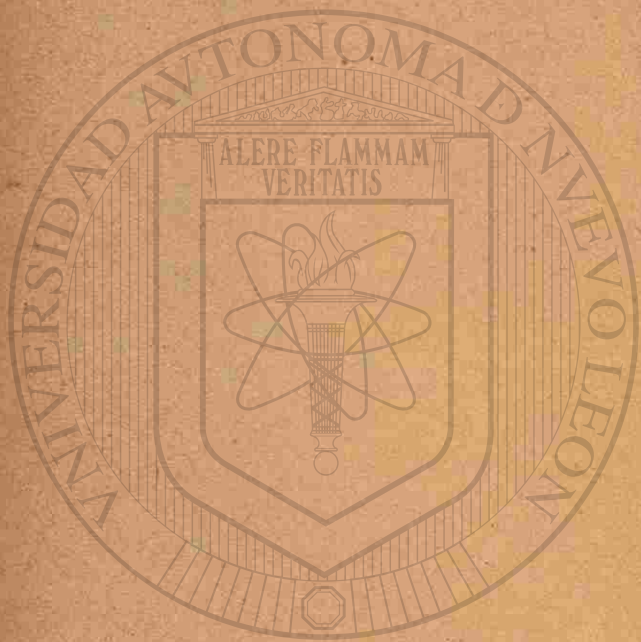
avenidas, la solitaria mansión señorial, el caballo que montaba, la barca que vendió, las frías madrugadas de Noviembre, las llanuras cubiertas de rocío, la benéfica lluvia, el perfume de las hojas secas, y el sordo lamento de mares de color de plomo.

* * *

Asimismo un día parecióle que llegaba á sus oídos, débil pero alegremente, el repique de las campanas de su parroquia; entonces, aunque sin saber explicarse la causa, se levantó sobresaltado, y cuando la hermosa isla que le era tan odiosa se presentó á sus ojos, si su pobre corazón no hubiese hablado con Aquel que, hallándose en todas partes, no deja que nadie que habla con Él se crea enteramente solo, seguramente la soledad habría matado al desgraciado Enoch.

* * *

Así, sobre su cabeza, prematuramente nevada, pasaron año tras año las estaciones del sol y de la lluvia. Sus esperanzas de volver á ver á los suyos, y de pasearse de nuevo por los campos y caminos que le eran familiares, no habían aún perecido, cuando llegó para él el momento de salir de su destierro en aquella soledad. Otro buque, al cual, como al *Buenaventura*, los vientos contrarios habían separado de su rumbo, apareció á la vista de Enoch. Apenas quedaba agua á bordo, así es que el piloto experimentó un vivo placer cuando al rayar el día vió, por un claro de la



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

neblina que envolvía á la isla, el agua deslizándose de los collados. Comunicóselo al capitán, quien envió enseguida unos cuantos hombres á tierra, y ellos, así que desembarcaron, se pusieron á buscar el manantial, llenando la isla con sus clamores. Al verles, el solitario descendió de la garganta de la montaña donde tenía su choza. Apenas parecía un ser humano. Asombráronse los marineros al ver á aquel hombre tan



moreno, de barba y cabellos tan largos, y vestido de un modo extraño, acercarse á ellos rezongando y murmurando como un idiota, y haciéndoles señas que no comprendían. Sin embargo, él fué por delante de todos, y les mostró el camino al lugar donde se hallaban los arroyuelos de agua dulce. Así que oyó hablar á los marineros, su lengua, que durante tanto tiempo había estado embarazada, se desató, y consiguió que le comprendiesen. Cuando los barriles estuvieron llenos, los marineros llevaron al solitario á bordo, donde de un modo entrecortado les refirió la historia de su naufragio y de su larga soledad. Al principio apenas le daban crédito; pero á medida que adelantaba en su narración, aumentaba el asombro y el enternecimiento de cuantos le oían. Diéronle vestidos y libre pasaje á su país, pero frecuentemente trabajaba con los demás, saliendo así de su penosa abstracción. Ninguno de los marineros podía darle noticias de los que amaba, pues ninguno de ellos era de su condado ó provincia. El viaje fué pesado á causa de frecuentes dilaciones, pues la nave era apenas á propósito para navegar; mas la fantasía de Enoch volaba siempre delante del perezoso viento. Al fin un día, antes de amanecer, distinguió á la luz de la luna, casi velada por las nubes, la querida costa de Inglaterra, y aspiró con ardor el aire embalsamado que llegaba á él en alas de la suave brisa de tierra, como el amante que aspira con delicia el perfumado aliento de su amada. Aquella misma mañana, oficiales y marineros, compadecidos del hombre abandonado, le-

vantaron entre ellos una contribución voluntaria, cuyo producto le entregaron; luégo, acercándose á la costa, le desembarcaron en el mismo puerto donde antes se embarcó.

Enoch tenía allí muchos amigos, pero sin detenerse á hablar con ninguno de ellos, dirigióse inmediatamente hacia el puerrecito donde había nacido, pues se hallaba impaciente de llegar á su hogar.

¡ Su hogar ! ¿ Qué hogar ? ¿ Tenía él hogar ?

* * *

La tarde era brillante, aunque fría, hasta que los grandes nubarrones que se veían sobre el mar, empujados por el viento, penetraron al través de las hendiduras de las rocas donde ambos puertos se abren sobre el piélagos, y cubrieron el mundo con su manto gris. A fin de acortar la distancia que tenía que recorrer, Enoch dejó el camino real y tomó por un estrecho sendero, á través de bosques, tierras de labranza y pastos. Sobre el árbol, ya casi desnudo, cantaba el pétirrojo desconsolado; las hojas secas caían juntamente con la lluvia. La oscuridad se hizo más y más profunda, más y más espesa la llovizna; al fin, una débil y pasajera claridad le permitió distinguir los objetos que le rodeaban, y vió que había llegado al término de su viaje.

* * *

Entonces, habiendo descendido lentamente la larga calle, con el corazón lleno de tristes presagios y los ojos fijos en el suelo, llegó á la casa donde Anita vivió y le amó, y donde nacieron sus hijos durante aquellos dichosos siete años; pero no viendo en ella luz, ni sintiendo el menor ruido, y observando además un anuncio de venta que brillaba á través de la lluvia, continuó descendiendo á lo largo de la calle, pensando:—« ¡ Muerta, ó muerta para mí ! »

* * *

Bajó al estrecho muelle buscando una taberna que le era de antiguo conocida; una taberna con una vieja fachada de madera, tan apuntalada, ruinoso y carcomida, que Enoch creía habría ya desaparecido. Quien había desaparecido era el tabernero, y su viuda Miriam Lane, aunque sus ganancias disminuían de día en día, continuaba al frente del establecimiento. Este era en otro tiempo punto de reunión de marineros camorristas; ahora, en su período de decadencia, se hallaba silencioso y triste. No faltaba, sin embargo, en la casa, una cama



para los caminantes ó vagabundos, y Miriam Lane no tuvo reparo en alojar á Enoch, quien permaneció allí retirado durante algunos días.

Pero la buena de Miriam Lane era en extremo locuaz, y frecuentemente interrumpía las meditaciones del pobre Enoch, dándole á conocer los anales del puerto. El desgraciado estaba demasiado moreno, encorvado y abatido, para que la vieja le reconociera; así es que, sin imaginar quien era el que le escuchaba, refirióle entre otras cosas la historia toda de su propia familia. La muerte de su hijo y la creciente pobreza de su mujer; como Felipe puso á los niños en la escuela y los mantuvo en ella; como quiso casarse con Anita; su tardo consentimiento, y su matrimonio, y el natalicio del hijo de Felipe. Sobre el rostro del desgraciado no pasó ni una sombra, ni un movimiento; cualquiera que le hubiese contemplado hubiera creído que la historia le conmovía menos que á la que la contaba. Sólo cuando ella terminó su narración, diciendo: — « ¡Pobre Enoch! ¡pobre hombre! ¡náufrago y perdido! » — solo entonces movió él patéticamente su cabeza gris, murmurando: — « ¡Náufrago y perdido! » Y de nuevo, en un murmullo sordo y profundo, exclamó: — « ¡Perdido! »

* * *

Pero Enoch ansiaba volver á ver el rostro de Anita. —

« ¡ Si pudiese contemplar su dulce semblante y saber que es dichosa! » Ese pensamiento, que no dejaba un momento de atormentarle, le condujo una tarde al collado, donde se hallaba el molino, justamente á la hora en que el oscuro día de Noviembre era reemplazado por el crepúsculo aun más oscuro. Allí se sentó, y púsose á contemplar todo lo que á sus piés se descubría; allí rodaron sobre él un millar de memorias de indecible amargura. Bien pronto, la ventana iluminada que brillaba en la parte trasera de la casa de Felipe, le alucinó por completo; del mismo modo la luz de la valiza atrae el pájaro viajero, quien locamente vuela contra ella, terminando así su fatigosa vida.

Es á saber que la casa de Felipe, que era la última de la calle hacia el lado de tierra, tenía hacia la calle su fachada; pero á la parte trasera florecía un jardinillo rectangular, rodeado de una pared baja, y con una puertecita que daba al campo. En el centro del jardinillo crecía un viejo árbol siempre verde, un tejo; á su alrededor había un paseo cubierto de menudo guijo, dividido en dos partes iguales por otro paseo central. Enoch entró, y dejando el paseo del centro, subió cautelosamente sobre el muro, y se colocó detrás del tejo; desde allí contemplaron sus ojos un espectáculo que mejor le hubiera sido haber evitado, si es que dolores como el suyo tienen mejor y peor.

* * *

Tazas, cubiertos de plata y otros objetos brillaban sobre el aparador, y en el hogar ardía un fuego alegre y vivificante. A la derecha del hogar estaba Felipe, el desdeñado amante de otro tiempo, grueso, colorado, teniendo á su



tierno niño sobre las rodillas, y al lado de su segundo padre se hallaba de pié una muchacha alta y de pelo rubio, una Anita Lee más joven, pero más majestuosa, teniendo la mano levantada, y de ella suspendida una cinta de seda con un anillo para instigar al niño, quien sin cesar levantaba sus gruesos brasesitos para cogerlo, y nunca lo conseguía, de lo cual se reían todos. A la izquierda del hogar vió á la madre con los ojos fijos en el niño, pero volviéndose á veces para hablar con el hijo de Enoch, un alto y robusto mancebo que estaba de pié á su lado; y sin duda le decía alguna cosa agradable, pues el joven sonreía.

¡ Ah! cuando el muerto resucitado contempló á su mujer, que ya no era su mujer; cuando vió al niño de Anita, pero no de Enoch, sobre las rodillas del padre, cuando

vió sus propios hijos, altos y hermosos, y el calor, la paz, la felicidad que moraban allí; cuando vió, en fin, á aquel otro reinando en su lugar, señor de sus derechos y del amor de sus hijos, entonces, aunque Miriam Lane se lo había contado todo, como las cosas vistas siempre parecen mas enormes que las cosas oídas, tembló de tal modo que tuvo que agarrarse á una rama para no caer, y temió lanzar un grito penetrante y terrible, el cual, semejante á la trompeta de ruína, hubiera destrozado en un momento toda la felicidad del hogar.

Lenta y cautelosamente, como un ladrón, temeroso de que las ásperas guijas rechinasen bajo sus piés, y apoyándose en la pared por miedo de desfallecer, y caer, y ser hallado, se arrastró hasta la puerta, la abrió, y cerrándola tras él tan suavemente como la puerta de la alcoba de un enfermo, salió al campo.

Y allí se hubiera arrodillado, sólo que sus rodillas estaban débiles, de manera que cayó hacia adelante, sobre su rostro, y sus dedos penetraron en la húmeda tierra. — « ¡ Oh! esto es demasiado terrible para que pueda soportarlo », exclamó. « En hora menguada llegó á mi vista el buque que me ha conducido aquí. ¡ Oh, Dios omnipotente! ¡ Bendito Salvador mío! ¡ Tú que me sostuviste en mi isla solitaria, sosténme un poco más tiempo en mi soledad!

Ayúdame, dame fuerzas para no decirle que vivo aún, para no hacerle saber que he vuelto. Ayúdame para que no turbe su paz. — ¿Tampoco debo hablar á mis hijos? No me conocen; pero, si les hablase, no podría contenerme, y me descubriría á ellos sin remedio. ¡ Oh! ¡ no! ¡ nunca! ¡ nunca! ¡ ya no debo esperar el beso debido á un padre, de la joven tan parecida á su madre, ni del joven mi hijo! »

Entonces palabra, y pensamiento, y naturaleza le abandonaron, y quedó largo tiempo tendido en el suelo como arrojado; pero cuando se levantó y se dirigió hacia su solitaria morada, descendió todo á lo largo de la estrecha calle, repitiendo sin cesar, á la manera del estrambote de una canción: — « No decirle nunca; nunca hacerle saber. »

No era completamente desgraciado. Su resolución y su firme fé le sostuvieron; sus constantes oraciones, elevándose al través de todo el amargo mundo, como fuentes de agua dulce en el mar, le dieron fuerza para vivir. — « La mujer de ese molinero de quien me hablasteis », dijo á Miriam, « ¿ no teme que su primer marido viva aún? » — « ¡ Ay! ¡ ay! ¡ pobrecita! ¡ bastante miedo tiene! Si pudieseis decirle que le habéis visto muerto, ese sería su consuelo. » Enoch pensó: — « Despues que el Señor me

haya llamado á si, lo ha de saber ella: yo espero á que Él me llame. » Como desdeñaba pedir limosna, se dedicó á trabajar para vivir. Apenas había cosa que no supiera hacer: era tonelero y carpintero, y hacía redes para los pescadores, ó ayudaba á cargar y descargar los barcos que hacían el limitado comercio de aquellos tiempos. Así ganaba un escaso sustento. Sin embargo, desde que sólo trabajaba para él, trabajó sin esperanza, su salud decaía por instantes; de modo que, justamente al año de su regreso, experimentó un desfallecimiento general, enfermedad que le debilitó gradualmente, hasta que se vió obligado á estarse siempre en casa, primero en una silla, y al fin en su lecho. Y Enoch soportó su debilidad alegremente. Porque, en verdad, el encallado náufrago no experimenta más placer al divisar, á través de las grises faldas de una soberbia ráfaga de viento, el bote que conduce la esperanza aproximarse á salvar la vida que ya se consideraba perdida, que el que Enoch experimentó al ver la muerte amanecer sobre él, y con ella el término de todo.

Porque detrás de esa suprema aurora brillaba para él una dulce esperanza. Enoch pensaba: — « Anita sabrá despues de mi muerte, que la amé hasta el fin. » Llamó á Miriam Lane y le dijo: — « Mujer, tengo que comunicaros un secreto, pero antes que os lo diga, jurad sobre el Santo Libro no revelarlo hasta que me veáis muerto. » — « ¡ Muerto! » exclamó la buena mujer; « ¿ qué estáis

diciendo, hombre? Os aseguro que os habeis de poner bueno muy pronto.» — «Jurad», añadió Enoch con dureza; «jurad sobre el Libro.» Y Miriam juró medio amedrentada. Entonces Enoch, fijando los ojos sobre ella, le dijo: — «¿Conocisteis á Enoch Arden, vecino de este puerto?» — «¿Si le conocí?» respondió ella. «Su rostro me era por cierto bien familiar, y lo reconocía desde bien lejos. Todavía me parece verle bajando por esta calle: llevaba siempre la cabeza erguida, y no se cuidaba de nadie.»

* * *

Enoch respondió lenta y tristemente: — «Su cabeza está inclinada, y nadie se cuida de él. Creo que no me quedan tres días más de vida; yo soy Enoch Arden.» Al oír lo cual,



la mujer dió un grito medio increíble, medio histérico. — «¡Vos Arden! ¡vos...! ¡oh, no! Arden era un pié más alto que vos.» Enoch repuso: — «Mi Dios me ha encorvado y me ha reducido á lo que soy; mis dolores y mi soledad me han abatido; sin embargo, sabed que yo soy el que se casó con....»

Pero su nombre se ha cambiado dos veces..... Yo soy el que se casó con la que ahora es mujer de Felipe Ray. Sentáos y escuchadme.» Entonces le

refirió su viaje, su naufragio, su vida solitaria, su regreso, como contempló el rostro de Anita y fué testigo de su felicidad, su resolución de nunca hacerla saber que aun vivía, y como la cumplió. A medida que la buena mujer oía, fluía abundantemente de sus ojos la corriente de sus lágrimas, mientras que en su corazón ansiaba salir de su casa, y correr inmediatamente por todo el puerto, proclamando la vuelta de Enoch Arden, y refiriendo sus infortunios; pero amedrentada y ligada por su promesa, se reprimió, diciendo solamente: — «¡Oh! ¡Ved á vuestros hijos antes de morir, Arden! ¡Permitidme que os los traiga!» Y se levantó, ansiosa é impaciente de traerlos, pues Enoch pareció por un momento suspendido de sus labios; pero luégo replicó:

* * *

— «Mujer, no me atormentéis ahora que mi fin está cercano, dejadme mantener mi resolución hasta morir. Sentáos de nuevo, prestad atención, y comprendedlo todo bien mientras que aun puedo hablar. Os encargo que cuando la veáis, le digáis que morí bendiciéndola, rogando por ella, amándola, salvo por el obstáculo que se halla entre nosotros, amándola tan tiernamente como cuando descansaba su cabeza al lado de la mía. Y decid á mi hija Anita, á quien ví tan parecida á su madre, que mi último aliento lo empleé en bendecirla y rogar por ella. Y decid á mi hijo que morí bendiciéndole. Y decid á Felipe que le bendije también; siempre se sintió animado de los

mejores deseos hacia nosotros. Si mis hijos, que apenas me conocieron vivo, desean verme muerto, dejadles venir, pues soy su padre; pero ella no debe venir, pues el recuerdo de mi rostro de muerto haría en adelante melancólica su existencia. — De entre todos los míos, sólo uno me espera para abrazarme en el otro mundo; este pelo es suyo, ella lo cortó y me lo dió: lo he llevado siempre conmigo, y pensaba llevarlo conmigo al sepulcro, pero ahora he cambiado de propósito, porque le voy á ver..... voy á ver á mi hijo en la gloria. Por eso, cuando yo muera, tomad ese rizo y dádselo; tal vez eso la anime y consuele: será además para ella una señal de que yo soy él. »

* * *

Cesó de hablar, y Miriam Lane dió una respuesta tan voluble, prometiéndolo todo, que de nuevo fijó él los ojos sobre ella repitiendo todo lo que deseaba, y de nuevo Miriam lo prometió todo.

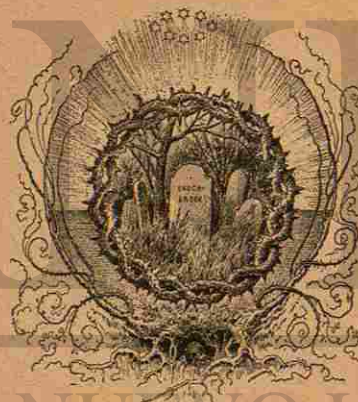
* * *

La tercera noche después de esto, mientras que Enoch dormitaba pálido é inmóvil, y Miriam velaba y dormitaba por intervalos, dejóse sentir un rugido tal del mar, que resonaron todas las casas del puerto. Enoch despertó, se incorporó, extendió los brazos, gritando con fuerte voz: — « ¡ Un buque!, ¡ un buque! ¡ me salvé! », y cayó de espaldas. Esas fueron sus últimas palabras.

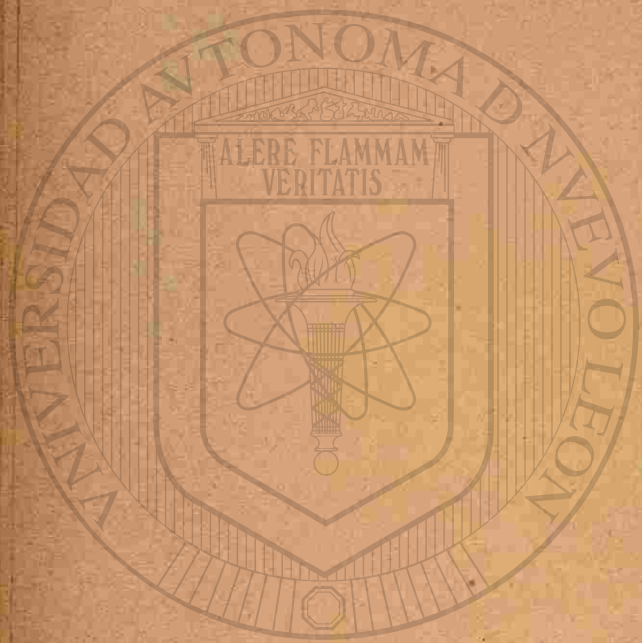
* * *

Así dejó la tierra aquella alma fuerte, aquella alma heroica.

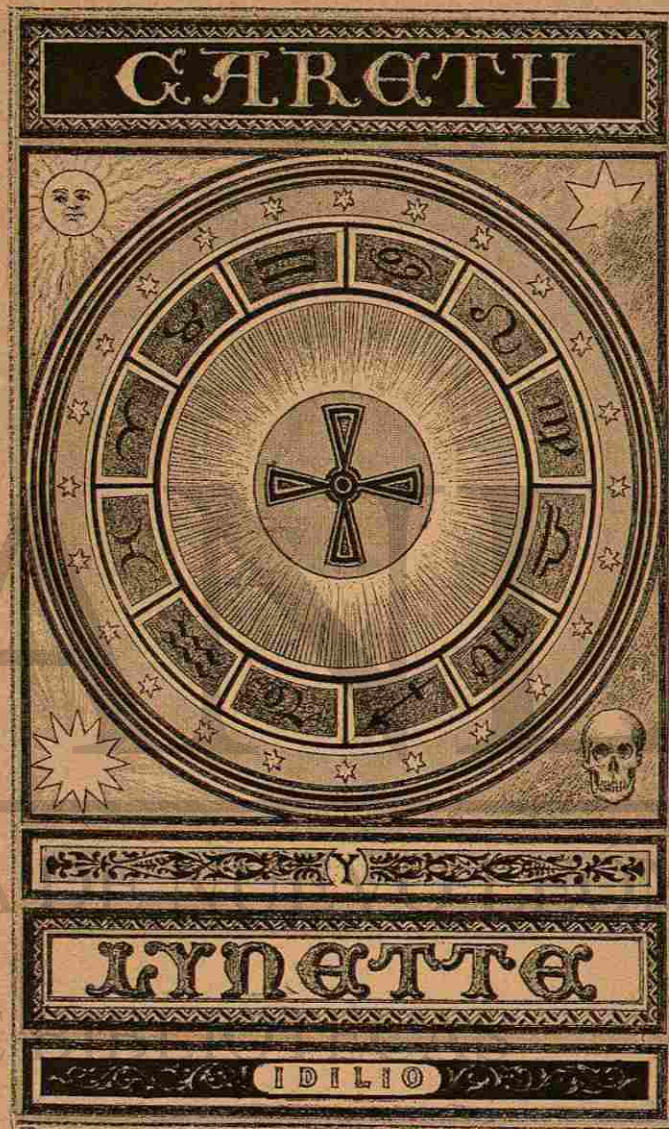
Y pocas veces se vió en el puertecito un entierro tan magnífico como el de *Enoch Arden*.



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

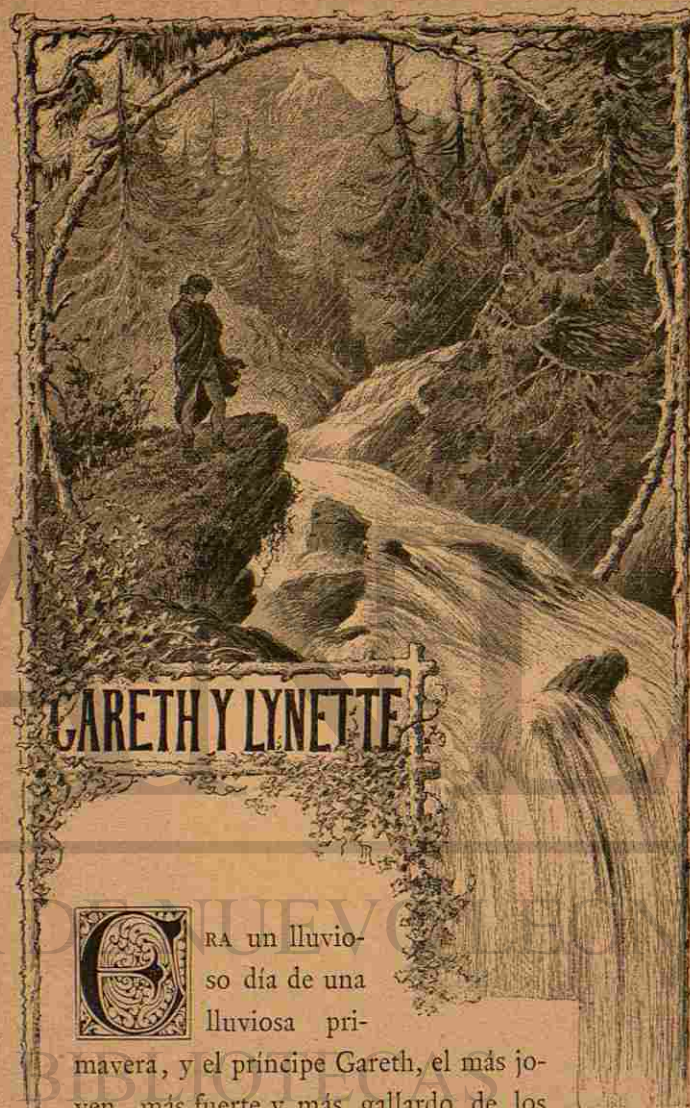


®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GRA un lluvioso día de una lluviosa primavera, y el príncipe Gareth, el más joven, más fuerte y más gallardo de los hijos de Lot y Bellicent (1), contemplaba extasiado una

(1) Reyes de Orkney.

soberbia caída de agua. La impetuosa corriente desarraigó un delgado pino, que cayó y fué arrastrado cual levisísima pluma. — ¡Cómo ha caído — dijo Gareth — como un pérfido caballero ó un mal rey al bote de mi lanza, si lanza me fuera dado manejar! ¡Oh inconsciente catarata, que en tu precipitación lo derribas y arrastras todo; las frías nieves te han hinchado, al paso que mis venas hincha bullente sangre, y sin embargo, tú haces, sin conocerla, su voluntad, la voluntad del Supremo Hacedor, y yo que la conozco, yo que tengo fuerza y entendimiento, en la mansión de mi buena madre permanezco, mal de mi grado, detenido por la obediencia que debo á mi madre, obediencia que ya titubea; trátanme como al pájaro enjaulado á quien se dá de comer, y se mima, y se acaricia, y se divierte imitando sus silbidos, para hacerle amar su prisión, y es que mi buena madre cree que todavía soy un niño! ¡Mi buena madre es mala madre para mí! Una madre peor mejor sería, y con todo yo no quisiera tener una madre peor. Dios la perdone, pero en mí ponga fuerzas para cansar sus oídos con incesantes ruegos, hasta que me deje salir de la jaula, y volar, y elevarme, en círculos semejantes á los del águila, hasta el gran sol de la gloria, y de allí arrojarme sobre todos los seres viles y despreciables, y del golpe matarlos, haciendo, como buen caballero de Arturo, su voluntad, encaminada á limpiar el mundo. ¿Acaso no tengo vigor bastante para manejar las armas? Cuando Gawain vino aquí con Modred en el verano, me rogó que justara con

él, caballero probado y de renombre (1). Modred, por falta de otro más digno, fué juez del combate. Entonces, de tal manera hice á Gawain tambalearse en la silla, que me dijo: — «Por poco me derribas.» Así dijo, bien lo recuerdo, aunque Modred se mordió sus delgados labios y permaneció silencioso. Y es que Modred está siempre de mal humor, siempre ceñudo; más ¿qué me importa á mí su mal humor?

*
*

Dichas estas palabras, volviéndose Gareth al hermoso palacio que él llamaba su jaula, y dando vueltas alrededor de la silla de su madre, preguntó: — Madre, aunque todavía me tienes por un niño, dime, querida madre, ¿me quieres? ¿Quieres al niño? — Ella se rió y dijo: — Sólo á un ganso silvestre como tú se le ocurre pregunta semejante. — Entonces, madre, si amas al niño, — dijo él; — si le amas á pesar de ser un ganso, y más bien doméstico que silvestre, oye el cuento del niño. — Sí, querido mío; aunque no sea más que el cuento del ganso de los huevos de oro.

*
*

Y Gareth contestó con encendidos ojos: — No, no,

(1) Gawain y Modred eran hermanos de Gareth, y caballeros de la Tabla Redonda.

mi buena madre, porque el huevo de que quiero hablar era de un oro mucho más fino del que ganso alguno puede poner. Era un huevo que un águila, un águila real puso casi fuera del alcance de la vista, en una palmera semejante á la que dorada brilla en tu devocionario. Y dando vueltas en torno de la palmera había siempre un fornido, pero pobre mancebo, que contemplando el reluciente huevo, pensaba: — « Si pudiese subir y ponerle la mano encima, más rico sería yo entonces que tres reyes. » — Pero cada vez que extendía las manos para subir al árbol, alguien que le había amado desde la infancia, las cogía y le detenía, diciéndole: — « No subas; no sea que te rompas la cabeza. Te lo mando por mi amor; » — y así el muchacho, querida madre, ni subía, ni se rompía la cabeza, pero se destrozaba el corazón suspirando por ello; de modo que por fin murió de pena.

*
* *

Entonces la madre replicó: — Quien le hubiese amado de veras, querido hijo mío, se hubiera expuesto en su lugar, y subiendo al árbol habría cogido para él el codiciado huevo de oro.

Y Gareth contestó; un fulgor extraordinario se veía en sus ojos: — ¿ Oro? ¿ dije oro? Entonces sí; porque en

verdad él, ó ella, ó cualquiera que fuese, ó medio mundo se hubiese aventurado, si la cosa de que hablé hubiera sido simplemente de oro; pero es que no era sino de aquel fuerte acero con el cual se forjó la espada Excalibur (1). Y en torno del inestimable huevo fulguraban los relámpagos, de lo cual se asustaban las avcillas; y salían del nido grandes clamores, y un ruido así como de choque de armas, que al muchacho le volvía loco. Déjame partir.

*
* *

Entonces Bellicent se lamentó, y dijo: — ¿ No te compadesces de mi soledad? ¡ Mira á tu padre Lot! Acurrucado junto al hogar, yace como un leño punto menos que consumido. Porque desde que traidor al Rey peleó contra él en la guerra de los Barones, y el noble Arturo después de vencerle le devolvió generosamente sus estados, ha ido decayendo poco á poco, y ahora yace ahí convertido en un cadáver, aunque todavía caliente. Sí; es un cadáver, que sin em-



(1) Nombre de la espada del rey Arturo.

bargo no se puede sepultar todavía; un cadáver, y nada más. Ni vé, ni oye, ni habla, ni conoce á nadie. Y tus dos hermanos están en la corte de Arturo, aunque en verdad á ninguno de ellos tengo el gran amor que siento por tí, ni es ninguno de ellos digno de tal amor. Quédate, pues, tú, Gareth; seducen al pajarillo las rojas bayas de los setos, y á tí, inocente hijo mío, te seducen las justas y las guerras; á ti que nunca te ha dolido un dedo, y que no tienes una idea del horrible tormento que se experimenta cuando á uno le rompen ó le descoyuntan un miembro, como sucede á menudo en esos choques que aturden, y en esas espantosas caídas de los torneos: mi corazón se estremece pensando en ello. Pero quédate conmigo: sigue al ciervo por entre nuestros altos abetos y centenarios robles, y de ese modo te harás cada día más vigoroso. ¿No es la caza un ejercicio varonil y agradable? Y luégo, cuando quieras, yo encontraré para ti una bella y dulce novia, para hermostear y hacer más placentero el ascendente camino de la vida, y ayudarme á bajar la triste cuesta que conduce al sepulcro; hasta que cayendo en la insensibilidad de Lot, no te conozca á tí, ni á ella, ni á mí misma, ni cosa alguna. ¡Quédate, hijo mío! ¡mi mejor y más querido hijo! Mas tienes todavía de niño, que de hombre.

*
* *

Gareth repuso:—Puesto que aún me tienes por un niño,

oye una vez más el cuento del niño. Has de saber, madre, que había una vez un rey como el nuestro. El príncipe su heredero, siendo ya tallado y estando en edad de casarse, le pidió una novia, y el rey entonces puso, no una sino dos, delante de él. Una de ellas era hermosa, fuerte, y estaba armada de todas armas; pero era preciso ganarla por la fuerza, y eran muchos los hombres que la deseaban, mientras que ninguno deseaba la otra. Y la condición que el rey le imponía era esta: que á menos que ganase la primera por la fuerza, tenía que casarse con la otra, con la cual hombre alguno se hubiera casado gustoso, pues era una novia de cara roja y fea; una mujer despreciable, y que de tal modo tenía conciencia de su propia vileza, que siempre anhelaba ocultarse, no se atrevía á mirar á nadie frente á frente, y andaba siempre huyendo de todos. En verdad, á algunos se ligaba; pero morían de ella como de una enfermedad incurable. Y á la una la llamaban Fama, y á la otra — ¡oh madre! ¿cómo puedes tenerme así cosido á tu guardapiés? — á la otra la llamaban Vergüenza! He crecido y he llegado á ser hombre, y tengo que hacer lo que los hombres hacen. ¿Seguir al ciervo? No; sino seguir al Cristo, al Rey; hacer vida pura y ejemplar, decir la verdad, enderezar los entuertos; seguir al rey. De otro modo ¿para qué haber nacido?

*
* *

Entonces la madre contestó:—Bien sabes, amado hijo

mío, que hay muchos que no tienen ó no quieren tener á Arturo por legítimo rey, aunque en verdad yo siempre le he tenido por tal, desde que en mi juventud le tenía constantemente á mi lado, y le oía hablar como deben hablar los reyes, y le veía conducirse en todas ocasiones con tanta nobleza y majestad. Tanta fé tenía yo en él, como él en sí mismo; mi corazón me decía que, en efecto, había entre nosotros el más próximo parentesco (1). Con todo, ¿quieres dejar la sosegada vida que aquí llevas, y arriesgarlo todo, tus miembros y tu vida, por uno que aun no se sabe que sea legítimo rey? Quédate hasta que la nube que oscurece su nacimiento se levante un poco. Quédate, querido hijo mío.

* *

Y Gareth respondió prontamente: —Nó: ni una hora me detendré si me das permiso para partir. Por entre fuego caminaré, madre, si es preciso, para obtener tu venia; tu licencia para partir. ¿Qué no es legítimo rey el

(1) Según la leyenda, Igerve, madre de Bellicent, lo era también del rey Arturo. Como su virtud era tan grande como su belleza, resistió á los halagos del rey Uther, que se había enamorado de ella, y permaneció fiel á su marido el príncipe Gorlois, famoso guerrero de aquel tiempo, de quien tenía varias hijas, una de ellas Bellicent, aunque ningún hijo. Pero vencido y muerto Gorlois por el rey Uther, éste sitió á la viuda en su castillo de Tintagil, se apoderó de ella, y la obligó á casarse con él, de cuya unión nació el rey Arturo.

que barrió el polvo de la arruinada Roma, y lo arrojó fuera del umbral del reino; el que sojuzgó á los idólatras é hizo al pueblo libre? ¿Quién debe ser rey sino el que nos hace libres?

* *

De manera que cuando la reina, que durante mucho tiempo había tratado de hacerle desistir de su intento, vió que la voluntad de su hijo era tan firme, contestó astutamente: — ¡Quieres caminar por entre fuego! A quién anda entre fuego poco le debe importar el humo. Parte, pues, si es preciso; y antes de que ruegues al rey que te arme caballero, solo una prueba te pido de la obediencia y del amor que me debes por ser tu madre.

* *

Y Gareth gritó: — ¡Una prueba; una dura prueba ó ciento, con tal que me dejes partir! ¡Vamos, madre! ¡la prueba! ¡pronto! ¡pronto!

* *

Pero la madre, sin hacer caso de su impaciencia, habló lentamente de este modo, mirándole de hito en hito: — Príncipe, irás disfrazado á la mansión de Arturo, y te asalariarás para servir las viandas y las bebidas con los mar-

mitones y los pícaros de cocina, y con los que dan las fuentes por encima del mostrador. Y á nadie revelarás tu nombre. Y servirás doce meses y un día.

Dijo así la reina, porque creía que cuando su hijo viese que el único camino que podía conducirlo á la gloria pasaba por la cocina del rey, donde tendría que vivir en humilde vasallaje, propio tan solo de villanos, no querría pasar por ello; creía que su buen Gareth tenía demasiada altivez, como príncipe que era, para confundirse con galopines de cocina, de manera que quedaría con ella encerrado en su castillo, y lejos del fragor de los combates.

Gareth permaneció un rato silencioso, y luego dijo:— Aunque la persona sea esclava, el alma puede mantenerse libre; y además el ser marmitón no me impedirá ver los torneos. Tu hijo soy, y puesto que eres mi madre, tengo que obedecer. Por tanto, cedo sin escrúpulo á tu voluntad; saldré de aquí disfrazado, y he de asalarirme para servir con los marmitones y los pícaros de cocina. Y á nadie diré mi nombre; ni aún al rey mismo.

Gareth estuvo algunos días más en el castillo. Su madre, temerosa de que se marchara, no apartaba de él los ojos, y vigilaba todos sus movimientos, dificultando de ese modo la realización de su proyecto; hasta que por fin, una noche, que poco antes de rayar el alba le despertaron los bramidos del viento, se levantó, y despertando á dos de sus servidores que desde su niñez habían cuidado de él, sin que la vigilante madre los oyese, se fueron.

Los tres estaban disfrazados de trabajadores del campo. Encamináronse hacia el Mediodía. Los pájaros dejaban oír sus exquisitas melodías en las ramas de los árboles y en el aire. Los húmedos declives de los collados se habían cubierto con sus alfombras de verdura, y las verdes alfombras se habían cubierto de flores, porque era ya pasada la Pascua de Resurrección.

Cuando fijaron la planta en el hermoso llano que va ensanchándose hasta llegar al pié de la altura en que se asienta Camelot, vieron á lo lejos la niebla de la mañana cerniéndose en torno de la montaña real, que se alzaba entre la selva y el campo. A veces se veía tan solo la parte más alta de la ciudad; á veces las agujas de las torres iban saliendo poco á poco de entre la niebla; borrábase á veces

todo lo demás, y solo se veía la gran puerta de piedra que daba á la campiña: á cada instante toda la hermosa ciudad desaparecía.

Entonces los que iban con Gareth se espantaron, y uno de ellos gritó: — No vayamos más adelante, señor. Esa ciudad construida por reyes duendes, es una ciudad de encantadores. — El segundo le apoyó, diciendo: — Señor, allá en el Norte, en nuestra tierra, hemos oído decir á los sabios que este rey no es el rey, sino un niño trocado por el verdadero hijo de Uther; un niño venido de la tierra de los trasgos, y que por medio de hechicerías y con la magia de Merlin, ha logrado arrojar de aquí á los paganos. — Entonces el primero volvió á gritar. — Señor — dijo; — no hay tal ciudad en parte alguna; todo no es más que una visión.

* *

Gareth les contestó riéndose y jurando que tenía bastante magia en su propia sangre, en su principado, juventud y esperanzas para sumergir al viejo Merlin en el mar de Arabia, y les obligó mal su grado á continuar caminando hacia la puerta. Y no había puerta como aquella bajo la bóveda del cielo. Las veteadas piedras que formaban el arco estaban labradas primorosamente, for-



mando ondas semejantes á las del mar, y de pié sobre la clave, y con los piés desnudos, estaba la hermosa dama del Lago, en cuyo pecho flotaba el sagrado, simbólico pez; pegados á su cuerpo descendían los mojados vestidos, y sus grandes y hermosos brazos, extendidos en cruz, sustentaban la cornisa. Gotas de agua caían de las manos, de una de las cuales estaba suspendida una espada, y de la otra un turiferario, ambos deteriorados por las lluvias y los vientos; y á ambos lados de la ninfa estaban maravillosamente repre-

sentadas las guerras de Arturo, y cosas nuevas mezcladas con las de los tiempos más remotos, como si el Tiempo nada fuese, de tal modo que la contemplación de aquellas figuras producía el vértigo; y encima de todo, formando el remate de la suntuosa fábrica, estaban aquellas tres reinas amigas de Arturo, que debían asistirle cuando lo necesitase.

Los que estaban con Gareth permanecieron durante tanto tiempo con la vista clavada en las figuras, que al fin les pareció que los dragones y los demás mágicos emblemas empezaban á moverse, á alargarse, contraerse y enroscarse, así es que gritaron á Gareth: — Señor; la puerta está viva.

Y así mismo Gareth estuvo tanto tiempo contemplando las figuras, que también á él le pareció que se movían. En aquel momento, oyéronse los acordes de una música extraña que parecía salir de la ciudad, y Gareth y sus servidores, sorprendidos, dieron un salto hacia atrás, alejándose de la puerta. Salía á la sazón por ella un anciano de lengua barba blanca, que se acercó á ellos diciendo: — ¿ Quiénes sois, hijos míos ?



Entonces Gareth respondió de esta suerte: — Somos labradores que dejando el arado en el surco venimos á ver la magnificencia de nuestro rey y el esplendor de su corte; pero mis compañeros han visto á vuestra ciudad moverse tan fantásticamente en la neblina, que no saben qué pensar, y dudan si el rey es rey, ó ha venido de la tierra de los tragos; y se preguntan si esta ciudad ha sido construída por arte mágica, y por reyes y reinas duendes, ó si efectivamente hay una ciudad, ó si es que todo no es más que una visión; y ahora esta música les ha espantado. Suplicote les digas la verdad.

Pero el viejo profeta se mofó de Gareth, diciendo: — Hijo mío; yo he visto hermosos bajeles navegando en el cielo con la quilla hacia arriba y los palos hacia abajo, y he visto grandes y sólidas torres flotando invertidas en el

espacio. Esta es la pura verdad; pero aunque no te agrade, he de decirte la verdad tal como tú me la has dicho á mí. Porque verdaderamente, como tú dices, reyes y reinas duendes han construido esta ciudad; cada uno con un arpa en la mano vinieron de la sacra hendidura de un monte situado hacia el Este, y la construyeron á la música de sus arpas. Y como tú dices, esta ciudad está encantada, hijo mío; nada hay en ella que sea lo que parece, salvo únicamente el rey, aunque algunos sostienen que el rey es una sombra y que en cambio la ciudad es real. Con todo tén cuidado del rey, porque si pasas esta puerta te convertirás en esclavo de sus encantos, pues te ligará con votos tales, que es una vergüenza que haya un solo hombre que no esté ligado por ellos, y que sin embargo ningún hombre puede debidamente cumplir; pero si no te atreves á jurarlos no pases por debajo de ese arco, y quédate fuera con el ganado del campo. Porque si habeis oído música, es bastante probable que aun estén edificando, si se tiene en cuenta que la ciudad está construida con música, y por tanto jamás construida; y construida para siempre.

* *

—Viejo maestro— dijo enojado Gareth; —reverencia tu propia barba, tan blanca como la más pura verdad, y tan larga que con ella casi barres el suelo. ¿Porque te mofas del extraño que contigo ha sido cortés?

* *

Mas replicó el vidente: — ¿No conoces, pues, el enigmático lenguaje de los bardos? ¿Confusión é ilusión y relación; delusión y ocasión y evasión? Me burlo de tí del mismo modo que tú te burlas de mí y de cuantos te ven, puesto que no eres lo que pareces. Pero yo sé quién eres. Y ahora vás á mofarte del rey, que no puede sufrir ni la sombra de una mentira.

* *

De este modo, sin burlarse terminó el burlón su discurso, y volviéndose hacia la derecha, se alejó lentamente por la llanura (1). Gareth le siguió con la vista, diciendo á sus servidores: — Nuestra única é inofensiva mentira se nos aparece aquí como un pequeño fantasma, sentada en el umbral de nuestra empresa. Pero solo debe culparse al amor; no á mi madre ni á mí. — Bien, bien: ya nos enmendaremos.

* *

Rióse alegremente Gareth al decir estas palabras, y luego entró con sus criados en Camelot, ciudad de som-

(1) Aunque el poeta no lo dice, el anciano de quien aquí se habla es evidentemente el mago Merlín.

bríos é imponentes palacios, rica en emblemáticos relieves y en otros que representaban los grandes hechos de sus antiguos reyes, quienes al escribir su historia en la piedra creyeron tener asegurada la inmortalidad. El mago de la corte de Arturo, el famoso Merlín, que en todas las artes era consumadísimo, había por orden de Arturo ornado la ciudad levantando en ella suntuosos edificios, coronándolos de caprichosos pináculos, y de soberbias torres cuyas esbeltas agujas subían en espiral hasta el cielo. Por las calles de la hermosa ciudad discurrían continuamente caballeros armados de punta en blanco, que iban al palacio de Arturo ó salían de él, sus armas crujían y aquel sonido era grato á los oídos de Gareth. De las ventanas de sus alcobas y de sus camarines miraban á hurtadillas hermosas y puras mujeres, brillantes estrellas del amor, faros altísimos de la virtud y la valentía; y por todas partes se veía un pueblo honrado y feliz, un pueblo dichoso de verse regido por un virtuoso y benigno rey.

*
* *

Entró Gareth en la mansión de Arturo, y la voz del rey, que oyó enseguida, le sirvió de guía y le condujo á la entrada de un vasto y hermoso salón de artesonado techo; y por encima de las cabezas de los cortesanos vió á lo lejos al rey sentado en su espléndido trono. Cerró los ojos Gareth deslumbrado, y su corazón palpitó ruidosamente. El joven pensó: « Por la mentira que voy á decir-



le, el rey, que idolatra la verdad, me condenará cuando me descubra á él y le diga quien soy.» Con todo, siguió adelante y entró en el salón, aunque temeroso de encontrarse con Sir Gawain ó Sir Modred; pero afortunadamente no vió al uno ni al otro. Lo que sí vió, lo que vió en los atentos ojos de todos aquellos fuertes y animosos caballeros que rodeaban el trono, fué el honor sin mancha brillando como el lucero de la mañana, y la fé en su

gran rey, y el amor puro, y la luz de la victoria, y el esplendente fulgor de la gloria ganada y por ganar.

En aquel instante entró en el salón una viuda, gritando al rey: — ¡Una merced, señor! Tu padre Uther despojó á mi difunto esposo de una tierra suya, porque si bien es cierto que en un principio ofreciéndonos oro en cambio de ella, como nosotros, que la teníamos grandísimo cariño, no quisimos vendérsela, nos la arrebató por la fuerza, y nos dejó sin tierra y sin dinero.

— ¿Qué es lo que quieres? — dijo Arturo. — ¿El dinero ó la tierra? — Y la mujer contestó llorando: — ¡Oh señor y rey mío! No puedo olvidar el cariño que mi pobre marido tenía á su heredad.

Y replicó Arturo: — Entra, pues, de nuevo en posesión de la hermosa heredad que tanto amas, porque á ella vá unido el recuerdo de tu finado esposo. Y deseo además que te sea pagado el triple de la renta que se te debe por el tiempo que mi padre Uther disfrutó indebidamente de lo que no era suyo. En esto no hay merced sino justicia,

y así se hará si lo que dices resulta cierto. ¡Mal haya el que de las injusticias de sus antepasados se forja un derecho!

Y cuando ella se retiraba satisfecha, entró en el salón otra viuda, clamando: — ¡Una merced, señor! Tu enemiga soy, oh rey, pues tú mataste á mi querido esposo y señor, que era uno de los principales caballeros del rey Uther. Tú le mataste en la guerra de los Barones, cuando Lot y otros se levantaron y pelearon contra ti, diciendo que eras de vil nacimiento. Con ellos estaba yo, y bien á mi pesar me veo obligada á suplicarte. — ¡Pero mira! el hermano de mi esposo ha tenido á mi hijo encerrado en su castillo, y lo ha hecho morir de hambre, apoderándose después de la herencia que tú, que mataste al padre, dejaste al hijo. Así es que, aunque el odio que te tengo apenas me deja



hablar, te ruego me des un caballero que combata por mí, mate al ladrón infame, y vengue á mi hijo.

En aquel momento, adelantóse á largos pasos un buen caballero, gritando: — ¡Una merced, señor rey! Yo soy pariente de esta dama. Permíteme, pues, que su en-tuerto enderece y mate al ladrón.

Avanzó entonces Kay el senescal, y gritó: — ¡Una merced, señor! Que no concedas ninguna á esa maldiciente que se ha mofado de tí en tu propio estrado; ninguna, como no sea la saludable merced de grillos y mordaza.

Pero Arturo respondió sosegadamente: — Si nos sentamos en el trono de los reyes nuestros mayores, es para amparar á los agraviados de todo nuestro reino. Esta mujer amaba á su esposo. ¡La paz sea contigo, oh mujer, con tus amores y tus odios! Los reyes de los tiempos antiguos te hubiesen condenado á las llamas; Aurelio Einrys te hubiera muerto á azotes, y Uther te hubiese cortado la lengua; ¡pero vete de aquí! — no sea que aquel

mal genio de los antiguos reyes renazca en mí. Y tú que eres su pariente, vete también; vence á su enemigo, pero no le mates, y tráele aquí para que sea juzgado: entonces, si es culpable, por aquel Rey inmortal que vivió y murió por los hombres, te juro que el malvado ha de morir.

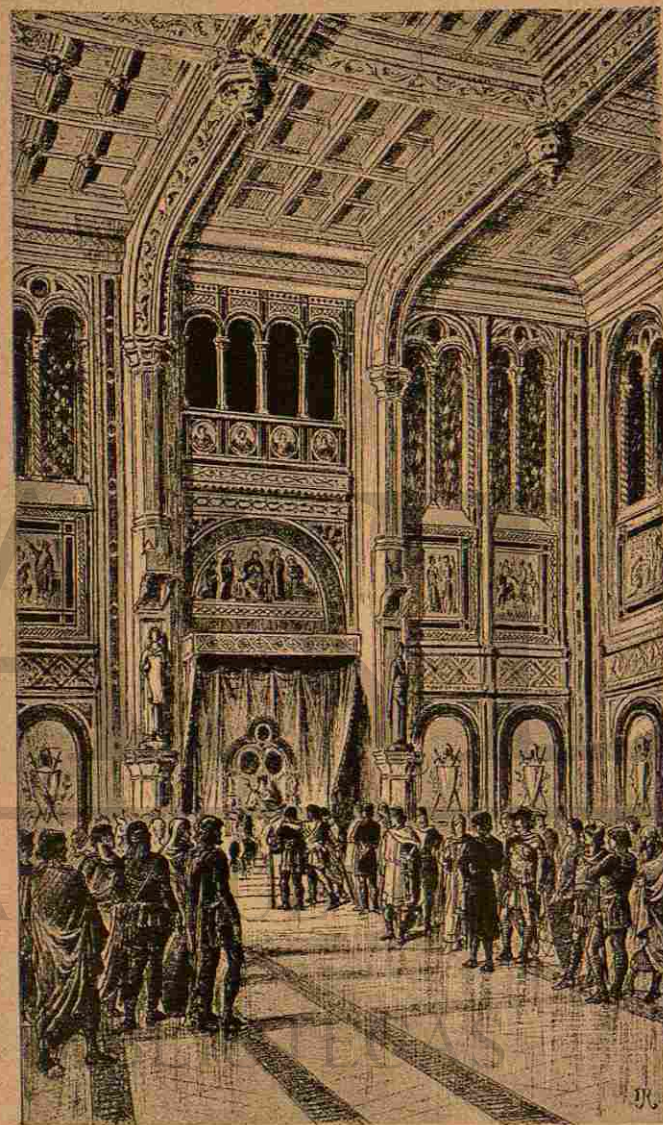
Entró en aquel momento en el estrado el mensajero del aborrecido Mark, rey de Corn. Deslumbró á todos lo que llevaba en la mano, que era un paño del oro más pálido, y brillaba á gran distancia como brilla un campo de alhaceñas cuando de súbito se muestra el sol entre dos aguaceros. El enviado colocó el precioso paño en el suelo delante del trono, y se arrodilló, diciendo que su señor, el rey feudatario, estaba en camino para Camelot, porque habiendo oído que Arturo espontáneamente había armado caballero á su gallardo primo Tristan (1), esperaba que su señor feudad le concedería también tan gran honor, tanto más cuanto que él, siendo rey, era de más elevada gerarquía que su primo; así pues, le rogaba que aceptase aquel paño de oro, en muestra de fidelidad y homenaje.

(1) El mismo á quien algún tiempo después mató su primo Mark alevosamente, según se refiere en el precioso idilio de Tennyson titulado *El último torneo*.

Entonces Arturo mandó rasgar el paño, hacerlo trizas y arrojarlo al hogar, donde se consumía un gran tronco de roble. — ¡Bello caballero, á fé mía! — dijo el rey. — ¡Qué! ¿el escudo de Mark ha de figurar entre estos? — Porque es á saber que en las paredes del vasto salón había tres grandes hileras de escudos de piedra, los unos brillantemente blasonados, los otros solamente esculpidos, y algunos en blanco. Y debajo de cada escudo estaba el nombre del caballero á quien pertenecía, y es que la costumbre en el estrado de Arturo era que cuando un buen caballero había llevado á cabo una acción heróica, sus armas se esculpían solamente; y si las hazañas eran dos, las armas se blasonaban; pero si de ninguna gran acción podía alabarse, el escudo permanecía blanco y liso, sin signo alguno, salvo el nombre debajo. Por eso vió Gareth el escudo de Gawain rica y brillantemente blasonado, y el de Modred como la muerte blanco.

*
* *

Arturo, pues, mandó rasgar el paño y arrojarlo al fuego. — Mas probable es — dijo, — que le despojemos de su corona, que no que le armemos caballero porque las gentes le llaman rey. Bien sabes que á los reyes que á nuestra exaltación al trono devastaban el país con sus continuas y sangrientas discordias, les obligamos á que cesaran de hacerse la guerra, pero les dejamos sus estados y su título de reyes; y como entre ellos había algunos



que eran generosos, benignos, sinceros, valientes y de buenas costumbres, á estos los alistamos en nuestra orden, y aquí en nuestro estrado se sientan. Pero Mark ha deslustrado el gran nombre de rey, del mismo modo que mancharía la humilde condición de rústico; y puesto que nos ha enviado un paño de oro, vuélvete y sal á su encuentro, y manténle lejos de nuestra vista; no sea que le envolvamos en un paño de plomo, haciéndole callar para siempre. Harto bien conocemos su cobardía, sus maliciosas tretas y sus infames designios, su afición á los enredos y las emboscadas; ¡pero no tienes tú la culpa de los crímenes de tu señor! que Kay el senescal atienda á tus necesidades y te envíe satisfecho. ¡Malhaya el que como Mark hiere alevosamente en la oscuridad, y no como los leales frente á frente!

*
*
*

Y otros muchos suplicantes vinieron, quejándose de daños causados por bestias ú hombres, y siempre, con la vénia de Arturo, un caballero partía á caballo á enderezar ó vengar el entuerto.

*
*
*

Por fin, Gareth, apoyando ambas manos pesadamente en los hombros de sus servidores, se acercó entre ellos al rey, y dijo: — ¡Una merced, señor! — Apenas le deja-

ba hablar la vergüenza. — ¿No ves cuán consumido estoy por el hambre, y como para no caer de debilidad tengo que apoyarme en estos fuertes mocetones? Permíteme servir en tus cocinas, entre tus marmitones, durante un año y un día, y no preguntes mi nombre. Después pelearé.

— ¡Hermoso mancebo — exclamó el rey, — y digno de merced más distinguida! Pero puesto que no pides otra cosa mejor, es preciso que Kay, el jefe de las cocinas, te lleve con él y sea tu amo.

Dichas estas palabras, el rey se levantó y fuese; entonces Kay, un hombre de rostro pálido cetrino, un hombre amarillo y místico, como la planta que siente sus raíces corroídas por el blanco líquen, se adelantó y dijo: — ¡Hacéos cargo de esto, señores! Este camarada se ha escapado de alguna abadía, donde sin duda no le daban toda la carne y toda la sopa que podía comer. Demasiada fortuna era para él, y debía haberse contentado con ella. Pero en fin, si trabaja, le engargantaré como á un pavo, y su pellejo brillará tan estirado y liso como el de un puerco.

* * *

Entonces Lanzarote, que estaba allí cerca, le dijo: — Señor senescal; en sabuesos, en galgos y en toda clase de perros de caza eres muy entendido; tratándose de caballos tu opinión no es de despreciar; lo que tú no sabes es conocer á los hombres. ¡La frente espaciosa y blanca, bien delineadas las rubias cejas, el cabello sedoso y abundante, la nariz grande, recta y fina, y las manos largas, blancas y delicadas! ¡Algún misterio de mozalbillo! Pero, de todos modos, que venga de redil ó de regio estrado, el muchacho es de noble aspecto y de buen natural. Trátale, pues, con toda afabilidad; no sea que andando el tiempo venga á desmentir el juicio que de él has formado.

— ¿Qué hablas tú de misterios? — dijo Kay. — ¿Pienzas acaso que este mozo ha de echar veneno en la comida del rey? No hay cuidado de ello, pues sus palabras demuestran que es un bobalicón. ¿Un misterio? ¡Tararira! Si el mozo fuera noble, hubiese pedido caballo y armadura. ¡Blanco y hermoso, en verdad! ¡Señor Hermosacara! ¡Señor Hermosas-manos! ¿Es así como habré de llamarle? Mas ten tú cuidado de que tu propia hermosura, Lanzarote, algún hermoso día no te pierda, y déjame mi hombre.

* * *

Así Gareth, por amor á la gloria, sufrió el holliniento

yugo del vasallaje de cocina; junto á la puerta de la cocina comía su ración con una cáfila de mozalbetes, y dormía por la noche con mugrientos marmitones. Y Lanzarote siempre le hablaba con agrado; pero Kay el senescal, que no le quería, traíale á empellones y le molestaba incesantemente, haciéndole trabajar más que á su compañero del fogón, y poniéndole á dar vueltas al asador, á sacar agua, ó á partir leña, cuando no le encomendaba aún más groseros trabajos; y Gareth, por obediencia al rey, se prestaba á todo, y hacía toda clase de trabajo con una noble tranquilidad que hermozeaba la más vil ocupación. Y cuando conversando en sus ratos de ocio los esclavos, álguien alababa el cariño que el rey y Lanzarote se tenían, y refería como en la guerra el rey había salvado dos veces la vida de Lanzarote, y Lanzarote una vez la del rey, porque si bien Lanzarote era el primero en los torneos, llevábale gran ventaja Arturo en los campos de batalla, Gareth estaba contento. Y si algún otro contaba como una vez al reir del alba, pasando el errante guardabosque por lo más alto de Caer-Eryri, de donde tan admirablemente se dominan los azules pantanos y el nebuloso mar, encontró un dormido infante, que no era otro que el rey Arturo, de quién el profeta (1) dijo: — Él pasa á la isla Avilión; él pasa, y es curado, y no puede morir; » — Gareth estaba contento. Pero si la conversación era obscena, entonces Gareth silbaba como una

(1) Merlín.

alondra, ó se ponía á cantar alguna copla, y aunque al principio se burlaban de él, acababa siempre por inspirarles respeto. A veces Gareth contaba alguna prodigiosa historia de caballeros que con las tajantes espadas se abrían paso á través de veinte pliegues de ensortijado dragón, y tenía á todos sus buenos camaradas tendidos ó sentados en torno suyo, con la boca abierta y las manos ociosas, embelesados, hasta que Sir Kay el senescal se arrojaba sobre ellos bramando, y del mismo modo que un súbito viento impele y aparta las hojas secas, los separaba en un instante. Y cuando con los esclavos se entretenía en juegos de fuerza ó de destreza, invariablemente descollaba entre todos, y lanzaba siempre la piedra ó la barra dos varas más lèjos que los más fuertes; y si había alguna justa, como Sir Kay haciéndole un signo con la cabeza le diera á entender que podía marcharse, corría á presentarla; y cuando veía á los caballeros chocar como la ola que viene y la que se retira, y hacerse astillas las lanzas, y tambalearse los mejores corceles, entonces el muchacho estaba casi fuera de sí de alegría y entusiasmo.

*
* *

De ese modo trabajó durante un mes entre los esclavos; pero los días que siguieron, la buena reina, cada vez más triste en el castillo desertado por sus hijos, empezó á arrepentirse de haberle hecho contraer tan penosa obliga-

ción, y por fin, entre la creciente y la menguante luna, envió armas para su hijo, y le relevó de su promesa.

* * *

Quien llevó á Gareth tan grata nueva fué un escudero de Lot, con quién, en un tiempo, cuando ambos eran niños, acostumbraba á jugar al torneo, trazando un imperfecto óvalo en la arena y arrojándose uno sobre otro de cada extremo; y bien se puede asegurar que jamás muchacha alguna se puso más colorada de vergüenza que Gareth de alegría al escuchar el mensaje de su buena madre. Riéndose y dando brincos de placer, dijo: — Saliendo del humo, voy de un salto de los piés de Satán á las rodillas de Pedro. Mas nada digas á nadie sobre el particular: estas noticias son para mí, y para ningún otro. Pero no; son también para el rey. — Vuélvete á tu alojamiento de la ciudad. Después de lo cual, Gareth buscó ocasión de hablar al rey á solas, y cuando la tuvo, se lo refirió todo.

* * *

— Yo he hecho tambalearse á tu fuerte Gawain en un torneo, por pasatiempo; él mismo lo dijo. Bien véis, por tanto, que sé y puedo justar. Hazme tu caballero en secreto, deja que mi nombre permanezca oculto, y concédeme la primera empresa. Salgo como la llama de las cenizas.

* * *

Aquí los serenos ojos del rey le refrenaron, y le hicieron sonrojarse, é inclinarse profundamente para besarle la mano. — Hijo mío — le contestó Arturo; — tu buena madre me ha hecho saber que estás aquí, y me ha participado tu deseo de que yo ceda al tuyo. ¡Hacerte mi caballero! ¿Sabes que mis caballeros están sujetos á votos de extremado valor, extremada cortesía, extremada fidelidad en amor, cuando aman, y extremada obediencia al rey?

* * *

Entonces Gareth, que se había arrodillado ante Arturo, se puso en pié de un salto, y exclamó: — ¡Mi rey! ¡Valor puedo prometerte! En cuanto á extremada obediencia, infórmate de aquél á cuyo servicio me pusiste; infórmate del nada blando senescal, jefe de tus cocinas. Y en cuanto al amor, sabe Dios que no amo todavía, pero amaré, si Dios quiere.

* * *

Y replicó el rey: — ¿Hacerte mi caballero en secreto? Así se hará, si te empeñas en ello; pero nuestro más noble hermano, y nuestro hombre más leal, y uno conmigo en todo, es preciso que lo sepa.

*
*
*

— Que Lanzarote lo sepa, rey mío; que Lanzarote lo sepa. Que lo sepa el más noble y más leal de tus caballeros.

Y dijo el rey: — ¿Pero porqué quieres que las gentes no sepan qué pensar de ti? No, no; más vale que por consideración al rey, y á la empresa misma que quieres llevar á cabo; más vale que como caballero mío lo emprendas, que dar pábulo á las hablillas de la multitud.

Pero Gareth contestó alegremente: — Cociéndolo he ganado mi bollo ¿no es verdad? Nombre alguno no quiero hasta que mi propio esfuerzo me haga renombrado. Mis hechos hablarán. El secreto es tan sólo por un día. — Sonrió el rey, enamorado de la lozana juventud y del ardor de Gareth, y poniéndole cariñosamente la mano en el hombro, otorgóle, aunque medio de mala gana, lo que pedía. Y luégo, llamando á solas á Lanzarote, le dijo: — Le he acordado la primera empresa; pero como aun no ha hecho sus pruebas, quiero que cuando en el estrado reclame el cumplimiento de mi promesa, montes á caballo y le sigas á donde quiera que

vaya. Cubre los leones de tu escudo, y en cuanto te sea posible, cuida de que no sea hecho prisionero ó muerto.

*
*
*

Acació, pues, que aquel mismo día se presentó en el estrado una damisela de alto linaje; una hermosa damisela cuya frente podía competir en blancura con la de la flor de maya, y cuyas mejillas recordaban el blanco y rosa de la flor del manzano. Sus ojos eran vivos y penetrantes, y su delgada y fina nariz tenía la punta ligeramente levantada como el pétalo de una flor. Penetró en el estrado seguida de un paje, y gritó:

— ¡Oh rey! tú que has vencido á los enemigos de fuera, tén cuidado de los enemigos de dentro. Sendas, fuentes y vados están ocupados por bandidos; todo el que posee una torre es señor de vidas y haciendas en media legua á la redonda. ¿Porqué estás sentado ahí? Yo no descansaría, señor rey, si yo fuera rey, hasta que el más apartado rincón del reino estuviera tan libre de violencia y efusión de sangre, como el mantel de tu altar está libre y limpio de mácula de aquella bendita sangre que por nosotros fué vertida.

*
*
*

— Animate, hija mía; dijo Arturo. — Ni yo ni los míos descansamos; y si mi caballería guarda los votos que juró, en el más desierto erial de nuestro reino habrá tanta seguridad como en el centro de este salón. ¿Cuál es tu nombre? ¿Y qué es lo que deseas?

— ¿Mi nombre? — dijo ella. — Mi nombre es Lynette, y necesito un caballero que combata por mi hermana Leonor, dama de encumbrada progenie, poseedora de vastos estados, y hermosa; sí, más hermosa que yo. Vive en el Castillo Peligroso; un despeñado río da tres vueltas en torno de su morada, y los únicos tres pasos que hay en él están guardados por tres fuerte caballeros; estos tres caballeros son hermanos, y un cuarto hermano, que es el más fuerte de los cuatro, la tiene presa en su propio castillo: y de ese modo la estrecha para vencer su voluntad y hacerla casarse con él; y no difiere el cumplimiento de su designio más que hasta que tú envíes para pelear con él al primero de tus caballeros, Sir Lanzarote, á quien espera vencer, para luego casarse con gloria; pero ella si alguna vez se casa quiere casarse no á la fuerza si no por amor, ó retirarse á un convento y vivir allí santamente. Para librarla, pues, del que tan tenazmente la asedia, he venido por Sir Lanzarote.

*
* * *

Entonces Arturo, acordándose de Sir Gareth y temeroso de que la empresa fuese demasiado difícil para un caballero novel, dijo: — Bien sabes, doncella, que esta orden vive para acabar con todos los malvados del reino. Pero dime; esos cuatro hermanos ¿quiénes son? ¿Qué clase de hombres son?

*
* *

— Son cuatro grandes bobos, señor rey, y pertenecen á la antigua caballería andante; son de esos que cabalgan por todas partes, y no hacen más que su voluntad; cortesés ó brutales á su antojo, como que no tienen ni ley ni rey. Tres de ellos, llenos de soberbia y presunción, se llaman á sí mismos el Día, Lucero Matutino, Sol del Mediodía y Lucero Vespertino, y son tan fuertes como bobos; y ni un apice más cuerdo es el cuarto, que siempre cabalga cubierto de una armadura enteramente negra, y es un enorme hombre bestia de ilimitada ferocidad. Llámase á sí mismo la Noche, y más á menudo la Muerte, y lleva un yelmo con un cráneo por cimera, y en su escudo pintado un esqueleto, para dar á entender que el que mate á sus tres hermanos, ó logre escaparse de ellos, será muerto por él y entrará en la noche sin fin. Y todos estos cuatro son, como he dicho, muy grandes bobos, pero hombres fortísimos, y por eso he venido por Sir Lanzarote.

* *

En aquel instante, apareció descollando entre la amontonada multitud la hermosa cabeza de Sir Gareth. Sus ojos despedían rayos. — ¡Una merced, señor rey! — Gritó el impetuoso mancebo: — concédeme esta empresa. — Y luego, como apercibiera junto á él á Sir Kay, que estaba mugiendo como un toro herido, añadió: — Sí, señor rey; tú sabes que soy tu marmitón, y que gracias á tus viandas y bebidas soy robusto y vigoroso y capaz de pelear con un ciento de bandidos tales como los que ha pintado esa noble dama. Acuérdate de tu promesa, señor. — Arturo entonces le lanzó una centelleante mirada; pero casi instantáneamente reprimió su ceño, pensando: — Rudo y fogoso es, pero perdonable, y digno de ser caballero. — Vé, pues, — le dijo: — y todos los circunstancias quedaron asombrados.

* *

Pero en la frente de la doncella, la vergüenza, el orgullo y la cólera tiñeron de grana el purísimo blanco, envidia de la flor de maya.

— ¡Qué vergüenza para tí, oh Rey! — dijo alzando las manos. — He pedido tu mejor caballero, y no me has dado más que un marmitón. — Luego, antes de que nadie pudiese detenerla, volvió la espalda al rey, y por el corredor que daba acceso al trono salió del salón, montó á

caballo, bajó la pendiente calle, y pasando por la mágica puerta blanca, se detuvo fuera de la ciudad, junto al campo de los torneos, murmurando: — ¡Un marmitón!

* *

Es á saber que eran dos las puertas del estrado; una de ellas daba á una vasta galería abierta, ricamente embaldosada, en la que el rey solía pasearse á la salida del sol, contemplando el llano y las montañas, y de la cual un magnífico camino escalonado descendía hasta perderse entre árboles floridos y agujas de torres; y por aquella puerta principal salió el rey. La otra puerta, por la cual salió la irritada doncella, estaba situada en el lado opuesto al del fogón, y era tan alta, que cualquier caballero, por alto que fuese el crestón de su yelmo, podía pasar sin agacharse y sin rozar con el dintel. Hacia aquella puerta se dirigió á grandes pasos Sir Gareth, y en cuanto se halló fuera vió el regalo de Arturo á su novel caballero, un caballo que valía media ciudad; y junto á él estaban los dos servidores que del Norte le habían seguido, uno de los cuales tenía un escudo nuevo y un casco, mientras que el otro tenía el caballo y la lanza. Desató entonces Gareth su capa, que era del tejido mas grosero y le cubría desde la clavícula hasta los talones, y del mismo modo que de un fuego que se cree sofocado sale de pronto una viva llamarada, del mismo modo salió de debajo

de ella brillando en su armadura, como aquellos insectos de oscuro ropaje, que al extender las fuseas alas que les sirven de estuche, muestran debajo de ellas, antes de alejarse volando, un brillantísimo arnés que parece cubierto de piedras preciosas. Así Gareth, antes de partir, relampagueó en su armadura. Luégo, mientras se ponía el yelmo, y tomaba el escudo, y montaba á caballo, y empuñaba la lanza, de madera fortalecida



por las tempestades en un sitio expuesto al embate del viento, y provista de una afilada punta de bien templado acero, en torno de él fué agolpándose la gente, y de la cocina llegaron en tropel los esclavos, quienes al ver al que había trabajado más que todos ellos, y á quien no podían menos de amar, á caballo y armado tan espléndidamente, echaron sus gorros al aire, gritando:—Dios bendiga al rey y á toda su compañía.— Así, pues, por entre la apiñada multitud que no cesaba de vitorearle con el mayor entusiasmo, cabalgó Gareth descendiendo la empinada calle, y salió de la ciudad por la mágica puerta blanca.

* * *

Alegremente partió Sir Gareth en pos de los peligros y de la gloria; pero del mismo modo que cuando dos perros riñen, si uno de ellos es separado de su competidor antes de que el combate haya refrescado su furia, sigue, si le llama á su dueño, pero lo recuerda todo, y recordándolo se detiene, y vuelve la cabeza y gruñe; así Sir Kay, parado junto á la puerta, gruñía furiosamente y renegaba de Gareth, á quien estaba acostumbrado á molestar y vejar á todas horas.

* * *

— ¡Empeñado en una empresa con armas y caballo!

¡ El rey ha querido divertirse , mi marmitón ! — ¡ A vuestro trabajo , esclavos ! No sea que dejando languidecer el fuego , aticéis el que arde dentro de mí . — Yo creo que aun hemos de ver al alba asomar por el Oeste , y al sol ponerse por Oriente . — ¡ Lejos de ahí , bergante ! ¡ A la cocina ! — Probablemente algún golpe que recibió en la cabeza siendo niño , y al que entonces no se prestó atención , ha acabado por trastornarle el seso . — Sí ; sin duda está loco . ¡ Cómo alzaba la voz el bellaco , pregonando , sin avergonzarse , que era un marmitón ! ¡ Tararira ! Bastante humilde y sumiso fué conmigo hasta que viendo que Lanzarote se fijaba en él , empezó á envanecerse . ¡ Bien , bien ! seguiré á mi presuntuoso criado , y veré si todavía me reconoce por su señor . Del humo ha salido , y por la gracia de Dios , que si algo vale mi lanza he de hundirle en el lodo . Después , si el rey despierta de su locura , al humo ha de volver otra vez .

* *

Pero Lanzarote le dijo : — Kay , ¿ porqué quieres ir contra el rey ? Nunca hizo tal aquél á quien injurias , sino que humildemente sirvió al rey en tu persona . Detente y medita , pues ese mozo es alto y fornido , y sabe manejar la espada y la lanza . — ¡ Tararira ! — dijo Kay ; — déjame en paz . Es llevar tu finura demasiado lejos , emplearla en echar á perder buenos criados con bobas cortesías . —

Dichas estas palabras montó á caballo , y por entre la silenciosa multitud , dirigióse fuera de la ciudad .

* *

Entretanto , la doncella , que se había detenido junto al campo de los torneos , permanecía aún allí , refunfunando . — ¿ Porqué el rey se ha burlado de mí ? Si no podía disponer de Lanzarote , podía á lo menos haberme dado alguno de los que aquí pelean por el amor de las damas y por la gloria , en vez de darme — ¡ oh cielos ! ¡ qué vergüenza para él ! — en vez de darme un marmitón .

* *

Sir Gareth , que llegaba en aquel instante , se acercó á ella brillando en su armadura . Y en verdad , bien se puede asegurar que pocos mancebos más hermosos que él había en todo el reino . — ¡ Gentil doncella ! — le dijo . — Esta empresa me pertenece . Guía , que yo te sigo . — Ella entonces , como quien en el monte huele un agásico de inmunda carne , y cree oler carroña de sierpe ó comadreja , llevó con petulante ademán á su delgada nariz el pulgar y el índice , chillando : — ¡ Véte de ahí ! Aparta , que hueles á pringue de cocina . — Y mira quien viene detrás . — Por que en efecto , allí estaba Kay , que acababa de llegar á escape . — ¿ No me conoces ? — ahulló el senescal .

— ¿No conoces á tu amo? — Soy Kay. — Te necesitamos junto al fogón.

* * *

Y Gareth replicó: — ¡No eres mi amo ya! Demasiado bien te conozco, sí; eres el menos amable, el más descomedido caballero de la casa del rey. — ¡Toma, pues! — dijo Kay, chocaron, y el senescal cayó en tierra con un hombro descoyuntado; y Gareth gritó de nuevo: — Guía y te sigo. — Y entonces la doncella huyó á galope.

* * *

Pero después de correr buen trecho á rienda suelta, y cuando ya el corazón de su buen caballo parecía á punto de estallar con la violencia de los latidos, la doncella se vió obligada á detenerse, y alcanzada por Sir Gareth, le dijo:

* * *

— ¿Qué haces en mi compañía, marmitón? Te parece que te tengo en mayor estima, ó que estoy más dispuesta á aceptarte por mi campeón, porque cobardemente, por medio de algún ardid, ó simplemente por mala ventura suya, has derribado y muerto á tu señor? ¡Tú! friega-platos! ¿No estarías mejor dando vueltas al asador? A mí me hueles á cocina como antes.

* * *

— Di lo que quieras, doncella, — contestó Sir Gareth dulcemente; — pero, por duras que sean tus palabras, no he de dejarte hasta llevar á cabo esta honorable empresa, ó morir en ella.

* * *

— ¿La llevarás á cabo? ¡Santo Dios! ¡Cómo el bribon, á fuerza de escuchar, ha aprendido el lenguaje de los más nobles caballeros! Pero, villano, pronto tendrás que habértelas con uno en quien tus bellos discursos no harán mella. Y yo te aseguro que por lleno que estés de sopa, y á pesar de toda la cerveza de cocina que hayas sorbido, no te atreverás á mirarle frente á frente.

* * *

— Probaré fortuna; — dijo Gareth con una sonrisa que la puso furiosa. De nuevo huyó como un relámpago por las larguísimas calles de árboles de un ilimitado bosque, y siguiéndola Gareth, fué otra vez insultado.

* * *

— Don Marmitón; he perdido el único camino que existe á través de la selva, y en el cual los hombres de

Arturo están estacionados para seguridad de los caminantes. Ahora bien; la selva está casi tan llena de ladrones como de hojas, y aunque es verdad que si nos matan á los dos me desembarazo de tí; con todo, Don Galopin, ¿sabes manejar ese asador? Pelea si es que puedes, pues he perdido el único camino.

Así pues, hasta la caída de la tarde cabalgaron juntos el injuriado mancebo y la que tan duramente le injuriaba. Ni ocurrió incidente alguno digno de mencionarse, hasta que al llegar á lo más alto de una gran cuesta vieron á sus piés, en forma de taza y poblada de millares de pinos, una tenebrosa concavidad que descendía suavemente hacia el Oeste, y en cuyo fondo brillaba, á la amortiguada luz del sol poniente, una gran laguna, redonda como el ojo de una lechuza gigantesca. De la temerosa hondonada salían gritos de angustia, que iban aproximándose con rapidéz. Por fin, vióse salir del espeso bosque un hombre, corriendo desaladamente y gritando: — Han amarrado á mi señor para arrojarle á la laguna. — Entonces Gareth, volviéndose á la doncella, le dijo: — Obligado estoy á hacer justicia al agraviado, pero aun más estrechamente obligado á no apartarme de tí. — Y como la doncella le contestára desdeñosamente: — Guía, que yo te sigo, — Gareth gritó: — Yo guio, sígueme. — Y diciendo estas palabras, se entró en el espeso pinar,



dirigiéndose á la laguna, á cuya orilla, y metidos

hasta medio muslo entre

juncos y cañas, vió seis hombrachones, arrastrando á un séptimo, con una piedra colgada al cuello, para ahogarle con ella. Con tres buenos y bien dirigidos golpes aquietó para siempre á tres de aquellos bandidos, y los otros tres se escaparon por el pinar; entonces Gareth desató la piedra que pendía del cuello del que tan felizmente acababa de libertar, y la arrojó á la laguna: oleosamente burbujeo el cenagal. Por fin, Gareth desató sus ligaduras, y de ese modo pudo ponerse en pié y andar el libertado, que era un valiente barón, amigo de Arturo.

* * *

— Buena fortuna es que hayáis venido, porque sino

estos belitres se hubieran vengado de mí. Y en verdad que no les faltan excelentes motivos para aborrecerme, pues siempre que me apodero de algún ladrón, acostumbro ahogarlo, como animal dañino, con una piedra al cuello. Y son ya muchos los que debajo de estas cenagosas aguas están pudriéndose; pero por la noche dejan la piedra, y saliendo á la superficie, danzan hasta que la luz del alba ahuyenta las sombras. Ahora bien; has salvado una vida que seguramente tiene algún precio, por ser la del que limpia de bandidos esta selva. Deseo, pues, recompensarte dignamente. ¿Qué galardón deseas?

— ¡Ninguno! — replicó vivamente Gareth. — Si te he salvado ha sido únicamente por el placer de llevar á cabo una buena acción, y por seguir fielmente los preceptos del rey. Pero la noche se avecina. ¿Quieres dar albergue á esta doncella?

Y como el barón contestara: — Bien veo por tu respuesta que eres de la Tabla de Arturo (1). — Rióse Lynette, y dijo. — Sí, de cierta manera y hasta cierto punto, puesto que es uno de los pícaros de cocina de Arturo. —

(1) O, lo que es lo mismo, de la Mesa de Arturo.

Mas no presumas, galopín, que estoy más dispuesta á aceptarte por mi campeón, porque has ensartado hábilmente en tu asador una chusma de medrosos salvajes. Un trillador con su mayal los hubiese desparramado. No, no; no por eso dejas de oler á cocina como antes. Pero si este caballero quiere darnos albergue, acepto gustosa.

* * *

Así habló la doncella. Una legua más allá del bosque, y en medio de hermosas y feraces tierras, alzabase el castillo del barón, coronado de gallardas torres; allí, en un salón espléndido, encontraron los restos de un gran festín que aquel mismo día se había celebrado: ricas viandas, y costosas golosinas, y vinos esquisitos. Para adornar la mesa pusieron en frente de la joven un hermoso pavo real en toda su majestad, y el barón hizo que Gareth se sentara junto á ella; pero ella al punto se levantó, y dijo: — Me parece, señor barón, que hay gran descortesía en colocar aquí, á mi lado, á este villano. — Oídme. — Estaba yo esta mañana en el estrado de Arturo, y rogaba al rey me diese su caballero Lanzarote para combatir á la hermandad del Día y de la Noche, pues solo Lanzarote era capaz de vencerla, cuando he aquí que de pronto se adelanta este imprudente marmitón, gritando: — «La empresa es mía. Soy tu marmitón; y fuerte soy como el que más, gracias á tus viandas y bebidas.» — Y entonces Arturo, sin duda en un momento de locura,

replica: — ¡Vé, pues! — y así encomienda la empresa á este villano, más á propósito para matar puercos que para recorrer el mundo enderezando entuertos hechos á débiles mujeres, ó para sentarse al lado de una noble dama.

Medio avergonzado y en parte perplejo el caballero al escuchar estas palabras, miraba ya al uno ya á la otra con extrañeza; pero luégo, dejó á la dama junto al pavón en toda su majestad, y sentando á Gareth á otra mesa, se sentó junto á él, comieron, y entonces le habló de esta suerte:

— Amigo, yo no pregunto si eres mozo de cocina ó no, ó si todo lo que he oído no es más que una humorada de la doncella; ó si ella está loca, ó está loco el rey, ó lo están ambos ó ninguno; bástame saber que eres fuerte y gallardo, que das buenos golpes, y que me has salvado la vida; por tanto como tendrás que pelear con muchos y muy fuertes enemigos, considera si no debes volverte con la doncella, á pedir otra vez al rey al más renombrado de sus caballeros, el invicto Lanzarote del Lago. Perdóname, amigo; solo hablo por tu propio bien, pues no puedo olvidar que te debo la vida.

Y Gareth contestó: — Estás enteramente perdonado; pero mi resolución es inquebrantable, y seguiré adelante á pesar del Día y de la Noche y de la Muerte y del Infierno.

Así, cuando á la mañana siguiente, el caballero cuya vida había salvado los hubo acompañado hasta el límite de su posesión, y despedídose deseándoles buena ventura, volvióse Gareth hacia la doncella, y le dijo: — Guía, y te sigo. — Replicó ella con arrogancia:

— Ya no quiero huir: una hora te concedo para que en ella determines lo que has de hacer. El león y la comadreja, cercados por las aguas, se han visto más de una vez juntos en tiempo de inundación. Y por otra parte, pareceme, á pesar de tu locura, que me inspiras alguna compasión. ¿Quieres volverte? Aun es tiempo, y te aconsejo que lo hagas, pues ya muy cerca de aquí hay uno que, si sigues adelante, te derribará y te matará; entonces yo volveré á la corte, y en su propio estrado avergonzaré al rey, por habermé dado, en lugar de Lanzarote, un campeón sacado de las cenizas de su hogar.

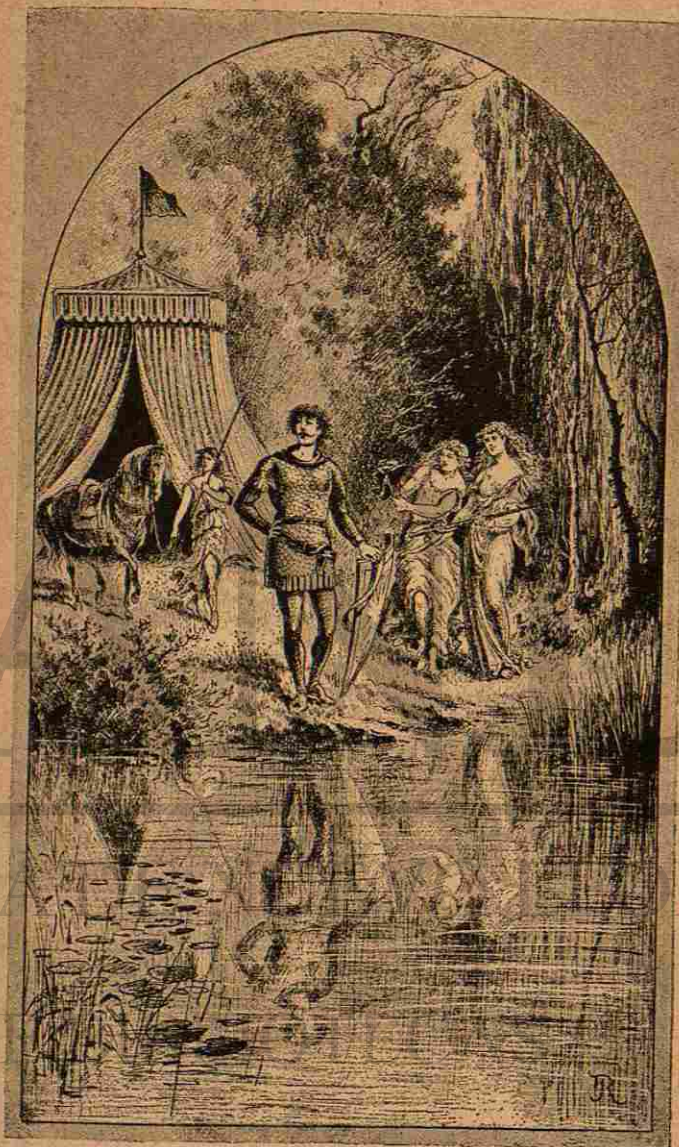
*
* *
*

Cortés y reposadamente contestó Sir Gareth.— Di todo lo que quieras, — dijo, — á mi sólo me toca obrar. Sufre, pues, mi compañía por una hora, y verás mi fortuna alzarse tan radiante como la de aquella que de entre el fuego y la ceniza salió para casarse con el hijo del rey.

*
* *
*

Pronto llegaron al borde del angosto y profundo cauce del serpentino río que descendiendo de la montaña da tres vueltas en torno del Castillo Peligroso, morada de la bella Leonor. Las orillas eran escarpadas y estaban enteramente cubiertas de maleza, y sobre el río, que era caudaloso y estrecho, había un puente de un solo arco, al otro lado del cual se alzaba un pabellón de seda, con listas de oro sobre fondo azul celeste, y coronamiento de púrpura. Sobre él ondeaba una banderita carmesí.

Delante del pabellón se paseaba desarmado el guerrero sin ley, quién en cuanto los hubo apercibido, gritó: — Doncella; ¿es ese el campeón que has traído de la corte de Arturo, y en busca del cual te dejamos pasar? — No, no, — dijo ella; — Señor Lucero Matutino. El rey, por burlarse de tí y de tu gran locura, te envía aquí su mar-



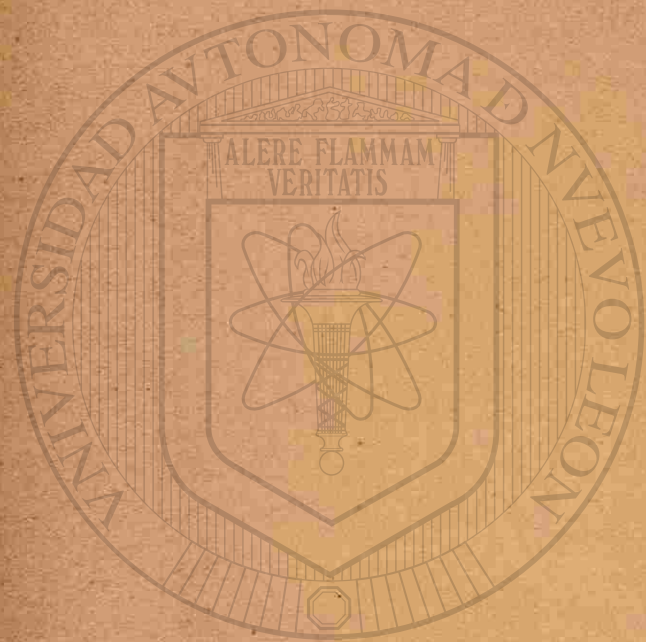
mitón. Y tén cuidado : no sea que se arroje sobre tí de repente y te mate desarmado. No es caballero sino villano.

*
* *

Entonces el guerrero llamó : — ¡ Oh hijas del Alba y siervas del Lucero Matutino ! Venid , y armadme pronto. — Y en el mismo instante salieron del pabellón , con los piés desnudos y la cabeza descubierta , tres hermosas muchachas lindamente vestidas de rosa y oro ; sus blanquísimos piés brillaban entre la yerba cubierta de rocío , y su cabello todo , cubierto no sé si de gotas de rocío ó de joyeles , resplandecía como resplandecen las lentejuelas de oro en la piedra venturina. Acercándose al caballero , las doncellas le pusieron una armadura azul , y le dieron un escudo , azul también , en el cual se veía la estrella de la mañana. Y Gareth contemplaba en silencio al guerrero , quién antes de montar á caballo estuvo de pié un momento como gloriándose en su bello atavío ; y á sus piés , en las límpidas aguas del río , brillaban mezclados con el azur del cielo el brillante pabellón , y los piés desnudos , y los vestidos de rosa y oro , y la armadura del guerrero , y la fulgente estrella de su escudo.

*
* *

En aquel momento , la doncella , que estaba observán-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dole, le dijo: — ¿Qué haces así con la vista clavada en él? Veo que estás temblando de miedo; pero aun es tiempo; huye antes de que monte á caballo. Nadie dirá que la huida te deshonra, pues no eres caballero sino villano.

— Villano ó caballero, — contestó Gareth, — mucho más quisiera pelear una veintena de veces, que oírte ultrajarme de ese modo. Mejor sería que para el que por ti combate tuvieses buenas palabras. Pero no; mejor es, en verdad, que tus palabras sean injuriosas, pues ellas hacen arder mi sangre de cólera, y me comunican una fuerza tal, que estoy seguro de derribarle.

Y el de la estrella, que estaba ya á caballo, gritó desde el puente: — ¡Un marmitón, y enviado para hacer befa de mí! Yo no peleo con un villano de esa especie, sino que me contento con mofarme del que de mí quiere mofarse. Porque ciertamente, vergüenza sería hacerle más daño que ponerle á pié, y tomar su caballo, y de ese modo enviarle al rey. Vamos, pues; deja á esa dama, villano. Huye; pues no parece bien que un villano como tú cabalgue junto á una dama tan principal.

* * *

— ¡Mientes, perro! Procedo de más encumbrada alcurnia que tú. — Dijo; y al mismo tiempo los dos partieron con la rapidez del rayo, y chocaron en el centro del puente, y ambas lanzas se encorvaron mas no se quebraron, y los dos caballeros fueron al mismo tiempo lanzados como por una catapulta, por encima de la grupa de sus caballos; y cayeron en tierra como muertos; pero se levantaron con presteza y desenvainaron las espadas, y Gareth enviaba con la suya á su enemigo tan furiosos y redoblados golpes, que le rechazó hasta más allá del puente. A todo esto la doncella gritaba: — Bien dado, marmitón, — hasta que por fin el escudo de Gareth fué hendido; pero casi en el mismo instante, un tremendo mandoble de Gareth tendió á sus piés al que lo había hendido.

* * *

Entonces el caído gritó: — No me mates; me rindo. — Y Gareth dijo: — Si esta doncella me lo pide, dispuesto estoy á hacerte merced de la vida. — Ella al oír estas palabras, púsose encendida como la grana, y exclamó: — ¡Insolente marmitón! ¿Yo suplicarte? ¿Yo pedirte un favor? — Entonces morirá. — Y Gareth desató el yelmo de su enemigo, como para matarle. Pero ella gritó: — ¡No seas tan osado, marmitón, que mates á uno más noble que tú! — Doncella; si gustoso hubiese accedido á tu ruego, tu mandato es para mí el cúmulo del placer. Ca-

ballero, á ella debes la vida, pues por órden suya te la concedo. Levántate y sin demora alguna encamínate á la corte de Arturo, y dile que su mozo de cocina te ha enviado. Ten cuidado de implorar su perdón por haber quebrantado sus leyes. Yo mismo, cuando vuelva, he de interceder por tí. — Tu escudo me pertenece. Adiós! — Y tú, doncella, guía, que yo te sigo.

La joven huyó con la rapidez del viento. Y cuando Gareth la hubo alcanzado, le dijo: — Me pareció, villano, que mientras peleabas en el puente, el olor de cocina que despides llegaba á mis narices mucho menos fuerte; pero ahora el viento ha cambiado, y lo huelo veinte veces más. — Y como Gareth no dijera una palabra, ella cantó:

— ¡Oh Lucero Matutino! — no ese fuerte bribón á quien tú por medio de algún hechizo ó de alguna treta, ó simplemente por infelicidad suya, has derribado villanamente; — ¡Oh Lucero Matutino que sonríes en el azur del cielo! ¡oh estrella! mi sueño matinal se ha realizado. Sonríe dulcemente, hermosa estrella, pues también mi amor me ha sonreído.

Pero tú sigue mi consejo y márchate, pues aquí cerca hay uno que guarda un vado, — el segundo hermano en su necia parábola del Día y de la Noche, — y si sigues adelante verás como él te paga todo tu salario y aun algo más. Huye, pues, y no te importe la vergüenza que pueda haber en ello; no eres caballero sino villano.

*
* *

Rióse Sir Gareth, y dijo: — ¿Hablas de parábolas? Escucha, pues, una parábola del villano. Cuando yo servía en las cocinas del rey, sucedió que un día uno de los marmitones mis compañeros, no pudiendo soportar el calor del fogón, se quitó el sobretodo y se lo dió á guardar á un perro gruñón que tenía, diciéndole: — «Guárdalo.» Y no hubo nadie que se atreviera á quitárselo. Ahora bien; tú eres el sobretodo que el rey me ha dado á guardar, y yo soy el perro fiel que antes de huir se dejará hacer pedazos. Y además, caballero ó villano, yo creo que el villano que te sirve como un caballero, vale tanto como un caballero cualquiera para poner en libertad á tu hermana.

¡Ah, don Villano! Verdad es que, no siendo más que un villano, peleas como un caballero; pero por eso mismo te aborrezco mucho más.

* * *

— Yo creo, hermosa doncella, que debieras respetarme tanto más cuanto que, no siendo más que un villano, hago morder el polvo á tus enemigos.

— Sí, sí, dijo ella; pero ya hallarás la horma de tu zapato.

El mugido del agua entre los peñascos les anunció la proximidad del vado, al cual ya no tardaron en llegar. Entonces vieron, al otro lado de la espumosa corriente, y á caballo en un alazán enorme, un caballero de gigantesca estatura y de formas verdaderamente hercúleas, enteramente cubierto de malla, tan bruñida que deslumbraba su resplandor. Era el Sol del Mediodía. Cual si aquella florecilla de oro que al marchitarse se adorna con un globo formado de innumerables flechecillas, se hubiese hecho diez mil veces mayor, brillaba como un sol el fuerte escudo; y tanto y tan fijamente lo miró Sir Gareth, que cuando por fin apartó de él los ojos, parecióle tener en ellos movibles manchas negras que casi le cegaban por completo.

* * *

Dominando el mugido de las aguas, se oyó la atronadora voz del defensor del vado. — ¿Qué haces aquí, hermano? ¿Porqué has abandonado tu puesto? — Y la doncella, esforzando la voz cuanto le fué posible, le dijo: — Aquí tienes un marmitón de Arturo, que ha vencido á tu hermano y que por eso lleva sus armas.

* * *

— ¡Uf! — gritó el Sol, y bajando la visera del yelmo se cubrió su redondo y abultado rostro, que se hubiera tomado por la verdadera efigie de la bobería, é hizo entrar en el vado á su corcel. Hizo lo mismo Gareth, y se encontraron en la mitad del río; y como no había allí espacio para manejar la lanza y hacer alarde de hábiles justadores, solo se dieron cuatro golpes con la espada, si bien es justo añadir que fueron muy fuertes. El novel caballero temió ser vencido; pero afortunadamente para él, en el momento en que el Sol alzaba su ponderoso brazo para herirle, resbaló su caballo y dió con él en el río, siendo arrastrado por la corriente.

* * *

Entonces Gareth tendió la lanza á través del vado, y de ese modo le sacó á la orilla; pero él, que no quería seguir peleando, pues al caer las rocas le habían magullado los huesos, se rindió; y Gareth le envió á la corte de



Arturo, diciendo: — Yo mismo, cuando vuelva, intercederé por ti! — Y volviéndose á la doncella, añadió: — Guía, que yo te sigo. — Ella, sin contestarle, guió lentamente. — ¿No ha venido otra vez el buen viento, doncella? — No, no; ni por un instante. Además, en este caso no has sido vencedor. Hay en el vado una roca de pizarra, y su caballo tropezó en ella. Lo he visto muy bien.

¡ Oh Sol! — cantó la joven. — No ese fornido idiota á quién tú, don Villano, has derribado por mera infelicidad suya. — ¡ Oh Sol, que despiertas á todos y les vuelves al placer y al dolor! ¡ Oh luna, que á todos vuelves á enviar el sueño y el olvido! ¡ Brillad dulcemente! Dos veces me ha sonreído mi amor.

* * *

¿ Qué sabes tú de amor, ni de canciones amorosas? Con todo, la verdad es que, como si fueses de noble linaje, tienes muy agradable presencia. Sí; tal vez.....

* * *

¡ Oh aljofaradas flores que os abris al calor del Sol! — ¡ Oh aljofaradas flores que os cerráis cuando el día termina! ¡ Floreced dulcemente! Dos veces me ha sonreído mi amor.

* * *

¿ Qué sabes tú de las flores como no sea adornar los platos con ellas? Nuestro buen rey, que en tu persona me ha dado la flor de la cocinería, no tiene una loca afición á las flores? ¿ Qué pones al rededor de la empanada? ¿ Con qué adornas la cabeza del jabali? ¿ Con flores? No; el jabali se adorna con romero y laurel.

* * *

¡ Oh pájaros que trináis saludando á la aurora! ¡ Oh pájaros que trináis cuando el día se vá! ¡ Cantad dulcemente! Dos veces mi amor me ha sonreído.

¿Qué sabes tú de pájaros; qué sabes tú de la alondra, de la malvía, del mirlo y del pardillo? En qué piensas tú cuando, al amanecer, dejan ellos oír su dulce canto, que vá elevándose poco á poco con la creciente luz? ¿Qué piensas tú cuando oyes aquella dulce música, aquel himno de adoración al sol? Estos son muy buenos para el lazo, — te dices, — y después para el asador, después de bien mechados, se hace gotear sobre ellos en abundancia la manteca. Me parece que ya has mechado el último, como no sea que vuelvas la espalda y huyas. Ahí está el tercer tonto de su alegoría.

En efecto, allí, al otro lado de una puente de tres ojos, estaba en pié, y al parecer enteramente desnudo, el caballero que á sí mismo se apellidaba el Lucero Vespertino. Su cuerpo, admirablemente retratado en las sosegadas aguas del río, tenía el color rojo de aquellas nubes que algunas veces suelen verse hacia el Oeste á la puesta del Sol.

Al verle, Gareth dijo á la doncella: — ¿Porqué está ese loco enteramente desnudo en pleno día? — No, — dijo Lynette; — no está desnudo, sino envuelto en una piel endurecida, que se adapta á su cuerpo tan perfecta-

mente como la suya propia. Y aunque logres hender su armadura, esa piel es tan dura que contra ella se embotará tu espada.

Oyóse entonces la voz del tercer hermano, que decía: — ¡Oh hermano Estrella! ¿Porque brillas aquí? ¿Porqué has abandonado tu puesto? ¿Acaso has muerto al campeón de la doncella? — Y la doncella gritó:

— Esta estrella no es tuya, sino disparada del cielo de Arturo, para ruína de los tuyos y para tu propia ruína. Porque ya tus dos hermanos mas jóvenes han sido derribados por este muchacho, y la misma infausta suerte te aguarda, señor Lucero Vespertino. ¿No eres viejo?

— Viejo soy, sí, doncella; viejo y duro; viejo con la fuerza y el aliento de veinte muchachos. — Y dijo Gareth: — Viejo, y con demasiado valor en la lengua. Viejo y fanfarrón. Pero el mismo brazo que derribó al Lucero Matutino, derribará también al Vespertino.

En aquel instante se oyó el bronco y terrible sonido de un cuerno. Era el Lucero Vespertino que llamaba á su servidora. — Venid y armadme; — dijo, al ver que de su rojizo pabellón, cubierto de manchas y ya muy deteriorado por el viento y la lluvia, salía, sin darse mucha prisa, una dama cuyos cabellos empezaban á encanecer, y en cuyo rostro se veían algunas arrugas. Llegándose al Lucero, la dama le puso una vieja armadura, y luégo le trajo un yelmo con una cimera de siemprevivas que empezaban á secarse, y un escudo en el cual, en parte deslustrada y en parte brillante, se veía la estrella de la tarde. Pero en cuanto la estrella brilló sobre el arzón, ambos jinetes corrieron á encontrarse en el puente, en medio del cual chocaron; y Gareth derribó á su enemigo, y apeándose, sacó la espada, y se arrojó sobre él, que también había desenvainado la suya. De nuevo Gareth derribó á su enemigo, pero éste se levantó enseguida, no de otro modo que la llama que baja y sube casi instantáneamente. Y tantas veces como Gareth le derribaba, otras tantas se ponía él en pié al momento, como movido por un resorte; tanto que Gareth estaba ya jadeante de fatiga, y su gran corazón empezaba á sufrir, temiendo que todo su trabajo fuese en vano. Como el que á consecuencia de una vida desarreglada se vé lleno de achaques, y que ya llegado á la mas triste edad, se esfuerza en combatirlos pero en vano, pues ellos se alzan cada día más pujantes y le gritan: — «Tú nos has hecho señores, y no puedes vencernos;» así también Gareth parecía pelear en vano;



y mientras, la doncella no cesaba de gritar: — ¡Bravo golpe, oh villano-caballero! ¡Bien dado, buen caballero-villano! — ¡Oh villano, tan noble como el mejor caballero! ¡No me avergüences! ¡no me avergüences! He profetizado que vencerías. — Hiere! Eres digno de la Tabla Redonda. — Su armadura es vieja; él confía en la piel endurecida. — Hiere! hierel el viento jamás cambiará otra vez. — Y oyéndola, Gareth daba cada

vez más fuertes tajos, y hacia saltar en astillas la armadura de su contrario; pero golpeaba en vano la piel endurecida, y tampoco lograba derribarle enteramente, del mismo modo que el estrepitoso Sudoeste, que rueda de escollo en escollo, no logra abatir por completo la boya que flota en el mar, y que solo se sumerge para volver á aparecer al instante. Por fin la espada de Gareth chocó con la del Lucero, y la rompió por muy cerca del puño. — Ya te tengo! — gritó entonces el joven; pero en el mismo instante el otro se acercó á él de un salto, y de un modo mucho más propio de un patán que de un caballero, le estrechó en sus brazos de hierro con violencia tal, que Gareth se sintió medio sofocado; pero haciendo un esfuerzo supremo le derribó, y cogiéndole por la cintura, le arrojó de cabeza al río por encima del pretil de la fuente, sin que le importara un ardite que se ahogara, ó consiguiera salvarse á nado. Y luego acercándose á la doncella, le dijo: — Guía y te sigo.

* *

Pero ella contestó: — No quiero ya guiar; deseo que cabalgues á mi lado. Tú eres el rey de los marmitones.

¡ Oh trébol que brillas en la llanura mojada por la lluvia! ¡ Oh arco iris que ostentando tus tres colores apareces

cuando las nubes cesan de llorar! ¡ Brillad dulcemente! Tres veces me ha sonreído mi amor.

* *

— Señor — y en verdad, de muy buena gana añadiría — caballero, — si á tí mismo no te hubiese oído llamarte villano, — avergonzada estoy de haberte hablado como lo he hecho; de haberte injuriado tan duramente. Noble soy, y creí que el rey se mofaba de mí y de los míos. Y ahora, amigo, te ruego me perdones, pues siempre me has contestado con la mayor cortesía, y eres tan intrépido y al mismo tiempo tan amable y dulce como cualquiera de los mejores caballeros de Arturo. Por eso, siendo como eres villano, me has dejado confusa. No sé ya que pensar de tí.

* *

— Doncella, — dijo él; — no se te debe culpar, como no sea porque creíste que nuestro buen rey era capaz de mofarse de tí, ó de darte, habiéndole pedido un campeón, uno que no pudiese llevar á cabo la empresa. Tú dijiste lo que te plugo, y mis hechos han sido mi respuesta. En verdad, yo creo que no es caballero, no, ni hombre siquiera, ni digno de pelear por una dama, el que deja que su corazón se acalore por cualquier capricho de una gentil doncella. No estés avergonzada ni pesarosa de

haberme denostado, pues tus duras palabras han combatido por mí, y á ellas debo la victoria. Y ahora que tus palabras son amables, creo que ningún caballero, ni el mismo Lanzarote, sería capaz de vencerme.

Ya cerca de la hora en que la solitaria garza olvida su melancolía, pone en el suelo su otra pata, y esperezándose piensa en la espléndida cena que la aguarda en el distante charco, volvióse á Gareth la doncella, y, sonriendo amablemente, le habló de una caverna próxima donde le esperaban buen pan, y viandas cocidas, y excelente vino del Mediodía, que Leonor había enviado para su campeón.

Pronto entraron en una estrecha hondonada en la que se veían grandes rocas lisas, y en ellas diversas figuras, y guerreros á caballo toscamente esculpidos, y pintados de varios colores ya medio borrados. — Señor don Villano, mi buen caballero; hubo aquí en otro tiempo un ermitaño que con sus santas manos representó sobre las rocas la guerra del Tiempo contra el Alma. Y los cuatro tontos que tú sabes, de estos húmedos muros han sacado su alegoría. ¿No conoces estos caracteres? Y Gareth miró y leyó — en letras semejantes á las que aun se ven esculpidas en

los derrumbaderos por cuyo fondo corre el espumoso Gelt. — PHOSPHORUS, luego MERIDIES, HESPERUS, NOX, MORS, — debajo de cinco figuras de hombres armados que corrían tras el alma, la cual con las alas rotas, los vestidos desgarrados y el pelo en desorden, huía hacia la cueva del ermitaño, donde esperaba hallar protección y abrigo. — Sigamos la dirección de los rostros, — dijo Lynette, — y encontraremos la cueva. Pero ¡mira! ¿quién es el que viene siguiéndonos?

Era Sir Lanzarote, que primero había perdido mucho tiempo en ayudar al desesperado y mal trecho Kay á volver á Camelot, y que luégo, por haberse extraviado la doncella en el bosque como ya se ha dicho, no pudo dar con ella y con su caballero, pero que al fin, después de cruzar tres veces á nado el tortuoso rio, acababa de alcanzarlos, y se adelantaba hacia ellos, que no podían conocerle porque llevaba bajada la visera, y cuidadosamente cubiertos los azules leones de su escudo. Al volverse Sir Gareth para mirarle, Lanzarote vió brillar la estrella de su escudo, y le gritó: — ¡Detente, traidor, que voy á vengar á mi amigo! — Y Gareth, gritando y clavando los acicates á su caballo, corrió hacia el que así le provocaba; pero en cuanto se encontraron, en un instante, al contacto de aquella práctica lanza que era la maravilla del mundo, fué desarzonado y cayó en tierra, de una manera

tal y tan fácilmente, que él mismo, cuando se vió sobre la yerba, no pudo menor de reirse. Pero Lynette, en cuyos oídos resonó aquella risa de un modo muy desapacible, le preguntó con aspereza: —¿Porqué te ries? Afrentado y vencido y trocado de nuevo en marmitón, ¿te ries acaso porqué ha resultado vana tu jactancia? — No, noble doncella; sino porque yo, el hijo del viejo rey Lot y de la buena reina Bellicent, y caballero de Arturo, y vencedor de los puentes y del vado, yazgo aquí derribado por uno á quien no conozco, únicamente por mala ventura mía; únicamente, como tu dirías, por algún ardid, por algún hechizo, ó por mala ventura. Pero aun me queda la espada. — Y diciendo estas palabras, el joven se puso en pié, y desenvainó el acero. — Mas Lanzarote le dijo: — ¡Oh príncipe! ¡Oh Gareth! Has caído solamente por la mala ventura de uno que ha venido á ayudarte y no á hacerte daño. Lanzarote soy, amigo; Lanzarote, que ya te creía muerto, y que al encontrarte sano y salvo se siente tan feliz como el día en que Arturo le armó caballero.

— ¡Eres tú, Lanzarote! — exclamó entonces Gareth.
— ¿Es tu fuerte brazo el que me ha derribado? Sí, lo que no podía suceder, para desmentir á tus hermanos que justamente te reputan invencible, el caso hubiera hecho que mi lanza, tan inferior á la tuya, te hubiese derribado

¡cuánto hubiese sido mi vergüenza y mi pesadumbre, oh noble Lanzarote!

*
*
*

Iba á contestar Sir Lanzarote; pero la doncella, con su encantadora petulancia, le dijo: —¿Porqué no vinistéis cuando se os llamó, y porqué ahora sin llamaros venís? Yo me gloriaba en mi villano, que á mis continuos denuestos respondía tan cortesmente como el mejor caballero; pero si es caballero el prodigio se desvanece y yo quedo chasqueada, y sin saber porque me habrán chasqueado, y temiendo que se haya querido hacer escarnio de mí y de los míos. ¿Dónde se encontrará la verdad, si no la hay en casa de Arturo y en su presencia? Caballero, villano, príncipe y bobo, te aborrezco y te aborreceré siempre.

*
*
*

Y Lanzarote dijo: — ¡Dios te dé ventura, Gareth! Eres caballero, caballero tan perfecto como el rey podría desear, y como tal has realizado sus más altas esperanzas. ¡Oh doncella! ¿Sois justa al decir que vuestro caballero queda afrentado? No; porque en ser derribado no hay afrenta. Derribado he sido yo, no una sino muchas veces, pues para derribar es preciso antes ser derribado, y á fuerza de ser vencido llega uno por fin á ser vencedor. Ni

puede decirse que ha sido enteramente vencido, puesto que no hemos cruzado las espadas. — Tu buen caballo y tú estáis fatigados, y sin embargo, no por eso ha dejado de hacerme sentir tu vigor esa cansada lanza tuya. Has cumplido como bueno, pues has dejado francos los pasos del río, y has castigado á los enemigos del rey, y has dado dulce y cortés respuesta á los ultrajes, y te has reído cuando la fortuna se te ha mostrado adversa. Bien has cumplido como príncipe y como caballero. ¡Salve! ¡Caballero, y príncipe, y miembro de nuestra Tabla Redonda!

* * *

Y cuando volviéndose á Lynette le refirió la historia de Gareth, ella dijo: — ¡Bien! ¡bien! Peor que otros se mofen de uno es mofarse uno de sí mismo. Pero en fin, Sir Lanzarote, veamos de dar con una cueva que hay aquí cerca, y en la cual hallaremos viandas y vino y forrage para los caballos, y pedernal para encender fuego; pero cuya entrada cubren, según me han dicho, las madreselvas. Con todo, creo que no nos será difícil encontrarla. — Así fué, en efecto, pues pronto lograron dar con ella, y en cuanto hubieron comido, Gareth se durmió profundamente. No apartaba de él los ojos un momento la hermosa doncella. — Largo á apacible sea tu sueño; — decía. — Buena necesidad tienes de dormir. El sueño restaure tus fuerzas, y haga que despiertes lleno de vigor. ¿No



es verdad que parezco una madre cariñosa? Si; pero una madre que durante todo el día no ha cesado de regañar á su hijo, y que después le bendice dormido. ¡Buen Dios! ¡Qué dulce fragancia despide la madreselva en medio de la apacible y silenciosa noche, como para hacernos creer que este agitado mundo es un mundo de completa paz, y amor, y dulzura. ¡Oh Lanzarote, Lanzarote! — y al decir estas palabras la joven palmoteó alegremente; — ¡qué contenta estoy porque mi hermoso villano es noble y caballero! Pero mira! El bárbaro que tiene encerrada á mi

hermana Leonor en su propio castillo, no me hubiese dejado partir á no haberle yo jurado que volvería trayéndote á tí para pelear con él; así es que, si te vé ese negro traidor peleará contigo primero, ¿y quién duda que quedarás vencedor? De ese modo, mi caballero-villano no alcanzará toda la gloria de esta empresa.

Y Lanzarote dijo:— Tal vez ese de quien hablas conozca mi escudo. Que Gareth lo tome, si quiere, en cambio del suyo, y tome también mi corcel, que no está fatigado, y al que no hay necesidad de espolear, pues ama el combate tanto como su dueño.— Como quien eres hablas, Lanzarote;— contestó ella.— Cortés en esto como en todo tienes que ser, ó dejarías de ser Lord Lanzarote.

Cuando despertó Gareth y se le hizo saber la determinación tomada, el joven abrazó fieramente el escudo, y dijo:— ¡Saltad, leones astilla-lanzas, para quienes todas las lanzas son palos podridos! Tenéis la boca abierta como para rugir. ¡Brincad y rugid al dejar á vuestro señor!— Pero no os apuréis, bravos leones, pues he de cuidar bien de vosotros. ¡Oh noble Lanzarote! Tus leones comunican virtud, vigor y ardimiento, á quien no

quisiera deshonrar ni á la sombra de Lanzarote bajo su escudo. ¿Qué hacemos aquí ya? Partamos.

* * *

Salieron de la gruta, y en silencio el silencioso campo atravesaron. El arpa de Arturo (1), hacia la cual corrían algunas nubes, aunque ya pálida por ser en el verano, atrajo las miradas de Gareth, que pensaba en su señor. En aquel momento vióse partir una exhalación.— ¡Mirad, — dijo Gareth;— el enemigo cae!— Y como se oyera el graznido de una lechuza, el joven añadió:— ¡Escuchad al vencedor celebrando su victoria!— De pronto, la doncella, que cabalgaba á su izquierda, se asió del escudo que Lanzarote le había prestado, diciendo:— ¡Devuélveselo! ¡devuélveselo! Él es quien debe pelear. ¡Malhaya la lengua que durante todo el día de ayer te injurió, y que hoy ha hecho que Lanzarote te preste su escudo y su caballo! Maravillas has hecho, pero milagros no puedes hacer; bastante gloria has ganado derribando á los otros tres hermanos. Te veo ya herido y mutilado; estoy segura de que no puedes vencer al cuarto.

(1) O sea *la lira*, constelación del hemisferio boreal.

—¿Y porqué, doncella? Dime lo que sepas, pues seguramente no lograrás amedrentarme. El rostro mas feo, la voz más estruendosa, la más bestial corpulencia de miembros, ni la mayor ferocidad, pueden hacerme abandonar la empresa.

—En verdad, príncipe, yo nunca he visto su rostro, pues jamás sale de día; pero no pocas veces le he visto pasar como un fantasma, enfriando la fría noche, y aterrorizando á cuantos tenían la desgracia de encontrarse en su camino. Tampoco he oído su voz, pues para todo se sirve de un mensajero, un paje que siempre que habla de su señor dice que éste reúne la fuerza de diez hombres, y que cuando se encoleriza destroza hombres, mujeres, mozos, doncellas, y hasta tiernos infantes. Algunos llegan á decir que el monstruo ha comido muchas veces carne de niño. ¡Oh príncipe! Por Lanzarote fuí primeramente, y por tanto á Lanzarote pertenece la empresa. Devuélvele, pues, el escudo.

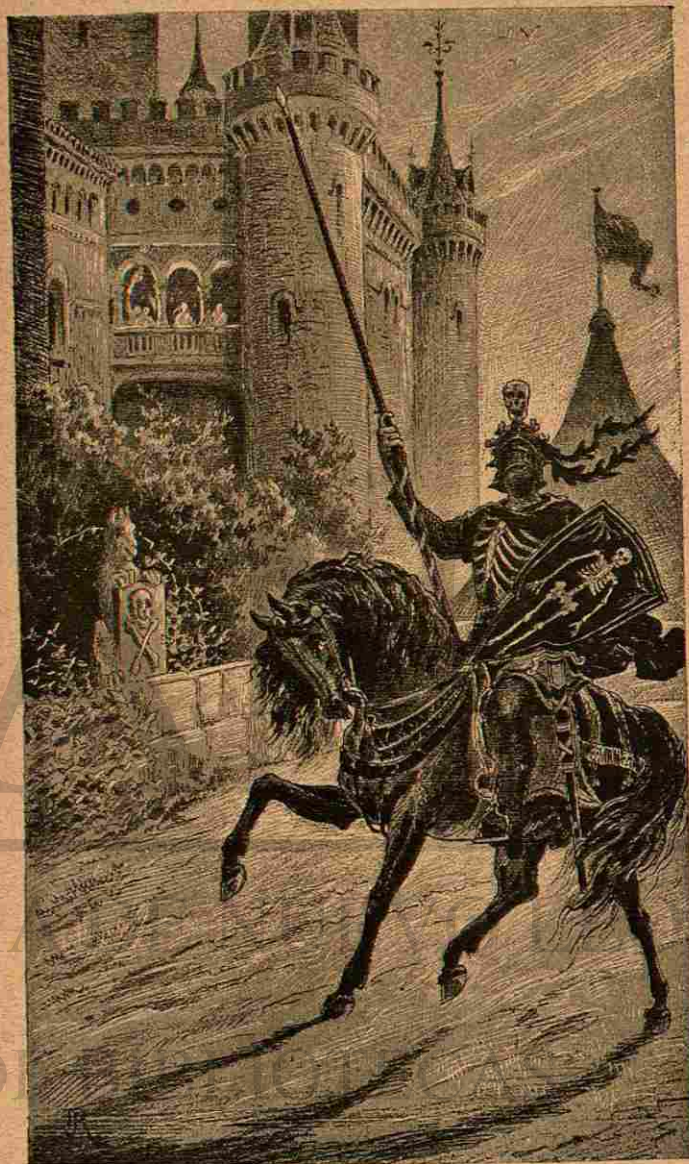
—Si lo quiere, —dijo Gareth riéndose, — fuerza será que peleando conmigo lo gane, lo que le será bien fácil, siendo como es, con mucho, el mas diestro de los dos. Sólo de ese modo estoy dispuesto á entregárselo.

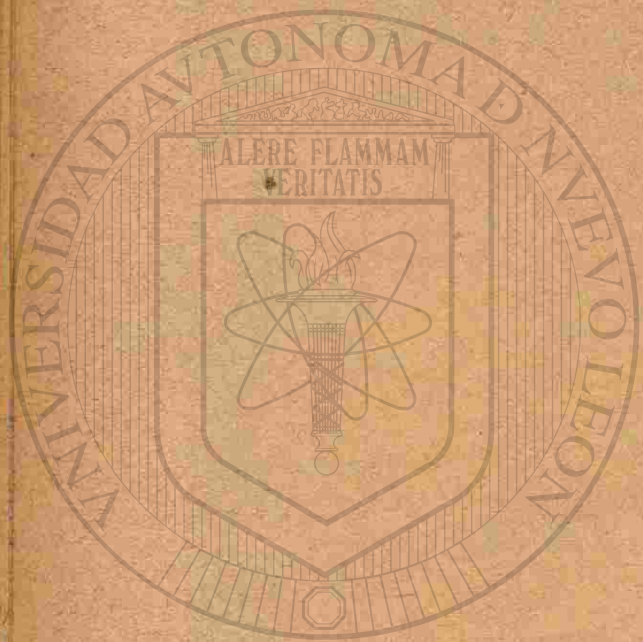
Entonces Lanzarote le explicó todas las trazas de que era preciso valerse para vencer cuando había que pelear con un enemigo mas fuerte que uno mismo; la mejor manera de manejar el caballo, la lanza, la espada y el escudo, y de ese modo suplir la falta de fuerza con la destreza y el ingenio.

— Buenas reglas me das, — contestó Gareth; — pero yo no se más que una sola, que consiste en arrojarme sobre mi enemigo y vencer. Sin embargo, te he visto vencedor en los torneos, y conozco tu manera de pelear. — El cielo te ayude; — dijo suspirando Lynette.

Una negra nube, que fué creciendo rápidamente y que en breve llegó á velar todas las estrellas, los sumió en la más completa oscuridad, y así continuaron cabalgando durante algún tiempo, entretenidos en amistosa plática, hasta que de pronto la doncella detuvo su palafren, y extendiendo el brazo murmuró suavemente: — «Allí.» — Los tres permanecieron algunos momentos inmóviles y silenciosos, contemplando, junto al Castillo Peligroso, y plantado en campo raso, un enorme pabellón semejan-

te á la cumbre de un cónico monte ; un enorme pabellón negro con bandera negra también. Por fin adelantóse el impaciente Gareth , y empuñando un largo cuerno negro que junto al negro pabellón estaba suspendido , llevólo á los labios , y antes que Lanzarote ó Lynette pudiesen impedirlo , lo tañó tan fuertemente , que no parecía sino que á través de él había enviado todo su corazón y todo su aliento. Respondieron los ecos de los muros , y casi en el mismo instante se vió brillar una luz ; luégo aparecieron luces y más luces , y Gareth tañó de nuevo el cuerno. Oyéronse pasos y confusas voces , cruzaron el campo algunas sombras , y por fin se asomó á una de las ventanas del castillo la hermosa Leonor , rodeada de sus doncellas , cada una de las cuales tenía una luz en la mano. La gallarda castellana saludaba á Gareth con sus blancas manos , inclinándose al mismo tiempo graciosamente. Entónces el príncipe hizo sonar el cuerno por tercera vez , y después de un largo y profundo silencio , de entre los negros pliegues del enorme pabellón , salió lentamente el que en su interior moraba. Montado en un caballo negro como la noche , cubierto de una armadura también negra , sobre la cual estaban pintados el blanco esternón y las descarnadas costillas de la muerte , y llevando por crestón una calavera horriblemente contraída por espantosa risa , se adelantó el mónstruo como unos diez pasos , á la débil luz del alba , que en aquel momento empezaba á mostrarse , y luégo se detuvo sin hablar una palabra.





Pero Gareth, lleno de indignación, le dijo: — ¡Dime, mentecato! Puesto que, como aseguran, tienes la fuerza de diez hombres ¿porqué en vez de confiar en los miembros que Dios te ha dado, tratas de inspirar terror poniendo sobre tu armadura de caballero la horrible imagen de aquellos tristes despojos con los cuales la vida nada tiene ya que hacer, y que la tierra, menos torpe que tú, cubre, por compasión sin duda, con un hermoso manto de flores? — Pero el de la negra armadura no habló una palabra, lo cual hizo que el terror de todos subiera de punto: una doncella se desmayó; la hermosa Leonor retorció las manos y se puso a llorar, creyéndose ya condenada a ser esposa de la Noche y de la Muerte; a Sir Gareth se le erizaron los cabellos debajo del yelmo; y hasta el mismo Sir Lanzarote sintió que su ardiente sangre se helaba en las venas. En una palabra, todos los presentes quedaron horrorizados.

*
*
*

De pronto el corcel de Lanzarote relinchó fieramente, y se lanzó hacia el negro caballo de la Muerte, que en el mismo instante partió también disparado contra él. Entonces, aquellos á quienes no cegó el terror, vieron que la Muerte fué arrojada al suelo, y se levantaba trabajosamente. De nuevo se encontraron á pié los dos adversarios, y Gareth hendió de un golpe la calavera; luégo, con un golpe aun más tremendo, hendió también el yelmo por

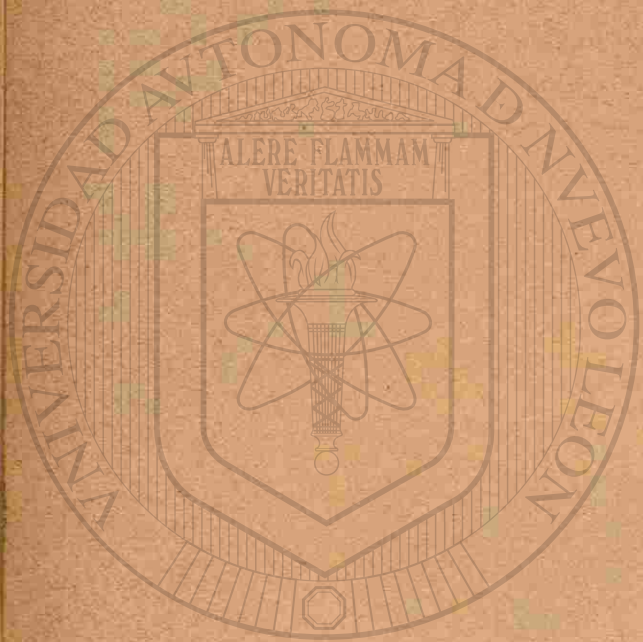
completo, y quedó descubierto el rostro del guerrero; un colorado rostro de muchacho en toda la hermosura de la juventud, y fresco como una flor recién abierta. — Caballero, no me matéis; — gritó el mancebo. — Mis tres hermanos me han obligado á hacer este papel, para sembrar el espanto en torno de la casa, y aislar por completo á lady Leonor, apartándola de todo trato con las gentes. Jamás imaginaron ellos que los pasos serían forzados. — Entonces Sir Gareth, acercándose al muchacho que ciertamente no era muchas lunas más joven que él, le dijo bondadosamente: — Pero niño, ¿qué locura te hizo retar al mejor caballero de Arturo? — Señor; ellos me mandaron que lo hiciese. Aborrecen al rey y á Lanzarote, el amigo del rey, y esperaban matarle en alguna parte del río. Jamás imaginaron que los pasos se pudiesen franquear.

De este modo, con el vencimiento de la Muerte, la dicha brotó, como quien dice, de la tumba. Día alegre fué aquel para todos: Lady Leonor dió un gran banquete en honor del campeón afortunado á quien debía la libertad; con brindis y con canciones y con danzas celebraron todos el triunfo de Sir Gareth, riéndose de la Muerte, que después de todos sus temores había resultado no ser más que un hermoso muchacho. Así, pues, hubo en la casa gran regocijo, y Gareth recibió los plácemes de todos por la empresa que tan gloriosamente había llevado á cabo.

*
* *

Y el que contó esta historia en tiempos remotos dice que Sir Gareth se casó con Leonor; pero el que la contó más tarde, dice, mejor informado, que con quién se casó fué con Lynette.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SUMIDOS en sueño profundísimo estaban los vientos, y hasta las más altas hojas de los árboles permanecían enteramente inmóviles; pero el cielo se iba encapotando, y todo anunciaba una próxima y violenta tempestad. En la fragosa selva de Broceliande, y junto á

un roble tan viejo, tan hueco y tan enorme que parecía una torre en ruínas, estaba, á los piés de Merlin el mago, la astuta Bibiana.

¿Cómo se encontraban allí? Fuerza es, para explicarlo, tomar las cosas de un poco atrás. Un renombrado ministril de Caerleón, un ministril errante, sobrecogido un día por furiosa tempestad, tuvo que buscar asilo en el castillo de Tintagil, donde el rey de Corn, el malvado Mark, obsequiaba á la sazón á sus hechuras con un gran banquete, y como se le pidieran noticias de Arturo y de sus caballeros, cuyo desdén sufría Mark con mal comprimida rabia, se deshizo en alabanzas de todos ellos, y principalmente de Lanzarote, con no poco disgusto del anfitrión, que de muy buen grado le hubiese arrancado la lengua. Según el cándido ministril, de tal modo extremaba Lanzarote el cumplimiento del voto que de ser casto hiciera cuando el rey le armó caballero, que en lugar de querer á una doncella con quien andando el tiempo hubiera podido casarse, había fijado su corazón en la reina, y á ella sola adoraba, y por ella quebraba lanzas en los torneos, siendo el amor que los unía en todo semejante al que se tienen en el alto cielo los ángeles del Señor, que ni se casan, ni están sujetos á las debilidades de la carne.

Quando el músico hubo cesado de hablar, Bibiana, que estaba sentada á la mesa junto á Mark, le dijo con su acento más dulce: — ¿Y podéis decirme, señor músico, si en la mansión de Arturo y en su corte siguen el buen ejemplo de Lanzarote del Lago?

— Algunos, aunque pocos, le siguen — repuso cándidamente el juglar; — algunos mancebos que creen que un caballero doncel, para ser perfecto, no debe amar á una doncella, sino adorar á una mujer casada, á una leal esposa, sin esperanza alguna de ganarla, y solamente por el placer que todo corazón honrado debe tener en rendir culto á la virtud. En imitar á Lanzarote y á la reina cifran su orgullo estos generosos mancebos, cuyo extremado amor á la pureza y á la castidad les hace rebasar el límite de sus votos, pues estos no les imponen el celibato. ¡Dios guíe sus juveniles corazones, dechado de pureza y de valentía!

Al oír estas palabras, el malvado Mark estuvo á punto de arrojar su copa á la cabeza del ministril; pero, aunque á duras penas, se reprimió, levantóse para salir del estra-

do, y como Bibiana le siguiera, se volvió á ella y le dijo: — No es la corte de Arturo como la pinta ese charlatán. No faltan allí culebras ocultas entre la yerba, y creo ¡oh Bibiana! que si no tienes miedo de aquellos frailescoos varones, si no te impone la máscara de pureza que lleva aquella hipócrita corte, puedes fácilmente hostigarlas hasta hacerlas morder.

Y respondió Bibiana, sonriendo desdeñosamente: — ¿Miedo? ¿Porqué tendría miedo? ¿Acaso por que criada, no en la corte de Arturo sino en *la tuya*, me has comunicado el perfume de tus virtudes? ¿Yo temerles? No por cierto. Así como el amor, si es perfecto, se despoja de todo temor, del mismo modo el odio, si es verdadero, desconoce el temor. Mi padre murió peleando contra el rey, y sobre su helado cadáver murió de dolor mi madre en el campo de batalla; allí la infeliz, presa de horrible congoja, me dió á luz en medio de las ansias de la muerte. De modo que de la muerte y entre los muertos nací, y desde mi nacimiento fui juguete de los vientos de la desgracia, que por fin me trajeron á tu poder. ¡Qué temprano se me mostró la verdad, lo único real y verdadero, el cieno en que la humanidad se revuelca desde su infancia! ¡Qué temprano se me hizo ver el fangoso fondo del pozo, donde la verdad está oculta! ¡Lindas lecciones las tuyas! ¡Preciosas máximas, sacadas del fango, y que

hieden como un estercolero! — «¿Qué Arturo es casto?» — dices tú. — «¿Qué Arturo es casto, inmaculado, perfecto? La naturaleza le desmiente, por medio de la carne que ella misma ha creado. No existe ningún sér puro, querubín mio. ¿No dice lo mismo la Escritura?» — Si yo fuese Arturo, no te dejaría la cabeza sobre los hombros. — Pero; ¡oh rey sin tacha! dame tu bendición, pues parto ahora mismo. Y cuando haya huroneado en sus madrigueras, he de traerte en la mano los corazones de la orden toda de la Tabla Redonda. ¿Quién sabe? Tal vez, si contra él se juntan los hados, y mi maña, y su locura, he de traerte también un bucle de oro de la barba del rey. A mí estas puas grises de la tuya me gustan más. Mas no es extraño, pues tú fuiste mi primer amor, y tu amor debe estragar el gusto y torcer el entendimiento.

Con una estrepitosa carcajada contestó el malvado Mark á estas razones de su concubina. Y ella partió en seguida, y entrando furtivamente en Camelot, se hospedó en el más modesto barrio de la ciudad; luego, un día de fiesta, sabiendo que la reina iba de caza, la esperó en el vestíbulo del palacio, y en cuanto la vió aparecer se arrojó al suelo, y se arrodilló á sus piés, sollozando.

—¿Por qué te arrodillas ahí? ¿Qué mal has hecho? —dijo Ginebra. — Levántate. — Y en cuanto oyó el mandato de la reina, la joven se levantó, y permaneció en pié, con las manos juntas y los ojos bajos, pero mirando de soslayo. Y sin moverse ni alzar los ojos, dijo humildemente: — Ningún mal he hecho, señora; á nadie he ofendido. En cambio yo, infeliz doncella, pobre huérfana sin amparo, cuánto he tenido que sufrir! Mi padre murió peleando por el rey tu esposo, y sobre su ensangrentado cadáver murió de dolor mi madre en el campo de batalla, en el triste desierto del Leonésado, que sin cesar azotan las olas bramadoras. De ese modo — ¡ay infeliz de mí! — quedé sola y sin un amigo en el mundo. Y ahora el rey de Corn, el detestado Mark, á quien por desgracia ha agradado mi poca hermosura — si es que alguna tengo, — me persigue, y por eso he huído á tu corte; por eso vengo á implorar tu protección. ¡Sálvame, sálvame tú, dechado de mujeres! ¡Oh tú que tienes el cetro del poder y de la belleza, no me niegues el bálsamo de la misericordia! ¡Ampárame, que el villano me persigue; ampárame, ángel blanco y puro que el cielo ha enviado para alegrar la tierra, esposa inmaculada de inmaculado rey! ¡Ampárame! ¡Tómame á tu servicio! ¡Defiende mi inocencia, dándome asilo entre tus doncellas!

* *

Aquí sus dulces ojos, trémulos de temor pero llenos de

humilde esperanza, se alzaron lentamente y se fijaron en la reina, y esta, que con su traje verde y oro y sus plumas verdes brillaba como el sol de Mayo sobre las hojas, replicó: — ¡Silencio, niña! Entre la alabanza exagerada y el exagerado vituperio, preferimos lo último. A quien en manera alguna puedes alabar demasiado es á nuestro noble Arturo; él lo sabrá todo, y decidirá lo que se ha de hacer. En verdad, no hay maldad alguna que en Mark nos parezca increíble. Sabémosle capaz de todo; pero en fin, ya hablaremos más despacio, pues ahora vamos de caza con Sir Lanzarote. Nos ha dado un hermoso halcón que él mismo ha adiestrado, y vamos á probarlo. Espera aquí entre tanto.

* *

Dichas estas palabras, se fué; y Bibiana murmuró: — ¡Anda! Aquí te espero. — Luégo, mirando oblicuamente por el ancho arco que daba ingreso al vestibulo y murmurando entrecortadamente como uno que es presa de atormentadora pesadilla, vió á la reina y á Lanzarote montar á caballo.

* *

—¿Es ese el renombrado Lanzarote? Hermoso es, sin duda, pero demasiado flaco. Muy cortés en cambio. Tan cortés que se le puede perdonar su flacura. — Se acerca

aun más á ella, toma su mano..... ¡Cómo se miran! Parece que quieren besarse con los ojos. ¿Y quién duda que si no estuviesen en la calle se besarían? — ¡Cuánto tiempo la mano de la hermosa reina permanece en la del noble caballero! — ¡La retira por fin! — ¡Se ván! Se ván; parten á escape, con halcones sin par y con experimentados cetreros, á cazar aves acuáticas en los pantanos. Más régia es la pieza que yo persigo. — Ha bastado espiar una mirada suya para comprender cuán sensual es el lazo que los une, cuán sensual es la union de sus corazones que aquel grillo cano que con sus chirridos vino á atormentarnos en nuestra casa llamaba union espiritual, exenta de toda imperfección, libre de las debilidades de la carne. Una mirada me ha bastado para comprenderlo todo. Aplicad la llama al lino y lo veréis arder enseguida. — ¡Embusteros! A otros podrán engañar, mas no á Bibiana. — ¡Ah! humilde ratita que de noche roes el fuerte malecón para hacer tu agujero, y abres paso á las impetuosas aguas que van á anegar remotas ciudades, sorprendiéndolas en sus regocijos, en sus danzas, ó tal vez soñando dulcemente! En tí no soñaron, humilde ratita, ni sueñan en mí éstos, sino el uno en el otro. ¡Corred, corred y soñad el sueño de felicidad que yo jamás he soñado! ¡Corred, corred y soñad hasta que yo os despierte! Entonces diré adiós para siempre á esta ruin y encogida corte, y á este lerdo y ridículo rey. — Segura estoy de que Lanzarote será benévolo con la ratita; y en cuanto á la reina, si sabe que conozco su secreto, me odiará con todo su

corazón, me tendrá aversión y temor, mas por eso mismo me colmará de distinciones y de honores.

* * *

Entretanto la reina y Lanzarote cabalgaban juntos por la llanura, departiendo sobre el arte de la cetrería; hablando del modo de adiestrar los halcones, del alimento que les conviene, de la manera de taparles los ojos, de los grillos, de la pihuela y del seuelo. — No haya cuidado de que pierda el tiempo persiguiendo á ninguna marica, — decía Lanzarote hablando de su halcón. — Es demasiado noble para eso. Y tan poco le dá por tunear: jamás cometerá acción alguna baja ó fea, indigna de un pájaro bien educado. — Entonces la reina, que sin duda estaba pensando en otra cosa, preguntó: — ¿Conocéis á la jóven forastera que ha venido implorando mi protección? — No nos ocupemos de ella, — dijo el caballero; y quitándole el capirote, dejó libre al hermoso halcón, que se remontó velozmente, haciendo sonar sus cascabelles. Siguiéronle con la vista la dama y el caballero, maravillándose de la fuerza, de la intrepidez y de la régia majestad del pájaro, que bien pronto se lanzó sobre su presa, asíóla con las garras y la mató. Muchas veces cabalgaron de este modo la reina y Lanzarote por los floridos campos que se extienden en torno de la ciudad real, recordando sin duda aquella hermosa primavera en que se

conocieron, cuando él, como enviado de Arturo, fué á buscarla á la córte de su padre Leodográn, y la condujo, á través de hermosos campos que, como para festejarla, ostentaban sus mejores galas, á la rica y populosa ciudad de Camelot, donde debía desposarse con el rey.

Entretanto Bibiana, en quién ya apenas pensaba la reina, seguía morando en el alcázar, observándolo todo y divulgando lo que podía dar pábulo á la maledicencia. Sentábase á bordar con las doncellas de la reina, pero más que al bordado atendía á espiarlas, escucharlas y cuchichear con ellas; á manera de reptil ponzoñoso se arrastraba sin ruido por la sosegada corte, contra cuyo sosiego conspiraba. De ese modo, así como Arturo, que entonces estaba en el pináculo de su gloria, desde su eminente puesto dirigía el mundo con su saludable ejemplo, así Bibiana, desde su puesto, que era el más bajo de todos, sembraba en torno suyo la corrupción; Bibiana, á cuya llegada la córte gozaba del más dulce reposo, esparció, acrecentándolo, todo lo malo que llegó á sus oídos, y de oído en oído llevó las más malignas insinuaciones, de modo que mientras los paganos permanecían sujetos á Arturo, y no había empresas caballerescas y si solamente torneos y diversiones, ella fué lentamente infiltrando la corrupción en la casa y en la córte de Arturo y aunque veían su obra de perdición, nadie la molestaba.

*
*
*

Luégo, cuando hubo logrado su objeto, como el enemigo que después de emponzoñar las aguas bebedizas, huye seguro de su venganza, la artera Bibiana desapareció de la córte de Arturo.

*
*
*

Odiaba Bibiana á todos los caballeros, y parecíale oír los abundantes é intencionados comentarios que hacían cada vez que alguien pronunciaba su nombre, pues un día que Arturo, irritado por un rumor que ella había esparcido y que dejaba malparada la tan decantada pureza de sus caballeros, estaba paseándose solo, se encontró con él, y como la saludase galantemente llamándole hermosa, ella quiso sacar partido de la ocasión que le pareció propicia, y cual si apenas osára alzar los reverentes ojos, con trémula voz y bien simulada turbación, como á pesar suyo le mostró su respeto, su adoración, su amor incontrastable, añadiendo alguna dulce é intencionada insinuación sobre alguien que le estimaba mil veces más que quien debía estimarle en el más alto grado; pero el rey la miró de hito en hito, entre severo y asombrado, y se marchó sin decir una palabra. Y hubo alguien que sin ser visto presencié todo lo ocurrido, y no supo contener la lengua, de modo que la cosa fué el hazme reír de todos aquella tarde. Y desde entonces, siempre que se hablaba de ella ha-

bía alguno que en s6n de mofa recordaba que habia tratado de seducir al rey sin tacha. — Cuando Bibiana vi6 frustrada su esperanza de robar 6 la reina el coraz6n de su marido, dedic6 sus esfuerzos 6 subyugar al hombre m6s famoso de todos aquellos tiempos, al sabio Merl6n, que era consumado en todas las artes, y 6 quien el rey debia sus puestos, sus naves y sus palacios; 6 Merl6n, que conocia el curso de los astros y leia como en un libro en el cielo estrellado; al viejo Merl6n, que era el m6s inspirado de los bardos y 6 quien el pueblo llamaba el encantador. Al principio trat6 de atraerle con su viva y chispeante conversaci6n, con seductoras sonrisas, 6 lanzando, como al descuido y sin mala intenci6n, los dardos ligeramente envenenados de la calumnia, apuntando aqui 6 hiriendo all6 con singular destreza; y el profeta, que era con casi todos severo y aun 6 veces hura6o, dej6base llevar con ella de su natural bondadoso, y se complacía con su petulancia, por m6s que le pareciera censurable, y reia de sus travesuras como se hubiera reido de las de un gatito juguet6n. Así, habiendo empezado por tolerar aquellas locuras, fué poco 6 poco familiariz6ndose con ellas; pero en el fondo de su alma el mago despreciaba profundamente 6 Bibiana, y la joven, que tenia demasiada penetraci6n para que no lo echara de ver, cambi6 de t6ctica y empez6 6 interrumpir sus travesuras con m6s serios arrebatos, 6 ponerse s6bitamente p6lida 6 encendida, y 6 poner en juego otros mil artificios dignos de tan refinada coqueta. Muchas veces, cuando se encontraba con 6l,

suspiraba profundamente, 6 fijaba en 6l los ojos en silencio, con tal expresi6n de amor y reverencia, que el viejo, aunque dudando, se sentía halagado, y 6 veces, lisonjeando su deseo de verse amado en la vejez, casi creía en la sinceridad de la joven. Vacilaba, pues, el viejo; y Bibiana, firme en su prop6sito, no se apartaba de 6l y le asediaba incesantemente. Así transcurrieron muchos meses.

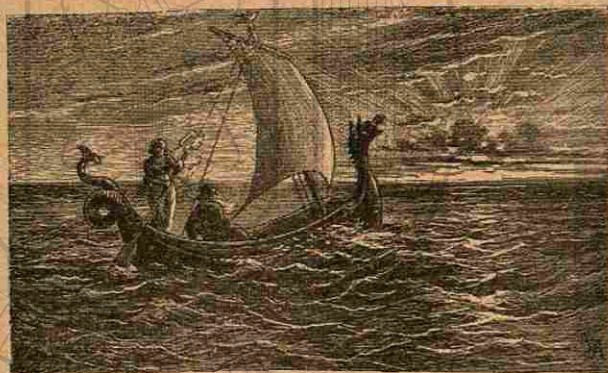
*
* *

Por fin apoder6se del mago una profunda melancolía; atorment6banle fatídicos sue6os, cerc6banle sombras pavorosas, veía siemprealzada para herirle la terrible segur de la muerte. Parecía ver en la niebla una batalla que no terminaba nunca, y llegaban 6 sus oídos tristísimos lamentos. Era la guerra universal y eterna de la carne mortal contra la vida. Veía la muerte en la vida, la mentira en el amor, lo m6s vil y m6s bajo triunfando de lo m6s sublime, y el m6s alto designio malogrado por un gusano.

*
* *

Así pues, dejando la c6rte de Arturo, se fué 6 la orilla del mar, y allí encontr6 una barquilla en la que entr6; y Bibiana, que habia ido siguiéndole, entr6 tras 6l, pero Merl6n no se apercibi6 de ello. La joven se puso 6 gobernar el tim6n, mientras que el anciano ponía toda

su atención en la vela; y la barquilla, impelida por un súbito viento, corrió á través del piélago, y fué á tocar en la costa de Bretaña, donde desembarcaron. Y Bibiana siguió á Merlin por la arenosa playa y por los campos, hasta la bravía selva de Broceliande (1). Porque hacía ya tiempo que el sabio encantador le había hablado de un hechizo que si se operaba en alguien dando vueltas en



torno de él, moviendo los brazos y pronunciando ciertas palabras, quedaba para siempre sin movimiento, como encerrado entre cuatro fuertes muros de donde la salida era imposible; y hombre alguno viviente podía verle jamás, ni podía él ver á nadie como no fuese al que le hechizó, á quien en cambio vería continuamente; y permanecería ya siempre como muerto, y perdido para la vida, y para la actividad, y para la gloria. Y Bibiana estaba

(1) En bretón, *Broch allean*.

siempre buscando ocasión de operar el maleficio sobre el gran encantador de la época, imaginando que la fama que con ello alcanzara, estaría en relación con el renombre altísimo de aquel á quien pensaba aniquilar.

* * *

Tendida sobre el césped, la falaz Bibiana besaba, al parecer con profundo amor y con veneración profunda, los piés del profeta. Un torzal de oro en forma de culebra ceñía los hermosos cabellos de la joven; y un vestido de joyante seda que más bien parecía hecho para mostrar sus formas que para ocultarlas, un vestido de valor inestimable y cuyo color recordaba el de las lustrosas hojas de las sargas cuando en el ventoso y sombrío Marzo las ilumina un rayo de sol, dibujaba sus gruesos y bien torneados brazos, y las elegantes y tentadoras curvas de su flexible y airoso cuerpo. La taimada besaba, pues, los piés de Merlin, exclamando: — Holládmeme, queridos piés cuyas huellas he seguido; holládmeme, y he de adoraros; pisoteádmeme, y os besaré en cambio. — Pero el anciano permanecía mudo, porque oscuros presentimientos, pavorosos presagios se agitaban en su cerebro, no de otro modo que en un lóbrego antro del Océano se agitan y corren las ciegas olas, palpando las



mohosas paredes de su alcázar marino. Por eso cuando ella alzó la cabeza, y mirándole con tristes y suplicantes ojos, le dijo: — ¿Me amáis, Merlin? — y otra vez: — ¡Oh Merlin, decidme si me amáis! — y una vez más: — ¿Me amáis, oh gran maestro? — el anciano permaneció mudo. Pero Bibiana, la ágil y flexible Bibiana, asiéndole de los talones, se acercó á él encorvándose como una serpiente, y subiendo sobre sus rodillas, se sentó en ellas. Luego juntó sus piecitos detrás de los tobillos del anciano y le echó un brazo al cuello; y mientras que su mano izquierda pendía como una hoja del hombro del encantador, hizo con la derecha un peine de nácar para peinar la luenga barba que los años habían emblanquecido. Entonces él, sin mirarla, dijo: — Habla menos de ello, cuanto más ama, el que es juicioso. — Y Bibiana respondió con presteza: — Sé que el amor no tiene ojos, pues he visto el niño ciego, el diosillo del dorado carcaj, en el salón de tapices de Arturo, en el palacio de Camelot. Pero está lucido si además de los ojos le falta la lengua, ó por lo menos, aunque la tenga, no sabe hablar. ¡Qué niño tan estúpido! Con todo, sois sabio y quiero creer lo que decís; quiero creer que el silencio es la sabiduría. Me callo, pues, y ni siquiera pido un beso. — Y añadiendo: — Mirad; ya me cubro con el ropaje de la sabiduría, — extendió sobre el cuello y el pecho, y hasta las rodillas, el afelpado manto de la barba del viejo, exclamando que ella era una dorada mosquita cogida en la tela de una vieja, enorme y cruel araña, que en aquel solitario bos-

que quería engullirla sin decir una palabra. Así decía Bibiana; pero en verdad más bien parecía una hermosa, aunque funesta estrella, medio velada por una nube gris. Por fin, el anciano sonrió tristemente, y dijo: — ¿Qué singular merced vas á pedirme, Bibiana? ¿A qué extraordinaria petición sirven de preámbulo esas lindas tretas y boberías? Debo sin embargo darte las gracias, pues has disipado mi melancolía.

* * *

Y Bibiana contestó sonriendo con descaro: — ¿Qué es eso, gran maestro? ¿Habéis recobrado la voz? ¡Cuánto me alegro de ello! — ¡Por fin os dignáis darme las gracias! ¿No me hice ayer acreedora á vuestro reconocimiento? Sin embargo, no desplegasteis los labios en todo el día, como no fuese para beber. Recordaréis que no teniendo vaso me vi obligada á recoger en las palmas de mis blancas y señoriles manecitas el agua que gota á gota manaba de la hendidura de un peñasco, y que formando con mis manos un lindo vaso lo acerqué, puesta de hinojos, á vuestros labios. ¿Y qué hicisteis vos? Beber sin dirigirme una palabra, ni dar la menor muestra de agradecimiento. No estuvisteis más cortés que lo hubiera estado un macho de cabrío, si yo, engañada por su luenga barba, única cosa que él tiene de venerable, le hubiera mostrado tanta veneración como á vos, y hubiese sido con él tan obsequiosa. Y cuando más tarde nos detuvimos

junto al pozo, ¿sabéis que Bibiana, aunque desfallecida de cansancio, bañó antes que los suyos vuestros piés, dorados con el pólen de las flores de las fértiles praderas que habíamos atravesado? Con todo no me distéis las gracias, ni me las habéis dado por acompañaros en esta fragosa selva, ni por mimaros como os he mimado esta mañana. Y ahora decís que lo que quiero es pedir os una merced... Pues bien; es cierto. Mas no se trata de una merced tan singular como imagináis. — ¿En qué os había yo ofendido para no hablarme? Que sois un sabio es innegable, y en verdad que vuestro silencio muestra más sabiduría que bondad.

Entonces Merlin, poniendo su huesuda mano entre las carnosas manecitas de la joven, dijo: — ¿No habéis estado jamás en la playa del mar viendo avanzar las olas, y observando como antes de romperse se reflejan en la movediza arena sus rizadas espumas? Una ola semejante aunque no tan bonita, una ola oscura he visto por tres días consecutivos reflejada en el fatídico espejo de mi mente y pronta á caer sobre mí. Levantéme entonces y huí de la corte de Arturo, buscando alivio á mi melancolía. Vos me seguisteis sin que yo os llamara, y cuando miré hacia atrás y os vi siguiéndome, mi imaginación os envolvió en la espesa niebla que entonces se cernía sobre mi espíritu; porque ¿queréis que os diga la verdad? Parecíame que vos

erais la ola que iba á romperse sobre mí, y á arrebatarme mi poder sobre el mundo, juntamente con mi vida, y mi nombre, y mi gloria. Perdonádmeme, hija mía. Vuestras chanzas y vuestras travesuras han disipado mi tristeza. Pedid, pues, la merced que ambicionáis, y que os debo no una sino tres veces: primera, porque, en la perturbación de mi ánimo, os juzgué mal; segunda, en lugar de las gracias que os debía, y que os he dado demasiado tarde; y tercera, por esas deliciosas locuras con que me habéis entretenido. Por consiguiente pedid, y tomad en seguida, esa singular merced que, según decís, no es tan singular como yo creo.

Y Bibiana respondió sonriendo tristemente: — Cierto; no es tan singular como creéis. Más singular es que yo haya tenido que pedir osla durante tanto tiempo. Más singular sois vos, y doblemente singular es vuestro sombrío humor. Mis temores se han confirmado: siempre sospeché que no me perteneciais por completo. ¿No acabáis de confesar que me habéis juzgado mal? Las gentes os llaman profeta: sea enhorabuena; mas no sois de aquellos que saben exponer justa y derechamente los vaticinios. ¿Queréis que Bibiana sea vuestra expositora? Ella os dirá que esos tres días de melancolía nada malo presagiaban, y que únicamente debéis días y noches semejantes á vuestro receloso espíritu, que es también el que os ha

hecho parecer menos noble de lo que realmente sois cada vez que os he pedido esta merced que hoy os pido de nuevo. ¿No véis, amor mío, que un humor como el que últimamente oscurecía vuestro noble entendimiento cuando os apercibisteis de que yo os seguía, tiene que aumentar mis dudas de que me pertenezcáis por completo, tiene que avivar mi deseo de ver si realmente sois mío, y hacerme ansiar con redoblada vehemencia que, en muestra de confianza, me déis á conocer el hechizo? ¡Oh Merlin, enseñádmelo! Enseñadme el encanto, y así que me lo enseñéis empezaremos á gozar del dulce reposo de los encantados. Dadme con ese secreto algún poder sobre vuestro destino, pues yo, viendo que me creéis digna de vuestra confianza, descansaré y os dejaré descansar, segura de que sois enteramente mío. Por tanto, mostráos tan grande como sois realmente; no os encerréis en una egoísta reserva. ¡Qué duramente me miráis! ¡Cuán claramente veo que me reusáis lo que os pido! Me indigna, me enloquece el pensar que tal vez me creéis capaz de experimentar el hechizo sobre vos inopinadamente. Mas vale que el lazo que nos une se desate para siempre, si es que de tal maldad me creéis capaz; pero que me creáis ó no tan miserable, por el cielo que nos oye os juro que voy á deciros la pura verdad, tan pura como la sangre de un recién nacido y tan blanca como la leche, y es que jamás he pensado en traición tan horrible. ¡Oh Merlin! Si alguna vez en el necio desvarío de mis potencias, ó aunque sea en la embrollada confusión de un sueño, he pen-

sado en semejante traición, quiero que la dura tierra se abra hasta el infierno del Nadir, y me trague, cerrándose de nuevo sobre mí en castigo de mi perfidia. Concededme, pues, la merced que os pido, porque hasta entonces no puedo mostraros todo mi amor, ni ser enteramente vuestra; colmad mi deseo tantas veces expresado, dándome esa gran prueba de amor. Creo que, aunque sois muy sabio, apenas me conocéis todavía.

*
*
*

Merlín entonces retirando la mano que tenía entre las de la joven, dijo: — Demasiado curiosa sois, Bibiana, y por muy sabio y prudente que yo sea, nunca lo fui menos que cuando por primera vez os hablé del hechizo. Y puesto que habláis de confianza, debo deciros que demasiada confianza puse en vos cuando os hablé de eso, y estimulé, sin pensarlo, ese vicio vuestro, el mismo que por medio de la primera mujer causó la perdición del hombre. En los niños está muy bien una gran curiosidad y les conviene muchísimo, pues tienen que aprenderlo todo y enseñárselo á todo el mundo; pero en vos que no sois niña, pues á pesar de vuestros pocos años leo no poca experiencia en las líneas de vuestro rostro; en vos, la llamo... Bien; no la llamaré vicio. Pero puesto que os comparáis con una mosquita, bien quisiera yo tener una tela de araña para sujetaros, porque entonces aunque forcejáraís, la lasitud al fin os haría ceder. No: no quiero

daros poder sobre mi vida, y sobre mis potencias, y sobre mi nombre, y sobre mi gloria; pero ¿porqué en cambio no me pedís otra merced? ¡Por la cruz de Cristo, que he tenido demasiada confianza en vos!

Bibiana entonces, como la más sencilla y tierna doncella que jamás esperó á un amante junto á algún molinete de aldea, contestó con los ojos llenos de lágrimas: — ¡Oh maestro! ¡No os enojéis con vuestra sirvienta! Acariciadla para que vea que la habéis perdonado. La infeliz no tiene valor para pedir os otra merced. Me parece que no debéis conocer una tierna canción que una vez oí cantar á Sir Lanzarote. Escuchadla, maestro: ella responderá por mí.

En el amor, si es firme y verdadero
fé y desconfianza á un tiempo haber no puede:
quién no cree en algo, dudará de todo.

Una rendija apenas perceptible,
poco á poco al laud dejará mudo.
Quién duda de algo, dudará de todo.

La peca acaba por podrir el fruto,
y al laud deja mudo una rendija.
Quién empieza á dudar, duda de todo.

¿Me crees indigna de tu amor? Olvida.
¿Me olvidarás? ¿Dime que no, querido!
No creas nada ó ten confianza en todo.

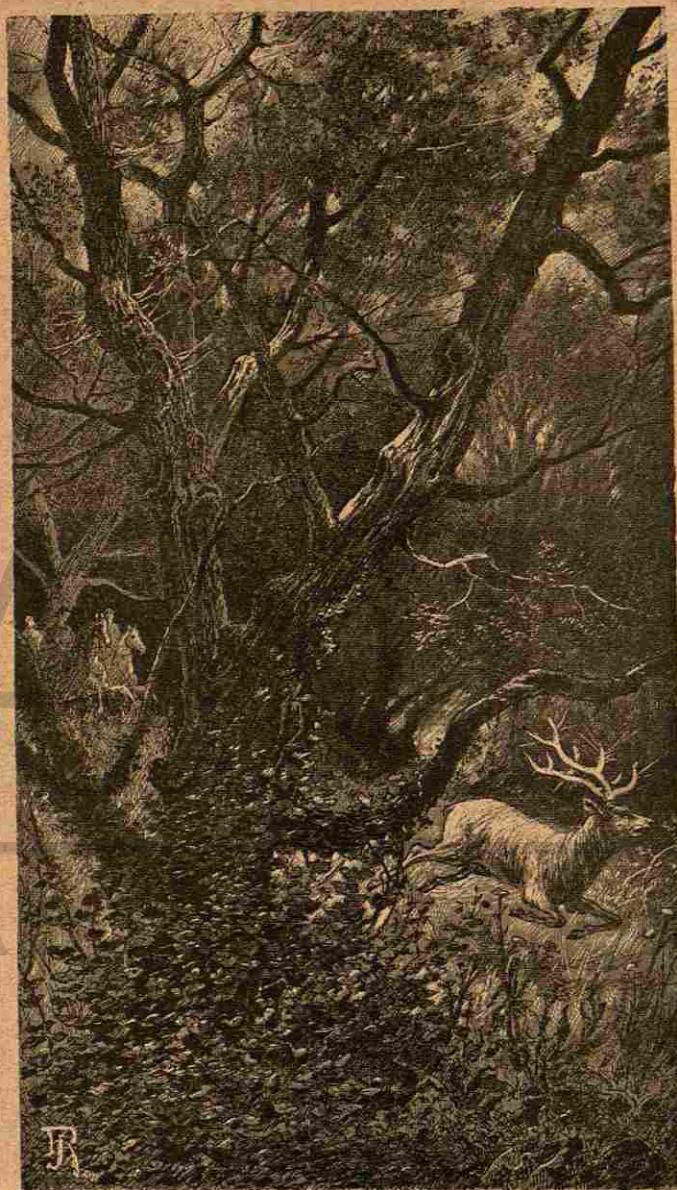
¡Oh maestro! ¡Decidme! ¿Os agrada mi tierna canción?

*
* * *

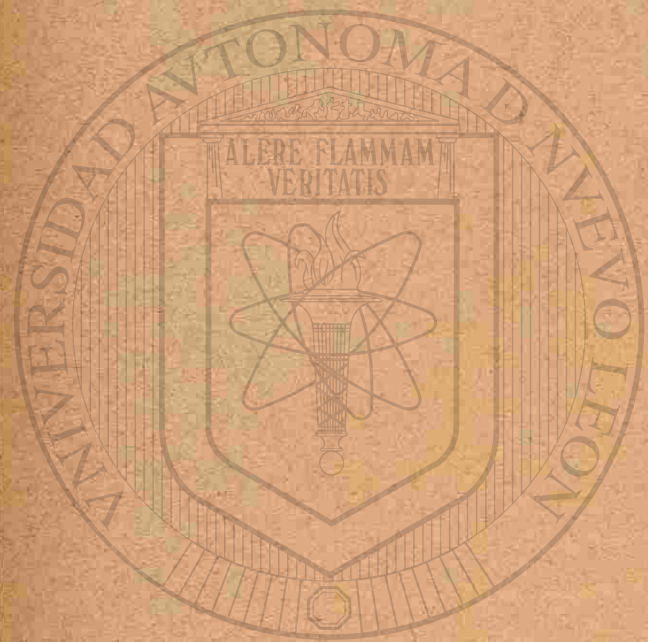
Mirábala Merlín fijamente, y poco le faltaba para creer en la sinceridad de sus palabras. ¡Era tan dulce su voz, y su acento tan tierno! ¡Era su rostro tan hermoso! ¡Brillaban tan dulcemente sus ojos detrás de las lágrimas, como brilla el sol en la llanura después del aguacero! Con todo, el profeta respondió medio indignado:

¡Cuán distinta era la canción que un día oí cantar junto á este enorme roble, casi en el mismo sitio en que estamos sentados! Habíamos reunido aquí diez ó doce amigos con el objeto de cazar un animal que en aquel tiempo abundaba en estas bravías selvas: el ciervo de dorados cuernos. Fué entonces cuando por primera vez se habló de fundar una Tabla Redonda, una Orden que por el amor á Dios, á los hombres, y á las nobles acciones que distinguiría á sus miembros todos, había de ser el ornamento y el orgullo de la tierra. Y enardecidos con esta idea generosa, nos incitábamos mutuamente á la realización de nobles acciones. Había principalmente uno, que por cierto era el más joven de todos, á quien no podíamos hacer callar: tal era su entusiasmo que rayaba en delirio. Inspirado por la sed de los combates y de la gloria, púsose á cantar una canción tan ardorosa, tan marcial; dejó oír tan bélicos sonidos semejantes al choque de las espadas, al toque

de los clarines y al relinchar de los caballos; y terminó de una manera tan solemne y severa, que, locos de entusiasmo, ansiosos de pelear, nos hubiéramos arrojado los unos sobre los otros, sino porque en aquel instante un hermoso ciervo, espantado por el ruido, se levantó de entre nuestros piés y corrió como un espectro de plata por la oscura selva. Lanzámonos á escape tras él y le perseguimos durante todo el día, sin que el furioso viento que nos azotaba el rostro disminuyese la rapidéz de nuestra carrera. Mantenía nuestro ardor y nos estimulaba el eco de la hermosa canción, que durante todo el día no cesó de resonar en nuestros oídos. Así durante todo el día seguimos al ciervo guiados por las llamaradas que salían de sus cuernos de oro, hasta que desapareció junto al pozo de las hadas; el famoso pozo que se rie del hierro cuando los niños echan en él alfileres y clavos, y gritan: — ¡ Rie, pocillo! — pero que si se le toca con una espada, se agita y zumba furiosamente. Allí perdimos de vista al ciervo, y no nos fué ya posible dar con él. ¡ Pero qué hermosa, qué sublime canción era aquella! La vuestra es sin duda muy dulce, Bibiana, y con todo, cuando la cantabais, parecíame como que conocíais ya el maldito hechizo, y que estabais probándolo en mí; sentí que sin morirme se apoderaba de mí la horrible inmovilidad de la muerte, y que iba menguando poco á poco la esplendorosa gloria de mi nombre.



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Mi nombre y mi gloria han menguado hasta borrarse ; — dijo Bibiana sonriendo tristemente. — Mi nombre y mi gloria han menguado hasta borrarse , y todo por vos ; todo porque creyéndoo triste y deseando consolarnos , os he seguido á este desierto bosque. ¡ Ved lo que son los corazones de los hombres ! Nunca se elevan ellos á la gran altura á que , en alas de la abnegación , sube el corazón de la mujer. Y tocante á la gloria , aunque sé que desdeñáis mi canción , he de cantaros dos estrofas más. De este modo continúa la dama , dirigiéndose á su amante :

Dejé mi nombre por tomar el tuyo,
y por eso , si logro adquirir gloria,
no será para mí , mas tuya toda.

En cambio , si afrentaras tu apellido,
tu vergüenza sería mi vergüenza.
Si es que fías en mí , fiame en todo.

— ¿ No es verdad , maestro , que la dama tiene muchísima razón ? Además , esta canción es como el hermoso collar de perlas de la reina , que se rompió durante el baile , desparramándose las perlas en el suelo ; algunas se perdieron , otras fueron robadas , y otras conservadas como preciosas reliquias. Y así como en aquel hermoso collar jamás las dos perlas hermanas corrieran por el hilo de seda á besarse sobre el blanco cuello de la reina,

así también las estancias de esta canción andan dispersas en muchas manos, y cada trovador las combina y canta á su manera. Hay sin embargo en la canción una estrofa que ninguno olvida, y que, por la gran verdad que encierra, es, como quien dice, la perla de las perlas.

Corre en pos de la gloria ansioso el hombre,
mas la mujer tan solo en amar sueña,
para ella amar y ser amada es todo.

El amor, aunque sea de lo más basto que darse puede, se apropia, para sus goces, de alguna parte del real y tangible presente; vive de la realidad, y sin curarse de vanas palabras, disfruta cuanto puede, sin importarle nada lo demás. En cambio la gloria, la fama póstuma no vale nada, porque ¿qué ganaremos con que nos ensalcen después de muertos? Ni son muy apetecibles el renombre y la gloria durante la vida, pues los hombres verdaderamente grandes se ven perseguidos y denigrados por los pequeños, que creen, ó aparentan creer, que su grandeza es hija del infierno, como si la luz pudiera ser hija de las tinieblas. Bien sabéis que la envidia os llama hijo del diablo, y que siendo, como sois, el maestro de todas las ciencias y de todas las artes, quieren haceros pasar por el maestro de todo vicio y de todo mal.

Entonces Merlin, poniendo la mano entre las de la joven, dijo de este modo: — Buscando yo un día una planta mágica, ví sentado en el campo á un joven escudero que habia hecho un escudo de madera y estaba pintando en él unas armas á su capricho; un águila azorada



de oro en campo de azur, y en el franco cuartel el sol, con este lema: *Voy en pos de la gloria*. En cuanto hubo terminado, me apoyé en su hombro, y sin decir una palabra, tomé el pincel, y borrando el mote y el águila, puse en su lugar un jardinero haciendo un ingerto, con esta divisa: *Prefiero el trabajo á la fama, y el combate á la gloria*. ¡Si hubieséis visto cuán encendido se puso de vergüenza! Pero después fué un valiente caballero. — ¡Oh Bibiana! Yo creo que sinceramente creéis amarme mu-

cho, y en cuanto á mí, estoy muy seguro de amaros algo. ¡ Descansad , pues ! El amor debe descansar en sí mismo, y en sí mismo debe encontrar placer ; no le conviene mostrar demasiada curiosidad , no le conviene mostrarse demasiado anheloso de obtener , contrariando el gusto y la voluntad de la persona amada , una irrazonable prueba de amor. La gloria , que no es más que un incentivo , mayor aun que el amor , para servir al género humano , debe hallar en sí misma poco descanso y poco placer ; debe trabajar incesantemente como vasalla de aquel amor más grande , del amor á la humanidad entera , amor ante el cual el amor de un sér á otro sér parece un pigmeo insignificante. Al trabajo sin tregua , á la actividad incesante debí primero la gloria ; luego , esta fué creciendo rápidamente , y abriendo nuevos y más vastos horizontes á mi actividad. Ese es el secreto de mi poder. ¿ Qué otro secreto de más valor pudiera revelaros ? Porque he querido aumentar sus luces , ensanchar sus conocimientos , las gentes han tratado de denigrarme ; por eso la vil envidia me ha llamado hijo del diablo y maestro de todo mal. No de otro modo un animal enfermo y débil trata de defenderse hiriendo al que le vá á curar , y cuya superioridad y buenas intenciones desconoce ; pero tal vez errando el golpe , se hiere en su propio corazón al retirar con violencia la formidable garra. Dulce y sosegada era mi existencia cuando yo era enteramente desconocido , pero cuando mi nombre fué exaltado la tempestad se desató sobre la montaña , y yo no hice el menor caso de ella.

Bien sé que á la fama acompaña el vilipendio , que con la alabanza vá mezclado el insulto ; más es fuerza que yo lleve á cabo mi obra. En cuanto á la otra fama , á la fama después de la muerte , no hago caso de ella , pues nada vale , á lo menos para quién , como yo , no tiene hijos. ¿ Qué me importa , si yo no he de oírlo , el cacareo , mas ó menos apacible , que los que aun no han nacido dejarán oír sobre mi sepultura ? Paréceme una cosa tan remota , tan vaga , tan incierta como aquella nebulosa que ocupa el segundo lugar en una fila de estrellas semejante á una espada suspendida de un tahalí formado por otras tres mas resplandecientes (1). Cada vez que contemplo aquella estrellita , no puedo menos de pensar en algún gran hechizo practicado allí para reducir á la nada la fama que tanto envanece á los hombres. Así pues , si temo daros poder sobre mí comunicándoos mi secreto , enseñándoos á operar el maleficio ; si temo que por mucho que creáis amarme ahora os burléis de mí pérfidamente cuando tengáis el poder que hoy os falta — del mismo modo que los hijos de los reyes , amables tal vez en su menor edad , se truecan en tiranos al empuñar el cetro — no es que me espante la pérdida de la fama , sino más bien la pérdida de la actividad. No quiero , no , exponerme á dejar mi obra inacabada. No por perversidad de corazón , sino en algún desenfrenado rebato de

(1) El *tahali* y la *espada* de Orión.

cólera, pudiérais operar el maleficio sobre aquel á quien decís que amáis tan tiernamente. Tal vez un día, llevada de un afecto extremado y violento, se os antojaría apartarme del resto de los mortales, y poseerme entera y exclusivamente. Tal vez obedeciendo á un súbito impulso de mujeriles celos, ensayarais el encanto en aquel á quien según decís, amáis con toda el alma.

— ¿No he jurado acaso? — dijo Bibiana con bien simulada indignación. — ¡Bueno! ¡bueno! Ya veo que no se me cree. Pero no importa. Guardad vuestro secreto; guardadlo, que yo lo encontraré. Y entonces, cuidado con Bibiana! En verdad, no sería extraño que una mujer á quien no se cree, tuviese algún rebato de cólera hijo de vuestra desconfianza; y me parece muy exacto el primoroso epíteto que aplicáis á mi amor. Si; un amor tan profundo como el mío, y tan mal correspondido, bien merece que se le llame violento. Lo que me maravilla es que, tratándome como me tratáis, pueda yo amaros lo más mínimo. Y ya que habláis de celos mujeriles, ¿por qué no estaría celosa? Si vos mismo no fuérais celoso, y si además no quisieseis despertar mis celos, ¿para qué hubierais inventado ese lindo hechizo? Segura estoy de que en todos los países de la tierra tenéis acá y allá enjaulada una moza entre los cuatro muros de una torre de la cual no es posible escapar.

Alegremente contestó el gran maestro, diciendo: — Como no soy de palo, á muchas bellas amé en la amante juventud, y no necesitaba entonces, para mantenerlas á mi devoción, otro hechizo que el del amor y la juventud. Ahora, ese corazón vuestro tan lleno de amor me tranquiliza tanto como pudiera tranquilizarme un hechizo. No os encantaré pues. En cuanto á los que inventaron ese encanto y por primera vez se sirvieron de él, sus muñecas están ya separadas de las manos que se agitaron al pronunciar las mágicas palabras, y desencajados del tobillo están los pies que siglos atrás pasearon en torno del encantado. ¿Queréis que en premio de vuestra canción os refiera la leyenda del hechizo que de tal manera turba vuestro reposo?

— Había en otro tiempo en lo más remoto del Oriente un rey menos viejo que yo, aunque en realidad mucho más viejo, pues mi sangre, como procedente de un manantial superior, tiene vigor para más tiempo. Y sucedió que buscando un buen surgidero entró en el principal puerto de sus estados el barco de un pirata de curtido rostro que había saqueado más de veinte islas desconocidas, y que últimamente, pasando al rayar el alba junto á otra

isla que también pensaba saquear, vió á los habitantes de dos ciudades peleando en el mar en mil navichuelos por la posesión de una mujer, y lanzando su negro y temido bajel entre los combatientes, los dispersó rápidamente y se apoderó de la dama, no sin perder en la refriega la mitad de sus hombres, que fueron muertos á saetas. La cautiva era una doncella tan delicada, tan blanca, tan maravillosamente bella, que dejaba deslumbrados á cuantos la veían; y como el pirata se negara á entregársela al rey, éste hizo que le empalaran en castigo de su piratería, y se casó con la doncella. Por desgracia, los ojos de la hermosa isleña hicieron, aunque involuntariamente, una guerra tal á los mancebos del reino, que innumerables fueron los que enfermaron; veíanse cada día menos concurridas las asambleas que entendían en los asuntos del Estado, y notaba el rey que era cada vez menor el número de sus consejeros, y que sus ejércitos menguaban de una manera alarmante, porque como un poderoso imán atraía ella los corazones de hierro de los viejos guerreros, por muy orinientos que estuviesen. Las bestias mismas la adoraban; los camellos se arrodillaban ante ella espontáneamente, y aquellos enormes animales que sobre el lomo semejante á una montaña llevan castillos, y soldados, y reyes rodeados de su séquito, doblaban las negras rodillas en señal de homenaje, y por verla sonreír, hacían sonar, con la estupenda nariz que les sirve de manos y que se enrosca como una serpiente, los cascabeles de oro que adornan sus tobillos. ¿Qué extraño es pues

que el rey estuviera celoso, ni que tomara la determinación que tomó? Dispuso que enviados suyos recorrieran en todas direcciones los cien reinos sujetos á su domi-



nio, y que convocando al pueblo á són de bocina, hicieran conocer á todos el deseo del rey de encontrar un hechicero capaz de encantar á la reina de manera que en adelante solo existiese para el rey su esposo. Al sabio que

operara tan singular prodigio, se le ofrecía una recompensa mayor que la que rey alguno ha dado jamás: una lengua de montañas llenas de minas de oro, una provincia con cien millas de costa, un palacio hermosísimo, y una princesa más hermosa aún. En cambio, el rey, para evitar que de todas partes lloviesen falsos ó poco hábiles hechiceros, y para que no se burlasen de él los charlatanes, ordenó que cuantos intentaran operar el hechizo y no lo consiguieran, fuesen decapitados y sus cabezas colocadas en escarpas sobre las puertas de la ciudad. Y hubo muchos que sin dejarse intimidar por tan terrible sentencia, tentaron fortuna y vieran frustrados sus esfuerzos, porque sus pobres encantos se estrellaban contra el encanto superior de aquella naturaleza privilegiada. Y muchas cabezas de hechiceros blanquearon al sol sobre los muros; y durante muchas semanas una bandada de cuervos aficionados á la carroña estuvo suspendida como una nube sobre las torres de la puerta de la ciudad.

* * *

Aquí llegaba el sabio Merlin, cuando Bibiana le interrumpió, diciendo: — Esa historia me deleita grandemente, más me parece que al contarla se te ha ido un poco la lengua. Y sino, interrógate á ti mismo. Segura estoy de que jamás fué *involuntaria* la guerra que la dama hacía con sus hermosos ojos; sin duda encontraba placer en ello, y daba á su buen esposo no solo sueños sino

también reales motivos de celos. Por otra parte, ¿no había dama ni doncella alguna á quien irritara la pérdida de un amante? ¿Eran todas tan mansas, quiero decir tan nobles y generosas, como bella su afortunada rival? ¿No había dama ni doncella que se atreviera á arrojar á los ojos de la reina algún licor que los cegara para siempre? ¿No había alguna que echara un mortífero polvo en su bebida, ó que la hiciera palidecer y perder su hermosura con el perfume de una rosa envenenada? ¡Bien, bien! Aquellos tiempos no se parecían á los nuestros. — ¿Pero encontraron por fin el hechicero que buscaban? Ansiosa estoy de saber si se parecía á ti. ¿Se parecía á ti, maestro?

Al decir estas palabras, Bibiana estrechó más fuertemente al anciano con el flexible brazo con que rodeaba su nervudo cuello, y luego, echando un poco hacia atrás la cabeza, dejó que sus bellos ojos hablaran en su lugar, brillando sobre el mago como los de una recién casada sobre su señor, su amado, el primero y el mejor y el más querido de los hombres.

— No; no se parecía á mí — contestó Merlin riendo. — Afortunadamente para el rey, que empezaba ya á desanimarse, sus forrajeadores de hechizos encontraron al

fin, en lo más ignorado de un vastísimo yermo, un hombrecillo de reluciente calva, que allí vivía enteramente solo, alimentándose de yerbas; un hombrecillo que no tenía más que un solo libro, pero que estudiaba en él con el más vivo ardor, y que á fuerza de estudio y de meditación, enflaquecía tan continua y visiblemente que no pa-



recía sino que todos los días y durante muchas horas rallaban y limaban su cuerpo por todas partes. Tan flaco llegó á ponerse que sus ojos parecían monstruosamente grandes, y causaban espanto. Solo el pellejo le quedó, que le servía de cuébano, canasta ó saco para llevar de un lado á otro sus costillas, su espinazo y demás miserables huesos. Y como tenía la imaginación siempre fija en un solo objeto, como no comía carne ni probaba vino, y como jamás experimentaba deseo alguno sensual, llegó un tiempo en que el muro que á los espíritus separa de los hombres que hacen sombra, fué para él tan transparente

como el cristal; así es que á través del mismo vió y oyó hablar á los espíritus, y aprendió sus más fundamentales secretos, y todo el alcance de sus potencias y facultades. Y muchas veces, ganoso de hacer uso de la adquirida ciencia, tendía sobre el ojo brillantísimo del sol una nube negra como la tinta, semejante á un párpado inmenso, que al poco rato empezaban á surcar los relámpagos seguidos de truenos ensordecedores. Ó cuando al mediodía se amontonaban las nubes por todas partes, y la montaña y sus tómulos no eran más que una sombra, y el viento rugía en el pinar, y una lluvia torrencial limpiaba, azotándola fuertemente, la superficie del lago cubierta de verdín, hacía que el sol brillara de súbito en todo su esplendor, volviendo á la tierra la paz y la alegría. Tal era el hombre que se alimentaba de yerba. Y como se negara á salir de su desierto, le llevaron por fuerza ante el rey, y enseñó á éste la manera de encantar á la reina de modo que en adelante ningún hombre pudiese verla, ni ser visto por ella, como no fuese el rey. Y el rey la encantó, y ella quedó, no muerta pero inmóvil; viva, pero sin poder hacer uso alguno de la vida. Mas cuando el monarca ofreció al encantador la legua de territorio cubierto de minas de oro, la provincia con cien millas de costa, el palacio y la princesa, el viejo se volvió al yermo, y continuó viviendo allí y alimentándose con yerba. Y enflaqueciendo cada día más, se disipó al fin por completo, como se disipa una nube, y el libro vino á mi poder.

—¡Ah!— dijo Bibiana sonriendo con descaro.—
¡Tienes el libro, y el hechizo está escrito en él! Pues bien; sigue mi consejo, y enséñamelo enseguida. Porque por muy bien que lo ocultes; aunque lo encierres en un arca, y esta en una mayor, y ambas en una tercera, y así sucesivamente; aunque cada arca tenga treinta cerraduras y otros tantos candados; y aunque lo entierres todo bajo en montón de tierra tan grande como el que después de una gran batalla sirve para llenar la hondonada donde se hacinan los cadáveres, yo haré cavar hasta donde sea necesario, y abriré las cajas, encontraré el hechizo, y he de leerlo. ¿Y quién me culpará entónces, si se me antoja probarlo?

*
*
*

Rióse Merlin del modo que un sábio maestro se rie de los asertos de un presuntuoso que no es de su escuela, ni de escuela alguna, como no sea de aquella en que á todas horas, y con intolerable locuacidad y sin igual descaro, deja oír la ignorancia, desnuda y ciega, su desatentado juicio sobre todas las cosas; rióse Merlin de la presunción de Bibiana y dijo:

*
*
*

—¡Leer el libro! ¡Leerlo tú, mi linda Bibiana! En verdad, solo tiene veinte páginas, y cada página tiene un márgen anchísima, y cada márgen encierra en el centro un cuadrado de texto que parece un borroncillo, y el texto no es mayor que los miembros de las pulgas, y en cada cuadrado de texto hay un horrible maleficio escrito en una lengua extinguida hace ya mucho tiempo, tanto tiempo que desde entónces han surgido de la tierra nuevas montañas, y se han formado á sus piés ciudades populosas. Y cada márgen está enteramente cubierta de garabatos, en apretadísimos renglones cruzados por otros no menos apretados. Y en esos garabatos se encierran la exposición del texto, los comentarios y la mas compacta condenación de cada encanto, todo ello igualmente oscuro para la vista y para el entendimiento; pero las largas noches de vigilia que en mi dilatada existencia he consagrado á descifrarlo, lo han hecho fácil y claro para mí. Y nadie, ni yo mismo, puede leer el texto; y nadie, escepto yo, puede leer el comentario. Y en el comentario fué donde encontré el hechizo. ¡Oh, la cosa es muy sencilla! Un niño podría usar de él en perjuicio de cualquiera, sin que luégo fuese posible remediar el mal causado. No volváis, pues, á pedírmelo; porque aunque no lo ensayéis en mi persona y seáis fiel al juramento que habéis hecho, podiais tal vez ensayarlo en algún caballero de la Tabla Redonda, y todo porque se os figura que murmuran de vos.

*
*
*

Al escuchar estas palabras, Bibiana se puso ceñuda, y mostrando también en su acento el enojo, que esta vez era real y no fingido, exclamó: — ¿Qué osan decir de mí esos embusteros? ¿Qué se atreve á decir de Bibiana esa gavilla de glotonés bien cebados? Son esos los que juraron cabalgar sin descanso por todas partes, vengando injurias y enderezando entuertos? Sí; pero prefieren pasar el tiempo comiendo y embriagándose; siempre se les encuentra sentados en la mesa, destrozando la carne con el cuchillo, ó con la cuerna llena de vino en la mano. ¿Son esos los que han hecho voto de castidad? Bien podría yo, si no fuese mujer, contaros una historia acerca de esto. Pero vos que sois hombre adivináis sin duda esa vergonzosa historia que por vergüenza no se puede contar. ¡No quisiera que ninguno de esa inmunda piara me tocase! ¡Ah, cerdos!

* *

— Enorme, pero vaga, es la acusación que lanzáis; — dijo Merlin, sin dar importancia á las palabras de la furiosa joven. — Seguro estoy de que es hija de vuestro mal humor, y de que no tiene fundamento alguno. Si algo sabéis, ¿por que no acusáis de una manera explícita y formal!

* *

La jóven, sin desarrugar el entrecejo, contestó irritada: — ¡Oh sí! ¿Qué decís de Sir Valence, á quien su pariente, al partir para un país lejano, confió su esposa y dos hermosos niños, rogándole que cuidara de ellos durante su ausencia, y que á su regreso, al cabo de un año, se encontró no con dos niños sino con tres? ¡Allí, junto á la madre, estaba la criaturilla, que aun no tenía una hora! ¿Qué dijo el dichoso padre? Un sietemesino hubiese sido un regalo mejor y más legítimo. Aquellas doce lunas oscurecían su paternidad.

* *

— No es eso así, — dijo Merlin; — yo conozco esa historia. Sir Valence se casó con una dama extranjera, de quién al poco tiempo se vió obligado á separarse, no sé por qué causa. Una criatura que tuvieron vivía con su madre, pero falleció la infeliz, y el pariente de Sir Valence, á quien sus propios negocios habían llevado por aquella tierra, recibió de éste el encargo de llevarle el niño, que habia quedado sin amparo. Él fué, pues, quien lo llevó á casa de Sir Valence, y mal podía, por lo tanto, haberlo encontrado en la suya. Esa es la verdadera historia.

* *

— ¡Oh sí! — dijo Bibiana. — Demasiado verdadera. ¿Y qué os parece del amable Sir Sagramore? ¿Qué os

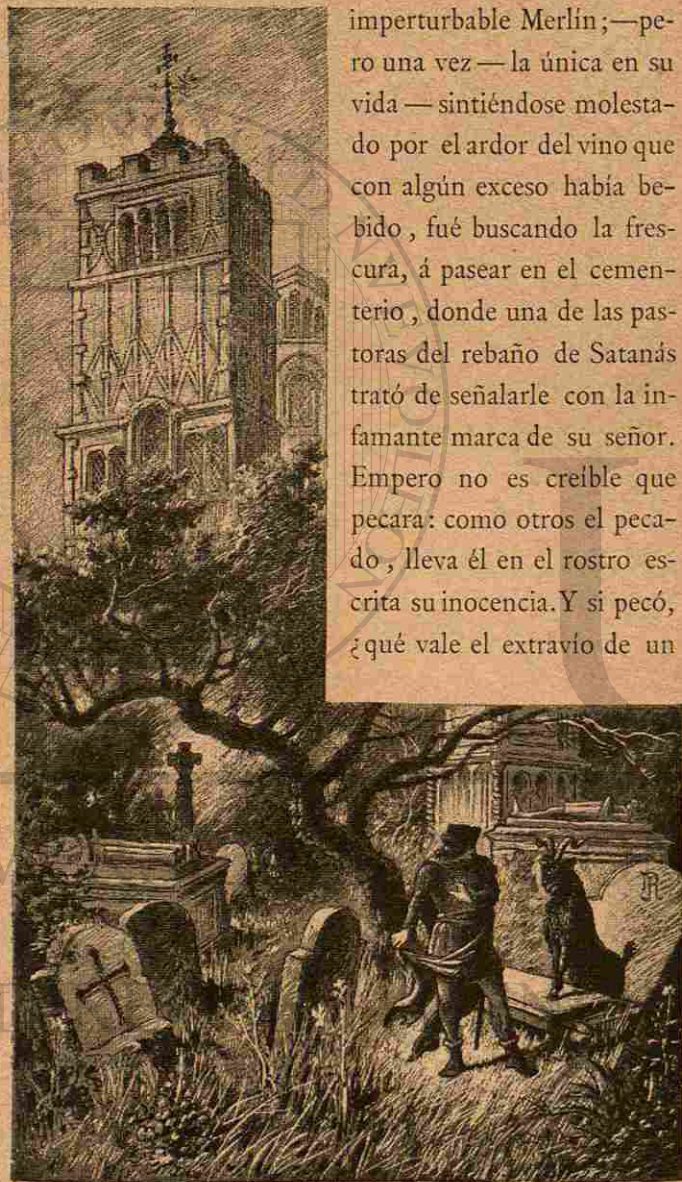
parece de ese fogoso amante? No ignoraba él sin duda lo que dice la copla: *Me parece que no es traición, coger el fruto cuando está en sazón.* Lo mismo se puede decir de las flores. Se deben coger cuando están en toda su frescura, en toda su fragancia, en todo su esplendor, sin esperar á que empiecen á ponerse místicas... ¿Qué diremos de Sir Sagramore, maestro? ¿Le llamaremos precipitado, ó impaciente, por haber cogido su fragante rosa antes del tiempo?

— Quién muestra verdadero y muy censurable apresuramiento eres tú, Bibiana; — dijo Merlin. ¡Qué pronto has cogido la feísima pluma desprendida del ala de aquella inmunda ave de rapiña que sólo se alimenta de la calumnia, y que se complace en desgarrar la buena fama de los hombres! Jamás Sir Sagramore faltó en lo más mínimo á su novia; siempre la respetó cual cumple á un honrado caballero. Bien conozco esa historia. Retirábase una noche á su cámara, cuando una furiosa bocanada de viento extinguió la antorcha que llevaba en la mano, dejándole de pronto sumergido en la más completa oscuridad. Vióse, pues, perdido en el intrincado laberinto de aposentos y corredores del palacio de Arturo, y obligado á buscar á tientas la puerta de su cámara, que al fin creyó reconocer palpando los adornos esculpidos en el marco. Y como estaba muy fatigado, entró enseguida en el lecho,

y se durmió, sin notar que en el lecho había otra persona. El uno al lado del otro durmieron, pues, aquella noche, sin saberlo, el honrado caballero y la casta y pura doncella, hasta que la aurora fué á despertarlos atravesando la rosa real que daba luz al palacio, y sonrosando sus juveniles rostros, que la vergüenza sonrosaba también al mismo tiempo. Entonces el caballero se levantó sin decir una palabra, y se fué; pero el suceso se divulgó en la corte, y la gente ahulló de tal modo, llegaron á sus oídos tan brutales y groseras calumnias, que se vieron obligados á casarse, y afortunadamente son felices, porque son virtuosos.

— ¡Oh sí! — dijo Bibiana. — Esa historia podrá no ser cierta, pero es por lo menos muy verosímil. ¿Y qué me decís del buen Sir Percivale, y del feo pecado, de la horrible profanación que cometió ese piadoso mancebo, ese immaculado cordero de Cristo, ó mejor dicho, ese carnero negro del rebaño de Satanás? ¡Qué horror! ¡En el sagrado recinto del cementerio, entre las planchas de bronce de los sepulcros, y junto á los helados HIC JACETS de los muertos!

— Hombre sóbrio y honesto es Percivale, — repuso el



imperturbable Merlin;—pero una vez — la única en su vida — sintiéndose molestado por el ardor del vino que con algún exceso había bebido, fué buscando la frescura, á pasear en el cementerio, donde una de las pastoras del rebaño de Satanás trató de señalarle con la infamante marca de su señor. Empero no es creíble que pecara: como otros el pecado, lleva él en el rostro escrita su inocencia. Y si pecó, ¿qué vale el extravío de un

instante, borrado enseguida por el arrepentimiento? No es un desliz así, sino la práctica del pecado, que corrompe el alma, la que nos sella con su infamante marca, para que se sepa á que rebaño pertenecemos; pues si así no fuese, sería peor que todos el santo rey cuyos salmos se cantan en el templo. Pero, ¿no se ha desbordado aún por completo la espuma de vuestra cólera? ¿Tenéis aún algo que decir?

*
* *

— ¡Oh si! — dijo Bibiana, todavía irritada. — Aun tengo que decir. ¿Qué os parece de Sir Lanzarote? ¿No es un amigo traidor? ¿O querréis también sostener lo contrario? ¿Son ó no públicas sus criminales relaciones con la reina? ¿Las publican á gritos en la calle los muchachos, ó sólo se habla de ellas cuchicheando en los rincones del alcázar? ¿Sabéis algo, Merlin?

*
* *

— Sí; — contestó el mago tristemente. — Cuando, concertado el enlace de Arturo con la bella hija de Leodográn, fué Lanzarote como embajador á buscarla á la corte de su padre, ella le vió llegar de la ventana de su aposento, y según dicen, le tomó por el rey su novio, y se enamoró de él perdidamente. No hablemos de eso. ¿Más no tenéis una palabra de alabanza para Arturo, incomparable rey y hombre sin tacha?

*
* *

— ¡Hombre! — dijo Bibiana soltando una burlona carcajada. — ¿Es hombre acaso el que sabe que se le afrenta, y lo tolera? ¿Es hombre acaso quien como él sabe lo que es y lo que hace su bella esposa, y lo consiente? El buen rey cierra los ojos, y quiere que los cierren también todos sus caballeros, y que no vean la pecaminosa conducta de Lanzarote y de la reina. ¡Infeliz! Más culpa que nadie tiene él mismo de la infidelidad de la esposa y de la traición del amigo. Si no fuese por respeto á mi sexo, daría yo al rey el lindo nombre que el vulgo aplica á hombres de esa estofa. Si no fuese quien es, si no fuese el rey, le llamaría necio, cobarde y mentecato.

*
* *

Entonces Merlin, cansado de oirla hablar así de aquellos á quienes más amaba, pensó: — ¡Oh mi señor y dueño! ¡Oh mi rey! ¡Corazón tierno y leal! ¡Prodigio de abnegación y de bondad! ¡Cumplido caballero! Tú juzgas del corazón ageno por el tuyo propio, y aun contra el testimonio de tus ojos, te empeñas en creer que todos los hombres son leales y puras todas las mujeres. ¡De qué modo tu immaculada inocencia es objeto de vituperio en los lábios de viles intérpretes de torcido entendimiento y de groseros instintos; séres tan inmundos como el fan-

go de la calle, y para quiénes es, y tiene que ser ininteligible la extremada delicadeza de tu corazón nobilísimo!

*
* *

Pero Bibiana, creyendo á Merlin abrumado bajo el peso de los ejemplos que para probar la corrupción de la Tabla Redonda había amontonado, recomenzó con redoblado brío, é hizo que su lengua, como llama furiosa que nada respeta, se cebara en los más nobles y respetados nombres. Habló tanto la joven denigrando á éste y al otro, imputando á cada uno todo el mal de que ella misma era capáz, y rebajando á todos de tal suerte, que al fin llegó á negar hasta la bravura de Lanzarote y la castidad de Galahad.

*
* *

Sus palabras produjeron un resultado contrario al que ella deseaba. El mago frunció el ceño, haciendo con el espeso matorral de sus cejas un nevado tejazoz para sus hundidos ojos, y murmuró: — ¡Decirle el hechizo! Luego, en cuanto lo supiese, desataría otra vez contra todos su terrible lengua para obtener otro secreto, y de no revelárselo, redoblaría sus injurias. ¿Qué ha dicho la disoluta? ¿Qué el hombre no puede elevarse á tanta altura como la mujer? Yo creo que apenas puede hundirse tanto; pues, á lo más, los hombres distan entre sí tanto

como el cielo de la tierra, mientras que la peor de las mujeres dista de la mejor tanto como el infierno dista del cielo. Bien conozco á los caballeros de la Tabla Redonda, mis antiguos amigos; todos valientes, y muchos generosos, y algunos castos. Seguramente ha sido desdeñada por alguno de ellos, y trata de encubrir su despecho con infames mentiras. Habla tan ágridamente, que no dudo trató de tentarles y no lo pudo conseguir. Falla á veces la trama mejor urdida, y no siempre ha de servirles á las rameras el que, no contentas con pintarse el rostro, pinten también y disfracen su lenguaje con colores al parecer sacados del corazón, pero que no les pertenecen. No quiero, no, revelarles mi secreto: casi siempre las personas más dadas á la murmuración son también las más zalameras, y no dudo que pretende engañarme. Los que más inclinados se muestran á imputar á otros un crimen determinado, son los que más dispuestos están á cometerlo; lo único que hacen es achacar á los demás todas las deformidades de su propia conciencia. Por no ser menores que los demás, tratan de rebajarlos á su exígua talla, y con gusto arrasarian las montañas porque todo quedase bajo, y al mismo nivel. En esto las rameras se parecen á la multitud, que cuando vé alguna mancha en una persona de calidad, se alegra de que los más grandes sean tan pequeños, se llena de orgullo y de insano placer, y juzga á toda la humanidad por sus piés de arcilla, sin querer levantar los ojos y ver su divina cabeza coronada de fuego espiritual, y tocando á otros mundos. Cansado estoy ya de esta mujer.

*
*
*

El mago hablaba en parte de una manera audible, y en parte en voz muy baja que casi por completo se perdía entre el mohoso pellejo y el áspero y luengo vellón con que innumerables inviernos habían cubierto su cuello y su barbilla. Pero Bibiana, que continuaba sentada en las rodillas del viejo, viendo su mal humor y oyéndole murmurar dos ó tres veces la palabra *ramera*, saltó de su asiento, y se puso en pié, tiesa é inmóvil como una víbora helada. ¡Qué espectáculo tan odioso! ¡De qué horrible manera, entre aquellos carmineos labios formados para el amor, y exuberantes de vida, apareció, rechinando los dientes, el desnudo esqueleto de la muerte! La joven estaba pálida; la cólera, haciéndola respirar con más violencia, dilataba las ventanas de su fina nariz; y su mano, medio cerrada y temblorosa, fué á buscar algo en el cinturón. ¡Ay de Merlin, si hubiese encontrado allí una daga! Seguramente le habría atravesado el corazón, pues en un abrir y cerrar los ojos se cambia el falso amor en aborrecimiento. Más no encontró lo que buscaba. El mago en tanto permanecía sereno, mirándola sin pestañear; y ella, de pronto, empezó á llorar amargamente, como un niño que ha sido azotado. Lloraba, lloraba sin cesar, y parecía inconsolable; luego, su engañosa voz se dejó oír, entrecortada por los sollozos:

*
*
*

— ¡ Hombre cruel ! ¿ Qué canción ni qué historia recuerdan crueldad comparable á la suya ? ¡ Oh amor prodigado en vano ! ¡ Oh crueldad sin ejemplo ! ¡ Hombre despiadado ! Nada hay que la pobre Bibiana no hubiese hecho por ganar su confianza ; nada, por vergonzoso que fuese en apariencia , porque ¿ qué puede haber realmente vergonzoso cuando el amor es verdadero , y no como el vuestro ? No hay locura alguna que la desdichada Bibiana no hubiese hecho gozosa por ganar la confianza del que la ha llamado... del que le ha dado el nombre más injurioso que se puede dar á una mujer. ¿ Y todo por qué ? El único crimen de la infeliz ha sido su deseo de probarle , de saber que el que ama le pertenece enteramente.

La joven meditó un instante ; luégo juntó las manos lanzando un penetrante chillido , y exclamó : — ¡ Herido el corazón en sus más caras afecciones ! ¡ Hervida como el cabrito en la leche de su propia madre ! ¡ Asesinada con una palabra peor que una vida entera de martirio incesante ! Creí que , siendo grande , sería también dulce y benigno... ¡ Oh Dios ! ¿ Por qué no he amado á un hombre más pequeño ? De seguro hubiese encontrado en él un corazón más grande. ¡ Ay de mí , que halagando mi profunda pasión , me deleitaba viendo á los caballeros , á la corte , al rey , oscurecidos y eclipsados por vos ! ¡ Ay de mí , que me complacía en hacer á los hombres peores que

lo que son , por el gran placer que tenia en colocaros solo , enteramente solo , sobre el pedestal que mi amor os había erigido , para adoraros en él eternamente ! Me habéis contestado ya ; y en adelante , el camino de la vida , que tan florido me parecía con vos , sólo con vos , por guía y maestro , será para mí la escabrosa senda que serpea sobre los peñascos á la orilla del mar , y que de pronto se encuentra interrumpida y rota por algún derrumbamiento ocasionado por las olas ; ya no me queda más que arrastrarme al fondo de alguna lóbrega caverna , y allí , si los lobos no me devoran , morir á fuerza de llorar , víctima de vuestra indecible dureza , de vuestro rigor sin ejemplo.

* * *

Calló la joven , y alejándose un poquito , inclinó la cabeza sobre el pecho , como agobiada por el dolor. La cubrebra de oro que ceñía sus cabellos cayó al suelo , y soltándose la trenza , se desenroscó por completo. Bibiana rompió á llorar de nuevo , mientras que la selva se oscurecía más y más , pues ya la tempestad era inminente. El viejo en tanto sentía que su cólera se apagaba poco á poco , hasta que por fin la blandura de su corazón dió al traste con su cordura y su prudencia. Casi llegó á creer en la sinceridad de la joven , y compadecido de ella , la llamó para que fuera á guarecerse en el roble hueco. — Venid , — le dijo ; que va á estallar la tempestad. — Y como Bibiana no contestara , contempló él , penetrado de dolor ,

el palpitante seno, y el lloroso rostro que, como poseída de la más profunda aficción y de vergüenza, cubría ella en parte con sus hermosas manos. Luégo, sirviéndose de las más tiernas y conmovedoras frases, trató por tres veces de aquietar el encrespado mar de su corazón; pero fué en vano. Con todo, al fin ella se dejó vencer por el viejo, y del mismo modo que el pajarillo nacido y criado en una jaula vuelve voluntariamente á su prisión, fué otra vez á su antigua percha, y se instaló en ella. ¡Qué bien representó entonces la joven el papel de la doncella de tierno y sencillo corazón, oprimida bajo el peso de inmerecidos ultrajes! Sentada como antes sobre las rodillas, pero casi cayéndose de ellas, y con los ojos cerrados, no se sabe si de dolor ó de vergüenza, apoyaba su cabeza de diosa en el fornido pecho del anciano. Vió éste que una gruesa lágrima salía lentamente de entre los hermosos párpados, y entonces el benignísimo mago, más por bondad que por amor, rodeó con su brazo protector el escultórico cuerpo de la joven; pero ella desenlazándose al momento, se levantó y se puso en pié delante de él, en majestuosa actitud, con el rostro encendido y los brazos cruzados sobre el pecho, como una noble señora profundamente ultrajada. Y después de un instante de silencio, exclamó:

— Ahora, no debe haber ya nunca entre nosotros escenas de amor. Porque, si soy lo que groseramente me ha-



béis llamado, ¿qué puedo concederos que á vuestro tosco corazón le parezca digno de ser aceptado? Nada puedo ofreceros que merezca la pena de tomarlo. Me voy, pues. En verdad, sólo una cosa — mejor quisiera haber muerto tres veces que habéroslo pedido una sola vez — sólo una cosa podría ahora hacer que me quedara: esa prueba de confianza, tantas veces implorada en vano. Veo con pena, por la vil palabra que habéis pronunciado, cuanta razón tenía para dudar de vos, y para pedir os esa prueba de amor. Si me la concediéseis, podría tal vez — ¿quién sabe? — podría tal vez volver á creerlos. ¡Mirad! Lo que antes no era para mí más que un mero capricho, se ha trocado en imperiosa é imprescindible necesidad de mi corazón y de mi vida. ¡Adiós! No seáis demasiado severo al pensar en mí, pues temo que mi destino ó mi locura, que han hecho que por un hombre tan viejo desprecie la alegre juventud, quieren que os ame todavía. Pero, antes de dejaros, permitidme jurar una vez más que nada tramé contra vuestro reposo al pedir os que me enseñaseis el encanto; y si es que miento, ¡ojalá el justo cielo que me escucha y que tanto va ennegreciéndose, envíe un rayo que respetando todas las otras cosas, carbonice mi mañoso cerebro!

Apenas había acabado de hablar cuando la tempestad estalló de una manera espantosa, y un rayo del cielo fué



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á herir allí cerca un roble gigantesco, formando en su tronco profundos surcos, y sembrando el suelo de astillas. El mago alzó los ojos y vió el robusto tronco cuyos surcos brillaban en la oscuridad. Pero Bibiana, creyendo que el cielo había oído su juramento, y ofuscada por el espantoso relámpago, y ensordecida por el horrisono estrépito del trueno, corrió hácia el encantador, gritando: — ¡Oh Merlin, aunque no me amas, sálvame! Sálvame, Merlin! — Y la jóven se agarró á él, y le abrazó fuertemente, llamándole, casi muerta de miedo, su querido protector; pero sin que el miedo, le hiciese olvidar sus tretas y sus marrullerías, antes bien redoblándolas, y estrechando al viejo fuertemente entre sus brazos. La descolorida sangre del encantador tomó á su contacto más alegres colores, como el ópalo calentado. Ella se culpaba por haber repetido los cuentos y rumores que habían llegado á sus oídos; temblaba de miedo, y lloraba, y renegaba de su petulancia; le llamaba su señor y dueño, su profeta, su bardo, su argentada estrella de la tarde, su dios, su Merlin, el único apasionado amor de toda su vida, y mientras la tempestad seguía rugiendo sobre sus cabezas, y volaban en astillas las ramas de los árboles azotadas por el viento y por la lluvia que caía á torrentes; y los relámpagos se sucedían rápida, inundando de luz la oscura selva, é iluminando el venerable rostro de Merlin y el rostro bellísimo de la jóven, y retumbaba el trueno con estrépito ensordecedor; hasta que por fin, éxtinguida la fúria de la tempestad, dejó oír sus últimos rugidos, que más bien

parecían ya gemidos de dolor, y se alejó dejando en reposo la talada selva, y sucedió lo que no debía haber sucedido, pues Merlin, cansado de la charla de la joven y vencido por sus encantos, había cedido, le había dicho todo el hechizo, y se había dormido profundamente.

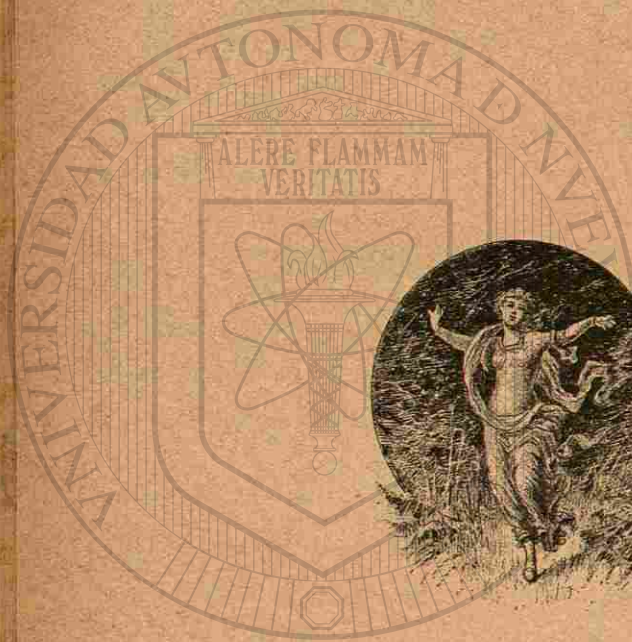
*
* *

Entonces ella, dando vueltas en torno del viejo, y moviendo las manos, y pronunciando las mágicas palabras, operó en un momento el terrible maleficio, y Merlin quedó en el hueco del árbol, como muerto y perdido para la vida, y para la actividad, y para la gloria.

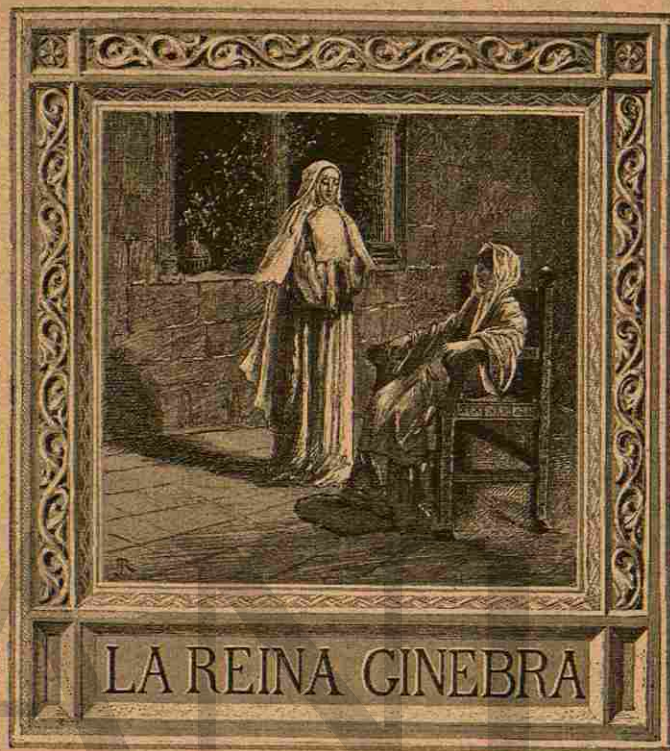
*
* *

— Su ciencia y su renombre me pertenecen ya; — dijo entonces Bibiana. Luégo, gritando: — ¡Oh necio! ¡le he robado su gloria! — y volviendo á gritar: — ¡Oh necio! — la ramera corrió dando brincos por el bosque, y la espesura se cerró tras ella, y ¡necio! ¡necio! repitieron uno tras otro los ecos del bosque.

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA REINA GINEBRA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

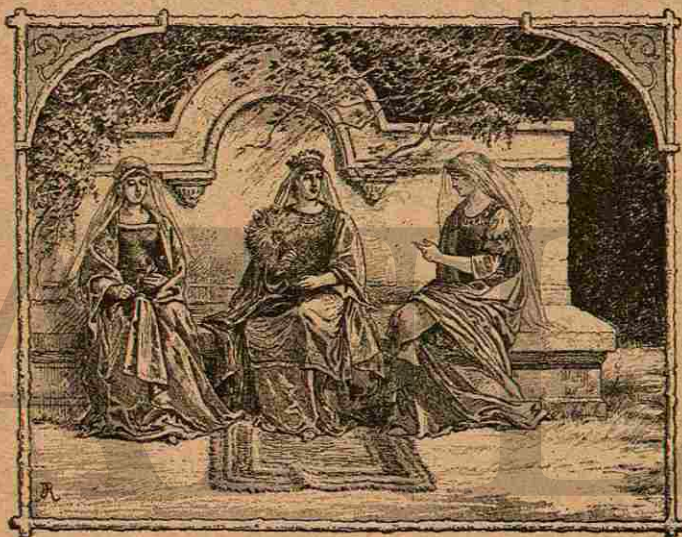
Una reina había huido de la corte, y estaba sentada allá en la santa casa de Almesbury, llorando! Solo había con ella una doncellita, una novicia. Iluminaba imperfectamente la estancia una débil luz, medio oscurecida por la invasora niebla que, adherida á la tierra como el sudario al rostro, iba extendiéndose por todas partes. Así es que la luna, aun

que llena, era invisible, y no podía enviar á la tierra su dulce resplandor. Imperaban la tristeza, la oscuridad y el silencio.

La esposa de Arturo se había visto obligada á huir de la corte y á buscar refugio en Almesbury por causa de aquel pérfido sir Modred, que cual astuto animal que agachado acecha su presa, pronto á brincar sobre ella á la primera oportunidad, esperaba, con los ojos fijos en el trono, alguna ocasión propicia para saltar á él y alzarse con el reino. Para preparar la ejecución de su alevoso intento el infame procuraba el desdoro del rey y la pérdida de su popularidad contestando con desdeñosa y significativa sonrisa á las alabanzas que de él se hacían; se juntaba con los señores del Caballo blanco, despreciable ralea del pagano Hengist (1) y trataba de romper la Tabla Redonda, de astillarla en bandos que sirvieran á sus traidores fines; y proseguía estos con más vivo empeño por profundo rencor á Lanzarote.

(1) El poeta se refiere á los sajones que se establecieron en la Gran Bretaña á mediados del siglo V, y cuyos primeros jefes fueron, Horas, que murió en la batalla de Aylesford, y Hengist, primer rey de Kent. (N del T.)

Porque sucedió que una mañana, cuando la corte toda, vestida de verde, pero con penachos de diversos colores como los que adornaban el mayo, había vuelto de celebrar, como de costumbre, la fiesta del Mayo, Modred, que todavía no se había despojado de su traje verde; Mo-



dred, todo ojos y oídos, subió á la tapia del jardín, dispuesto á espiar, si podía, alguna secreta infamia, y vió á la reina sentada entre Enid, la mejor de sus damas, y la ligera Bibiana (1), la más falsa y la peor de todas; pero

(1) Véanse los poemas del mismo autor titulados *Geraint y Enid* y *Merlin y Bibiana*, y mi artículo acerca de Alfredo Tennyson que vió la luz en una Revista de Madrid y fué reproducido por varias publi-

más no pudo ver, pues casi en el mismo instante fué apercebido por sir Lanzarote que pasaba por allí cerca y que casualmente fijó los ojos en lo alto del muro, donde el curioso estaba agachado. Y del mismo modo que el hortelano coge de la berza una oruga verde y la arroja al suelo para pisotearla, así de la alta pared medio oculta entre el follaje, Lanzarote cogió á Modred del talón y le arrojó como á un gusano al camino; pero cuando conoció al príncipe aunque cubierto de polvo, el caballero, reverenciando la sangre real en aquel mal hombre, (1) le dió todas las excusas posibles, cortés y caballerosamente, sin ironía ni escarnío, pues en aquel tiempo ningún caballero de los predilectos de Arturo se permitía jamás el escarnio; en cambio sí un hombre era cojo ó jorobado, aquellos á quienes Dios había hecho bien formados y gallardos, toleraban en sus labios el escarnio, como una parte de su imperfección, y el rey y toda su Tabla le respondían con dulzura, sin irritarse. El Príncipe al tratar de ponerse en pié, volvió á caer dos ó tres veces lastimándose fuertemente las rodillas, más al fin pudo levantarse ayudado por Lan-

caciones periódicas de Madrid y provincias. En dicho artículo se habla de todas las principales producciones de Tennyson, menos de la comedia *The Falcon* y el volúmen de poesías titulado *Ballads and other poems*, publicados mucho después de escrito é impreso el artículo. (N. del T.)

(1) Sir Modred era hijo de Bellicent, Reina de Orkuey y hermana del Rey Arturo. (N. del T.)

zarote, y sonrió, y se fué; pero la pequeña violencia que se le había hecho no se borró ya jamás de su memoria, manteniendo siempre vivo su encono, y alborotado su corazón, del mismo modo que el impetuoso viento riza todo el día algún amargo charquito en torno de una piedra en la pelada costa.

* * *

Pero cuando sir Lanzarote contó á la reina lo acaecido, ella al principio se rió como una loca, al pensar en la caída de Modred, y en la figura que éste haría estropeado y polvoriento; luégo, de pronto, tembló, como la campesina que grita; «¡Yo tiemblo! ¡Alguién anda sobre mi sepultura! (1)» y después rió de nuevo, pero más débilmente, porque á la verdad ella medio preveía que Modred, el artero animal, rastrearía su pecado hasta descubrirlo, y que su nombre sería eternamente un nombre de oprobio. En adelante, pocas veces osó ella afrontar en sus salones, ni en parte alguna, el afilado y zorruno rostro de Modred, su falsa, su hipócrita sonrisa, encubridora del corazón, y la persistente mirada de sus pardos ojos. Por otra parte, las Potestades que cuidan del alma, para librarla de la muerte eterna y salvarla hasta en la última

(1) El poeta alude á alguna supersticiosa creencia que no conocemos. (N. del T.)

extremidad, empezaron á atormentar y afligir á la infeliz reina. Muchas veces, cuando el silencio de la triste noche solo era turbado por el sosegado aliento del rey que junto á ella dormía, rostros horribos y espantables aparecian á cada instante en la oscuridad de la alcoba, y desaparecian de súbito ó se borraban poco á



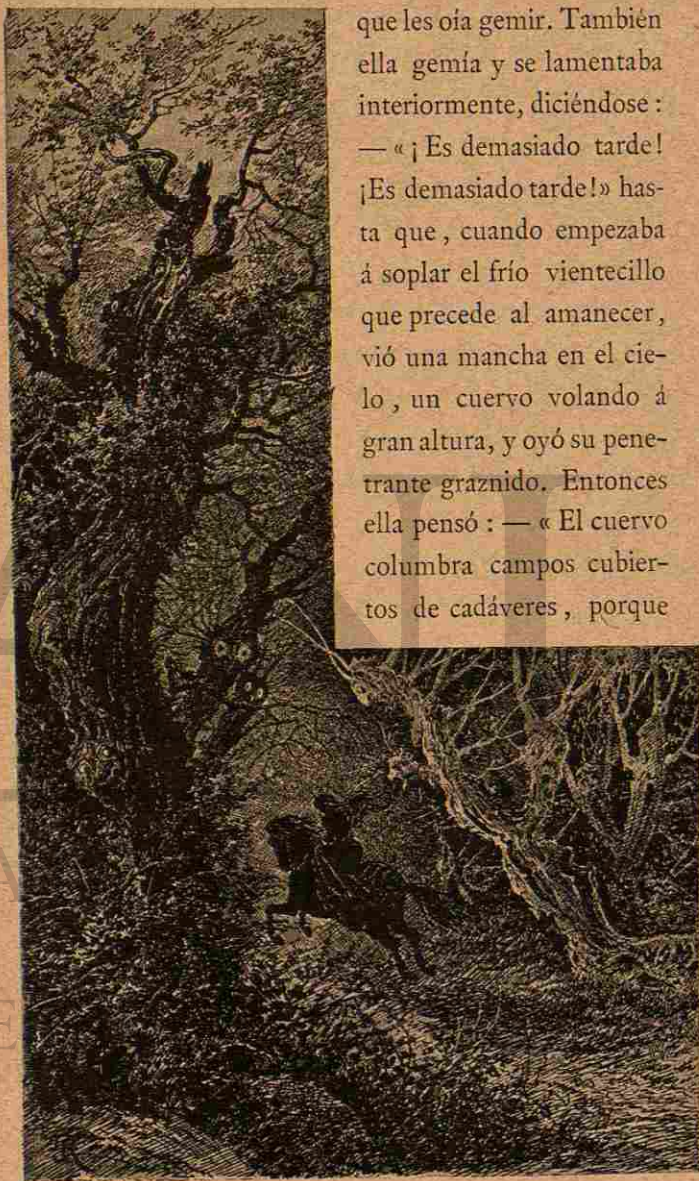
poco para aparecer de nuevo cada vez más horribles; ó un vago temor espiritual — semejante al que experimenta el que, sin poder conciliar el sueño en una casa frecuentada por duendes y en cuyas paredes persevera indeleble mancha de asesinato, oye algun ruido como de goznes que crujen y de puertas que se abren y de pasos que se acercan — la mantenía despierta durante largas horas; ó si se dormía la atormentaba un pavoroso sueño, porque le parecía hallarse de pié en una vasta llanura contemplando la puesta del sol, y que del sol venía rápidamente hacia ella un horrible no sé qué, proyectando negra sombra que se acercaba volando hasta llegar á tocarla, y entonces ella volviéndose, veía su propia sombra que partiendo de sus piés y ensanchándose y ennegreciéndose á

lo lejos, cubría toda la tierra, en la que por todas partes se veían campos talados y ciudades ardiendo. Entonces la infeliz lanzando un grito despertaba azorada.

*
*
*

Vivía, pues, la reina en continua y mortal congoja, y sus tormentos, en lugar de desaparecer, iban en aumento, tanto que al fin hasta el sereno rostro del cándido rey y su cariño, y su ilimitada confianza en ella, y aquella cortesía fácil y sin afectación, aquellas mútuas atenciones que impone la vida doméstica, llegaron á ser para ella un suplicio; así es que, cansada de padecer, dijo un día á su amante: — ¡Oh Lanzarote! Déjame, retírate á tus estados, porque si te quedas volverémos á vernos, y si volvémos á vernos alguna desgraciada contingencia hará que el fuego del escándalo, hasta ahora oculto, y hoy fácil de sofocar, se abra paso y arda y humée delante del pueblo y de nuestro señor el rey. » Y Lanzarote siempre prometía marcharse, pero se quedaba, y continuamente se veían y se veían. Y ella dijo: — « Oh Lanzarote! Si es que me amas, vete de aquí! » Entonces concertaron verse una vez más una noche, cuando el rey no estuviese en la córte, y separarse para siempre. Pálidos de emoción se vieron y se saludaron: ella con sus manos en las de él, y él con los ojos fijos en los de ella, lánguidos, abatidos, se sentaron en el borde del lecho, mirándose fijamente y tartamudeando. Era su última hora de amor; un delirio

de desgarradores adioses. Y Modred llevó á sus hechuras al basamento de la torre para que pudieran servir de testigos, y gritando con fuerte voz: — « ¡ Traidor, ven fuera! ¡ Caisteis por fin en el garlito! » hizo levantarse á Lanzarote quien abalanzándose fuera de la alcoba como un león, saltó sobre él y le arrojó de cabeza al suelo. Modred con el golpe quedó aturdido y sus hechuras le levantaron y se le llevaron, y todo quedó en silencio: entonces la reina — « El fin ha llegado, — dijo —; y estoy ya deshonrada para siempre, » Y Lanzarote contestó: — « Mía sea la deshonra y la vergüenza, puesto que mío fué el pecado: pero levántate y huye conmigo á mi fuerte castillo de allende el mar: allí te ocultaré hasta que mi vida acabe, allí te defenderé con mi vida contra el mundo entero. » Ella contestó: — « ¡ Oh Lanzarote! ¿ Quieres tenerme así oculta? No, amigo mío, no; nos hemos ya dicho adios, y debemos separarnos! ¡ Pluguiera á Dios que pudiera ocultarme de mí misma! Mío es el oprobio, porque mío fué el pecado, pues era esposa y tú soltero; pero levántate y huyamos, porque deseo acogerme á sagrado, y resignarme con mi suerte. » Así pues Lanzarote trajo el caballo de la reina, la puso en él y montó en el suyo, y luego cabalgaron juntos hasta la encrucijada, y allí se besaron y se separaron llorando; porque él, obediente, por amor, al más leve deseo de la reina, se fué para su tierra, y ella huyó hacia Almesbury, corriendo toda la larga noche por los oscuros desiertos y bosques, y oyendo á los génius del bosque y del desierto gemir á su paso, ó pareciéndole



que les oía gemir. También ella gemía y se lamentaba interiormente, diciéndose: — « ¡ Es demasiado tarde! ¡ Es demasiado tarde! » hasta que, cuando empezaba á soplar el frío vientecillo que precede al amanecer, vió una mancha en el cielo, un cuervo volando á gran altura, y oyó su penetrante graznido. Entonces ella pensó: — « El cuervo columbra campos cubiertos de cadáveres, porque

ahora los paganos del mar del Norte, movidos por los crímenes y las flaquezas de la corte, empezarán á matar á la gente y á devastar el reino.»

Y cuando Ginebra llegó á Almesbury habló á las monjas de este modo: — « Mis enemigos me persiguen, pero ¡ oh sosegada Hermandad! recibidme y dadme asilo en vuestra santa casa, y no me preguntéis mi nombre hasta que llegue el momento en que pueda deciroslo. » Y su belleza, su gracia, y la majestad de su aspecto, obraron sobre ellas á manera de un hechizo, y se pasaron sin hacerle la menor pregunta.

Durante muchas semanas aquella majestuosa reina, tan amiga en otro tiempo del fausto y de la ostentación, permaneció oculta é ignorada en el convento, entre las monjas; ni trataba con ellas, ni decía su nombre, ni pedía Eucaristía ó confesión, de modo que, por decirlo así, vivía envuelta en su dolor como en un velo impenetrable. Tan solo platicaba con la doncellita, cuya irreflexiva charla la entretenía, haciendola á menudo olvidarse de sí misma y de sus penas. Pero ahora, esta noche, la reina y la doncellita permanecen silenciosas. Un rumor, rápidamente divulgado en toda la comarca, ha llegado al con-

vento, y tiene á Ginebra pensativa. Dicese que sir Modred ha usurpado el reino y se ha confederado con los paganos, mientras que el rey está haciendo la guerra á Lanzarote. ¡ Qué triste noticia! La reina al oirla, pensó: — « Qué profundamente deben odiarme el pueblo y el rey! » y dejando caer la cabeza sobre las manos, permaneció muda larguísimo rato. Pero, por fin, la doncellita, que no podía sufrir el silencio, lo rompió exclamando: — « ¡ Tarde! ¡ Muy tarde debe ser! Qué hora será? » y como no obtuvo contestación, á los pocos instantes empezó á cantar bajito una tonada que de las monjas habia aprendido, y que empezaba así: — « ¡ Es tarde, tarde, muy tarde! » Lo cual oyendo la reina alzó la cabeza y dijo: — « ¡ Oh niña! si verdaderamente deseas cantar, canta y ensancha mi oprimido corazón, para que pueda llorar. » Y la doncellita de muy buena gana cantó como sigue:

« ¡ Es tarde, tarde, muy tarde! ¡ Y la noche fría y oscura! ¡ Es tarde, tarde, muy tarde! pero podemos entrar todavía. — Es demasiado tarde, demasiado tarde! No podéis entrar ya.

« No tenemos luz: de ello nos arrepentimos; y cuando el esposo lo sepa se apiadará de nosotras. — ¡ Es demasiado tarde, demasiado tarde! No podéis entrar ya.

No tenemos luz. ¡ Y es tan tarde! ¡ Tan fría y oscura la noche! ¡ Oh dejadnos entrar, para que encendamos

nuestras lámparas. — ¡Es demasiado tarde, demasiado tarde! No podéis entrar ya.

«¿No se nos ha dicho que el esposo es tan dulce, tan benigno? ¡Oh dejadnos entrar, aunque tarde, á besar sus piés! — ¡No, no! ¡Es demasiado tarde! No podéis entrar ya.» (1)

Así cantó la novicia, mientras que, profundamente afectada, y con la cabeza oculta entre las manos, lloraba amarguísima la desgraciada reina, recordando los pensamientos que la agitaban aquella triste noche en que huyó al convento, pensamientos que el estribillo de la canción había evocado. Entonces la pequeña novicia le dijo con su habitual locuacidad:

— «¡Oh noble señora! os suplico que no lloréis más. Permitid que mis palabras, las palabras de un sér tan humilde como yo, y que solo sabe obedecer, pues nada más le han enseñado; permitid que mis palabras os conforten

(1) La parábola que San Mateo refiere en los primeros versículos del capítulo XXV de su Evangelio, ha inspirado al poeta esta canción, que en el original tiene un encanto indecible. (N. del T.)

y os den aliento para soportar vuestros pesares; porque, seguramente, si sufrís no es por culpa vuestra: bien segura estoy de ello yo que os sé tan bondadosa y afable, y que veo vuestro noble y majestuoso porte. Pero comparad vuestras penas con las del rey nuestro señor, y comparándolas os parecerán menores y más llevaderas; pues el rey ha ido á hacer cruda guerra á sir Lanzarote en su propia isla, en torno del fuerte castillo donde guarda á la reina, y Modred, á quien dejó el cuidado de todo durante su ausencia, el traidor Modred... ¡Ah, querida señora! El dolor del rey por sí mismo, y por su propia reina y reino, debe ser tres veces mayor que el de cualquiera de nosotras. En cuanto á mí doy gracias á los santos de no ser persona principal. Porque si alguna vez me acaece alguna desgracia, lloro y me lamento á solas, y he concluído. Nadie lo sabe, y las lágrimas me han aliviado. Pero aunque los dolores de los pequeños fuesen tan grandes como los de las personas de alta esfera, hay que considerar que estas últimas vén juntarse á su dolor otro dolor no menos acerbo, y es que, por mucho que deseen guardar el secreto de sus penas, no pueden llorar trás una nube: como aquí en Almesbury se habla del buen rey y de la perversa reina, y si yo fuese un rey tan grande con una reina tan mala, bien podría querer echar un velo sobre su iniquidad, pero siendo un rey tan grande eso sería imposible.»

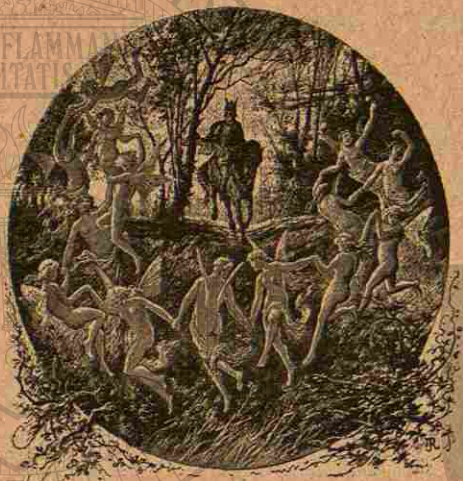
Entonces la reina murmuró, como hablando con su triste corazón: — «¿Me matará la niña con su inocente charla?» Pero luégo alzando la voz, dijo: — «¿No hago bien en llorar si el pérfido, el traidor Modred, ha de puesto á su rey? ¿No hago bien en asociarme al sentimiento de todo el reino?»

— «Sí; — dijo la doncella. — Esta desgracia deben principalmente sentirla las mujeres, porque *ella* es mujer; es mujer aquella cuya desleal conducta, cuyo perjurio ha llevado la perturbación y la ruína á la Tabla Redonda que el buen rey Arturo fundó hace años, con portentos, y maravillas, y milagros, allá en Camelot, antes de la venida de la reina.»

Entonces la reina se dijo de nuevo: — «¿Me matará la niña con su indiscreta charla?» Sin embargo repuso de este modo: — «¡Oh doncellita, encerrada entre los muros del convento! ¿Qué puedes tú saber de reyes y de Tablas Redondas, ó de portentos y milagros, más que los sencillos milagros de tu convento?»

A lo cual la pequeña novicia contestó con encantadora garrulidad: — ¡Vaya si sé! Lleno estaba el país de portentos y maravillas antes de la venida de la reina. Así lo decía mi padre, que fué caballero de la gran Tabla desde su fundación. Dirigiase del Leonesado á Camelot, córte de Arturo, cabalgando por la orilla del mar, cuando hé aquí que una hora ó tal vez dos después de la puesta del sol llegó á sus oídos una música extraña, y deteniéndose y volviendo el rostro hacia aquel lado, vió brillar á lo largo de la solitaria costa del Leonesado, ostentando cada uno de su extremidad esbelto faro cuya luz rielaba en las inquietas aguas, los cabos que uno trás otro avanzan audazmente en el anchuroso piélago occidental; y á la luz de los faros nadaban las blancas sirenas, y extraños y fornidos séres con pecho y espaldas de hombre se enderezaban sobre las aguas, y enviaban sus graves acentos marinos á través de toda la comarca, siendo contestados por los duendecillos que moran en las concavidades y en las grietas de la costa, cuya voz era semejante al sonido lejano del cuerno. Así contaba mi padre, si por cierto, y añadía además que á la mañana siguiente al atravesar un bosque donde apenas penetraba la luz, él mismo vió á tres espíritus, locos de alegría, precipitarse sobre una alta flor del borde del sendero, la cual se balanceó con el peso, como se balancea el cardo silvestre cuando tres pardillos riñen por la semilla; y además, todos los días, al anochecer, veía flotar delante de su caballo una rueda de duendes que giraba y desaparecía volando, para formarse,

girar y desaparecer de nuevo en los aires, y era que la tierra toda estaba llena de vida. Y cuando por fin llegó á Camelot, una rueda de ágiles bailarines daba vueltas en torno de la lámpara del salón, y en el salón hubo un



banquete tal como jamás hombre alguno pudo soñar, pues cualquier vianda que deseara, érale servida á cada caballero por invisibles manos; y al mismo tiempo, según decía también mi padre, en las bodegas, extraños y mo-fletudos séres de abultado abdomen sacaban los tapones y permanecían á horcajadas sobre las cubas mientras que el vino corría libremente: tan alegres estaban los genios y los hombres antes de la venida de la pecaminosa reina.»

* * *



Ginebra entonces con cierta amargura, exclamó: —
«¿Tan alegres estaban? Malos profetas eran todos ellos,
genios y hombres. ¡Cómo! ¿Ninguno de ellos, ni siquiera
tu sabio padre con sus portentos y maravillas, pudo pre-
ver los males que han caído sobre el reino?»

*
*
*

— «Sí; uno de ellos, un bardo (1); — repuso la lo-
cuaz novicia. — Un bardo de quien mi padre solía decir
que había cantado muchos sublimes cantos de guerra en
la presencia misma de las flotas enemigas, en la arenosa
playa del mar, entre las embravecidas olas y los horribles
peñascos de la escarpada costa; y también no pocas mis-
ticas canciones sobre la vida y la muerte, allá en las hu-
meantes cumbres de los montes, cuando en torno suyo
se inclinaban los genios de la montaña con sus cabellos
cubiertos de rocío flotando en el aire á manera de ondu-
lante llama. Así decía mi padre; y añadía que una noche
el bardo cantó las gloriosas guerras de Arturo y celebró al
rey como á uno á quien faltaba poco ó nada para ser más
que hombre, y se burló de los que le llamaban hijo adul-
terino de la mujer de Gorlois, porque, en verdad, no ha-
bía hombre alguno que supiera de donde había venido. Sabiase solamente que después de una tempestad, durante

(1) Merlin. *N. del T.*

la cual las olas bramando horriblemente azotaron con furia inusitada las costas de Bude y de



Bos, lució un día tan sereno como el firmamento, y que aquel mismo día fué encontrado un niño desnudo en la arenosa playa del negro Tintagil, á la orilla del mar de Corn; que aquel niño era Arturo, y que los que le habían encontrado cuidaron de él hasta que por obra de Dios fué hecho rey, y que su muerte sería un misterio para todos los hombres, como lo había sido su nacimiento. Sabíase además que su reinado sería

glorioso, y que si le fuese dado encontrar una mujer tan grande y virtuosa como él, bien podían entonces entre los dos cambiar la faz del mundo. Pero al llegar aquí el bardo empezó á tartamudear y por fin se detuvo, y cesó de tañer el arpa, y su rostro se cubrió de mortal palidez, y se tambaleó y hubiera caído sino porque los que le rodeaban le sostuviéron. Y aunque jamás quiso contar su visión ¿qué duda puede haber de que sus proféticos ojos vislumbraran el inicuo pecado de Lanzarote y de la Reina?»

*
* *

Esta, al oír las últimas palabras de la niña, pensó: — «¿Quién lo hubiera creído? La abadesa, tan sencilla al parecer, y las monjas, la han puesto para burlarse de mí;» y bajando la cabeza permaneció en silencio.

*
* *

Entonces la novicia, llorando y juntando las manos exclamó que era una vergüenza ser tan habladora, y locuazmente reprobó su propia locuacidad, y dijo que las buenas monjas á menudo refrenaban su incansable lengua, y, «querida señora — añadió — refrenadme también vos, si sin tener en cuenta que estáis demasiado triste para escucharme, os he groseramente molestado con mi charla y con las historias que mi buen padre me contaba; refre-

nadme y no permitáis que con mi falta de crianza afrente la memoria de mi padre, que fué uno de los caballeros más comedidos y de más distinguidas maneras que hubo en su tiempo, aunque él mismo solía decir que las de Lanzarote eran las más distinguidas, y murió en una justa, en el próximo verano serán cinco años, y me dejó en la orfandad; pero decidme os ruego — y reprendedme si mi pregunta os parece indiscreta — ¿de los demás caballeros que quedan y principalmente de los dos más celebrados por su cortesía, quién, mientras viviais entre ellos, tenía mas distinguidas maneras, Lanzarote ó nuestro señor el rey?»

Entonces la Reina, pádida de emoción, alzó la cabeza, y contestó: — «Sir Lanzarote, cual cumple á un noble caballero, era cortés con todas las damas, y lo mismo en las batallas campales como en los torneos se guardaba muy bien de aprovecharse de sus ventajas, y el rey en los torneos y en las batallas tampoco se aprovechaba de sus ventajas, y estos dos eran entre todos los cortesanos los de mejores y más distinguidas maneras; y es que las maneras no son una cosa vana, sino el fruto de un buen natural y de un noble ánimo.»

— ¿Son en verdad las maneras un fruto tan hermoso?»
— dijo la doncella. — Entonces las de Lanzarote tienen que ser mil veces menos nobles, siendo él, según todos los rumores, el más desleal amigo que hay en todo el mundo.»

* * *

Y la reina contestó tristemente: «¡Oh tú, que vives encerrada en el estrecho ámbito de un convento! ¿Qué sabes del mundo, de su luz y de sus sombras, de sus felicidades y miserias? Si alguna vez Lanzarote, ese nobilísimo caballero, fué por un instante menos noble que él mismo, ruega por él para que se libre del castigo del fuego, y llora por la que le arrastró á la perdición.»

* * *

— «Si, — dijo la pequeña novicia; — ruego por los dos; pero tan pronto creería que las maneras de Lanzarote son tan distinguidas como las del rey, como que las vuestras, querida señora, serían tales cuales son, si fueseis la inicua reina.»

* * *

Así la niña, como otros muchos habladores, ofendió á aquella á quien quería lisonjear y abrió la herida en vez de

curarla; pues apenas había acabado de hablar cuando la reina, cuyo pálido rostro se había vuelto rojo de ira, le gritó: — « No quiera Dios que jamás haya en el mundo otra doncella como tú! Tú, instrumento de la malignidad de las monjas, puesta por ellas para atormentarme, y burlarte de mí, y exasperarme, despreciable y traidora espía! »

La novicia, al ver desatarse contra ella tan furiosa é inopinada tormenta, se levantó, con el rostro tan blanco como su velo, y permaneció en pie delante de la reina, tan temblorosa como la ola de espuma que en un día tempestuoso se detiene en la playa un instante, pronta á romperse y huir; y cuando la reina hubo añadido « ¡vete de aquí! » huyó asustada. Suspiró la otra al verse sola, y fué poco á poco cobrando ánimo y serenándose. — « La inocente, tímida criatura — pensó — hablaba sin malicia alguna, pero el pecado me ha vuelto más medrosa y más simple que la más simple y medrosa criatura, y mi conciencia me ha hecho traición. Pero sostenme, cielo, pues me arrepiento sinceramente. Porque ¿qué es el verdadero arrepentimiento, sino una firme resolución de ni pensar siquiera otra vez en los pecados que hicieron el pasado tan deleitoso? Y he jurado no verle ya jamás, jamás volver á verle.

* * *

Y no obstante, al decir esto, su memoria, llevada por la costumbre, se trasladó á aquellos dichosos días en que le vió por primera vez, cuando Lanzarote, que pasaba por el mejor caballero y el hombre más hermoso del reino, fué como embajador á buscarla para llevarla á Arturo, su señor, y la llevó cabalgando juntos á buen trecho de la comitiva, embebidos en dulces y animadas pláticas que enteramente versaban sobre el



amor, y sobre diversiones, justas y placeres. Pero no soñaban aún en pecado alguno. ¡Qué delicioso viaje! Cabalgaban á la sombra de floridas arboledas — era en el mes de Mayo, — sobre una alfombra de jacintos que parecía un trozo del cielo, y uno después de otro iban dejando atrás los collados y los valles, y todos los días, cuando el sol llegaba al meridiano, encontraban en alguna deliciosa encañada las tiendas de seda del rey Arturo, plantadas por correos que les habían precedido, para que en ellas pudieran tomar algún refrigerio ó gustar las dulzuras de la siesta; luego continuaban su camino, y todos los días, antes de la puesta del sol, volvían á ver de nuevo el dragón de la gran Pendragonía (1) que coronaba el pabellón de Estado del rey, brillar á la orilla de impetuoso arroyo ó junto á las dormidas aguas de algún salúfifero pozo.

* * *

Pero cuando la reina, sumergida en tan profundo arrobamiento y discurriendo inconscientemente á través del pasado llegó á aquel instante en que al aproximarse á las puertas de la ciudad vió por primera vez al rey cabalgar á su encuentro y suspirando por que tan delicioso viaje ha-

(1) El rey Arturo llevaba el título de *Pendragón*, como jefe que era de la confederación de todos los reinos del país de Gales. *N. del T.*

bía terminado, le miró y le pareció frío, grave, reservado é insensible, no como él, « *No como mi Lanzarote;* » cuando la reina estaba discurriendo de ese modo, y volviendo casi á hacerse otra vez culpable en sus pensamientos, llegó á la puerta del monasterio un jinete espléndidamente armado. Oyéronse murmullos que de boca en boca iban recorriendo el convento; y luego, de repente, se oyó gritar: « ¡El rey! ¡El rey! » Ginebra, rígida, como embotada por la sorpresa y el temor, continuaba sentada escuchando; pero cuando en la larga galería que de la parte exterior conducía á su estancia oyó resonar los pasos del guerrero que se acercaba, cayó de la silla boca abajo, y serpeó en el suelo con el rostro pegado al pavimento: con sus brazos, blancos como la leche, y con sus hermosos cabellos se cubrió el rostro para que no lo viera el rey. A los pocos instantes sintió que el guerrero entraba en el aposento y se detenía junto á ella; entonces, hubo un momento de silencio, y luego se oyó una voz monótona y hueca como la de un espectro pronunciando una sentencia: voz que, aunque alterada, era la del rey.

* * *

— ¿Yaces ahí, tan humillada, tú, la hija de uno á quien yo reverenciaba, y que ha tenido la dicha de morir sin ver tu deshonra? Bueno es que no hayas tenido hijos. Los hijos que tú has dado á luz son la espada y el fuego, las ruinas humeantes, el quebrantamiento de las leyes, la

traición de mis deudos, y las ateas huestes de paganos que á manera de innumerables enjambres cubren el mar del Norte; los paganos, á quienes yo, cuando todavía sir Lanzarote, mi brazo derecho, el más valiente de mis caballeros, estaba conmigo, arrojé de esta tierra de Cristo, vencéndolos en doce grandes batallas. ¿Y sabes tú de dónde vengo ahora? De sus estados, de los estados de Lanzarote; vengo ¡oh desgracia! de guerrear contra él: y él que no tuvo reparo en herirme de peor manera, no ha querido, sin embargo, por un resto de cortesía, levantar la mano contra el rey que le armó caballero. Pero muchos caballeros han muerto; y muchos más, incluso todos sus parientes, se han unido á él y con él moran en sus tierras. Y muchos más, cuando Modred alzó el estandarte de la rebelión, olvidando su fé y su pleito homenaje, siguieron á Modred, y los restantes quedan conmigo. Y de estos que me quedan dejaré una parte, hombres leales que me aman todavía y por quienes vivo, para protegerme en medio de las revueltas y convulsiones que se acercan, á fin de que ni un cabello de esa abatida cabeza sea dañado. No temas: mientras yo viva habrá quien vele por tu seguridad. Sin embargo, bien sé que si no mienten las antiguas profecias, debo hallar pronto el fin de mi carrera. No me has hecho la vida tan dulce que yo, el rey, me cuide mucho de vivir; pues has malogrado el objeto de mi vida. Permíteme que te moleste por última vez, recordándote, por tu propio bien, el pecado que has cometido. No ignoras tú que cuando los romanos nos

dejaron, y se relajó entre nosotros el imperio de las leyes por ellos establecidas, y reinaban en el país la violencia y la rapiña tan sólo de tiempo en tiempo alguien volvía por los fueros de la justicia, y se llevaba á cabo alguna proeza más ó menos ruidosa, y se enderezaba algún entuerto. Más yo fui de todos los reyes el primero que reunió la andante caballería de éste y de todos los demás reinos, poniéndola debajo de mi, su cabeza, en aquella hermosa orden de mi Tabla Redonda, gloriosa compañía formada con la flor de los hombres para servir de modelo al vasto mundo y ser el hermoso principio de una nueva era. Hiceles poner sus manos en la mía y prestar juramento de reverenciar al rey como si fuera su conciencia, y á su conciencia como á su rey, combatir á los paganos y sostener al Cristo, cabalgar por todas partes, deshaciendo humanas injusticias, no calumniar ni dar oi-



dos á la calumnia, honrar su palabra como si fuera la de su Dios, guardar la más perfecta castidad, amar á una sola mujer, á una doncella; quererla tiernamente, consagrarse á ella y honrarla por medio de años de nobles acciones hasta que de ese modo consiguieran ganarla; porque, en verdad, no sé que haya en la tierra mejor maestro que el primer amor por una doncella, no sólo para reprimir lo que de vil hay en el hombre, sino también para enseñarle elevados pensamientos y amables palabras, y cortesía, y el deseo de gloria, y el amor á la verdad, y todo lo que hace noble á un hombre. Y todo esto prosperó antes de que me casara contigo, esperando hallar en tí una compañera capaz de comprender mi designio y de regocijarse conmigo al verlo realizado. Entonces vino tu vergonzoso pecado con Lanzarote; luego el pecado de Tristan é Isolt; luego otros, imitando á estos mis más poderosos caballeros, y tomando feo ejemplo de hermosos nombres, pecaron también, hasta que por fin obtuve lo que me era más odioso, esto es, lo contrario de lo que mi corazón había soñado, y todo por tu culpa! de manera que esta vida que conservo y defiendo como un gran don de Dios, no me importa mucho perderla; ántes bien pienso cuán triste sería para Arturo, si viviese, sentarse una vez más en su desierto estrado y echar de menos la multitud de caballeros que lo llenaban en otro tiempo, y no oír elevadas pláticas sobre la virtud, y sobre las nobles acciones, como en los felices días antes de tu pecado. Porque ¿quién de nosotros que sobreviviera á tantas des-

gracias, podría hablar de la virtud y de la pureza de corazón, sin que pareciera censurarte? Y en tus habitaciones de Camelot, ó de Usk tu sombra se deslizaría aún de aposento en aposento, y á cada instante me apesadumbraría acordándome de tí al ver un vestido colgado, ó una joya abandonada, ó un adorno cubierto de polvo, y no pocas veces me estremecería creyendo oír resonar tus pasos en la escalera. Porque no pienses, aunque tú no has querido amar á tu señor, que tu señor ha perdido enteramente el amor que te tenía. No soy tan voluble; no estoy formado de tan ligeros elementos. Sin embargo tengo que dejarte ¡oh mujer! á tu vergüenza. Yo considero como el peor de los enemigos públicos al hombre que bien sea por él ó por sus hijos, para salvar su nombre del escándalo, permite que la mujer cuya falsedad conoce, more con él y gobierne su casa; porque dejada ella en su puesto por la pusilanimidad del esposo, y tenida en todas partes por casta, va poco á poco insinuándose entre la multitud, á la manera de una enfermedad nueva que los hombres no conocen y contra la que no se toma precaución alguna: con los relámpagos de sus ojos despierta la fiebre de las pasiones, y mina la fidelidad de nuestros amigos, y corrompe la mitad de la juventud. ¡Peor, mil veces peor, si ese hombre es el que reina! Más vale que el hogar del rey esté desierto, y dolorido su corazón, que tú sentada de nuevo en tu puesto de luz, la mofa de mi pueblo y su ruina.»

*
* * *

Calló Arturo, y la reina, arrastrándose, se acercó á él un poco más, y abrazó sus piés. En el mismo instante se oyó un lejano clarín, y el corcel que esperaba á la puerta relincho alegremente contestando á aquella voz amiga, y el rey prosiguió de este modo:

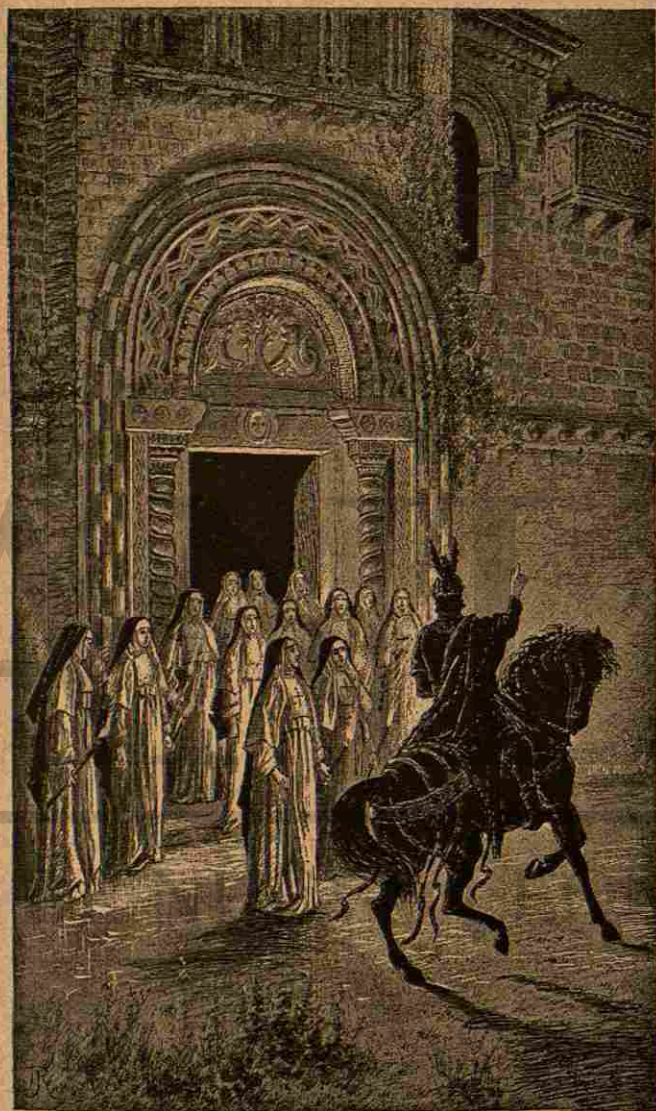
—No pienses, sin embargo, que vengo á atormentarte con la enumeración de tus crímenes; no he venido á maldecirte, Ginebra, yo que casi me siento morir de compasión al ver ahí á mis piés, tu cabeza de oro, que fué mi orgullo en más felices días. El furor que al saber tu traición y tu huida se apoderó de mí, y me movió á fulminar aquella cruel sentencia condenándote á la hoguera, ha pasado ya. La angustia que, al comparar tu corazón con el de uno demasiado leal para soñar siquiera que fueras capaz de infidelidad, hacía que las lágrimas escaldaran mis mejillas, ha pasado también... en parte. Y todo ha pasado, el pecado hecho está, y yo ¡mira! te perdono, como el eterno Dios perdona: haz tú ahora por tu alma lo demás. ¿Pero cómo despedirme para siempre de todo lo que amé? ¡Oh cabellos de oro, con los cuales yo solía jugar ignorante de mi desgracia! ¡Oh cuerpo de imperial molde y de belleza tal cual jamás se vió en mujer alguna, hasta que contigo vino á ser la maldición de un reino! No puedo tocar tus labios; no son míos, sino de Lanzarote. Más aún; nunca fueron del rey.

No puedo tomar tu mano; eso también es carne, y en la carne has pecado; y mi propia carne, viendo la tuya contaminada, grita « ¡te aborrezco! » Sin embargo, no por eso es menos cierto ¡Oh Ginebra! — porque siempre he sido virgen, salvo por tí — que el amor por medio de la carne ha penetrado en mi sér tan profundamente que te amo todavía. Sí, Ginebra; yo te amo todavía: se engaña quien otra cosa imagine. Acaso, y con tal que tú purifiques tu alma, y con tal que te apoyes en nuestro buen padre Cristo, después de esta vida, en aquel mundo donde todos son puros, nosotros podremos encontrarnos delante del alto Dios, y tú te arrojarás á mis brazos, y me reclamarás como tuyo, y sabrás que soy tu esposo, y que no soy un alma más pequeña que Lanzarote, ni otro alguno. ¡Déjame, te suplico, esa que es mi última esperanza! — Y ahora tengo que irme de aquí. En el silencio de la oscura noche oigo el sonido del clarín, y es que los míos me llaman á mí, su rey, para conducir mis huestes lejos de aquí, al Oeste, á la gran batalla donde debo pelear contra el hombre que llaman hijo de mi hermana — no es pariente mío el que se liga con los paganos del Caballo Blanco y con traidores — y matarle; y donde también yo debo encontrar la muerte, ó no sé qué misterioso fin. Y tú que quedas aquí sabrás lo que suceda; pero yo ya no volveré aquí, nunca reposaré á tu lado; no te veré ya más. Adiós. »

Dijo. Y ella que se arrastraba á sus piés, sintió en el cuello el aliento del rey, y notó que sobre su abatida cabeza movía él las manos bendiciéndola.

Luégo, cuando el ruido de los pasos se hubo perdido á lo lejos, la reina, pálida de emoción, se levantó, y en su angustia corrió á la ventana, diciéndose: — « ¡ Si por ventura, pudiese, sin ser vista, ver su rostro! » Y hé aquí que él estaba ya á caballo á la puerta del convento! Y cerca de él las contristadas monjas, cada una con una luz en la mano, estaban en pié, y él les encargaba que cuidaran de la reina, que la consolaran y protegieran siempre. Pero hablaba sin alzar la visera del yelmo, de su magnífico yelmo que por cimera tenía el dragón de oro de Bretaña; así es que Ginebra no pudo ver su rostro, que en aquel momento estaba hermoso como el de un ángel, pero vió, humedecido por la niebla y herido por las luces de las monjas, el dragón de la gran Pendragonia, que brillaba como una áscua de oro. Y el rey partió, y se alejó rápidamente, no sin volver la cabeza algunas veces; y la niebla que velaba la faz de la luna, girando en torno de él, que parecía un fantasma gigantesco, fué poco á poco envolviéndole en sus pliegues y haciéndole más y más oscuro, hasta que llegó á confundirse con la misma niebla, corriendo, como un espectro, á su ruína.

*
* *



Entonces la reina tendió los brazos y gritó: — « ¡ Oh Arturo ! » pero aquí la voz le faltó de pronto, y luego — como el torrente que saltando de un peñasco se quiebra y se desvanece, en el aire, pero que reuniéndose en el suelo se rehace y desciende á borbotones á través del valle — prosiguió con gran vehemencia :

*
*
*

— « ¡ Se ha ido ! ¡ se ha ido mi señor ! ¡ Se ha ido por mi culpa, á matar y ser muerto ! Y él me perdonó y yo no podía hablar. ¿ Adiós, me dijo ? Yo debía haber respondido á su adiós. Su clemencia me ahogaba. ¡ Se ha ido el rey mi señor, mi dueño, mi fiel esposo ! ¿ Pero cómo me atrevo á llamarle mío ? La sombra de otro hombre se adhiere á mí y me contamina : él, el rey, me ha llamado contaminada. ¿ Me mataré ? ¿ Y qué se remedia con eso ? No puedo matar mi pecado, si el alma es alma ; ni puedo matar mi deshonra, no ; ni viviendo puedo borrarla. Los días formarán semanas, las semanas meses, los meses se juntarán y harán años, los años rodarán formando siglos, y mi nombre será siempre un nombre de oprobio. — No debo pensar en la ruina de mi honra. Eso es cosa del mundo, y del mundo para nada quiero ocuparme. ¿ Y fuera de él qué queda ? ¿ Qué esperanza ? Creo que había una esperanza, si es que no se mofaba de mí cuando hablaba de ello. Su esperanza la llamaba él ; pero Arturo nunca se mofa, pues la mofa es

el humo de la cólera de corazones pequeños. Y bendito sea el rey que ha perdonado mi maldad para con él, y me ha dejado esperar que en mi corazón puedo borrar el pecado, y ser su compañera en la otra vida, en los cielos, delante del alto Dios. ¡ Ah grande y benigno señor, que fuiste para tus caballeros como la conciencia de un santo en lucha con los sentidos! Mi voluptuosidad y mi engañosa presunción, que demasiado fácilmente recibía todas las impresiones de abajo, no me dejaron reconocer tu superioridad, la suprema alteza de tu alma. Yo casi desdeñaba la altura á la cual no quería ó no podía subir; pensaba que no podría respirar en aquel aire tan puro, que aquella viva luz me cegaría; necesitaba calor y color, los cuales encontré en Lanzarote. Pero ahora te veo tal cual eres ¡ oh Arturo!; tú eres el más grande y también el más humano de los hombres: no Lanzarote ni otro alguno. — ¿ No hay ninguno que diga al rey que le amo aunque tan tarde? ¿ No hay alguien que se lo diga ahora, ántes de que vaya á la gran batalla? — ¡ Ninguno! ¡ Ninguno! Yo misma tengo que decirselo en aquella vida más pura que hay después de la tumba; pero ahora sería demasiado atrevimiento. ¡ Ay Dios mío! ¿ Qué no podía yo haber hecho de tu hermoso mundo, con solo haber amado á la más noble de tus criaturas? Era mi deber amar el más noble, el más grande, al mejor: seguramente era también lo que me convenía, y lo que hubiera hecho mi felicidad. Debemos siempre amar lo mejor: no á Lanzarote ni á otro alguno.»



* *
Al llegar aquí, la reina, sintiendo que alguien tomaba su mano, calló, y bajando los ojos vió á la novicia que llorando le pedía perdón, y le dijo: — « Si, doncellita; te perdono. ¿ No he sido también yo perdonada? » Luégo alzando los ojos vió á las santas monjas en torno suyo, llorando, y su oprimido corazón se en-

sanchó, y lloró con ellas, y dijo...

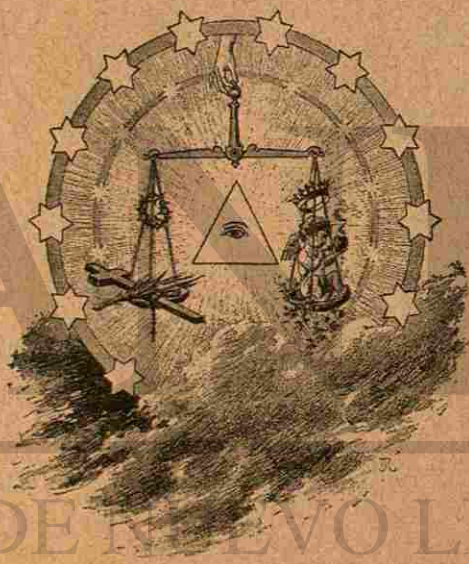
* *
— « ¡ Ya me conocéis pues! Ya conocéis á la perversa que malogró el vasto designio, la noble empresa del rey. ¡ Oh, permitidme morar aquí, amables doncellas! para que los espesos muros del convento no dejen llegar á mis oídos las voces que gritan ¡ vergüenza! — Pero no debo

hacer escarnio de mí misma: él me ama todavía. Él me ama todavía: se engaña quien otra cosa imagine. Así pues, si es que no os causo horror, si no os avergonzáis de llamarme hermana, permitidme vivir con vosotras; vestir de negro y blanco, y ser monja con vosotras; ayunar cuando ayunéis, pero no tomar parte en vuestros festines; entristecerme con vuestros dolores, y, sin apesadumbrarme con vuestras alegrías, no tomar tampoco parte en ellas; mezclarme en vuestros ritos; orar por vosotras, para que vosotras oréis por mí; yacer delante de vuestros relicarios; ocuparme en las más humildes faenas de vuestra santa casa; pasear en vuestro oscuro claustro, y distribuir limosnas entre los pobres enfermos, más ricos y más sanos que yo á los ojos de Aquél que murió por redimirnos; y curar sus repugnantes llagas y la mía propia; y de ese modo con obras de caridad y con oraciones borrar el negro fin de aquel voluptuoso día que ocasionó la ruina de mi señor el rey. »

* * *

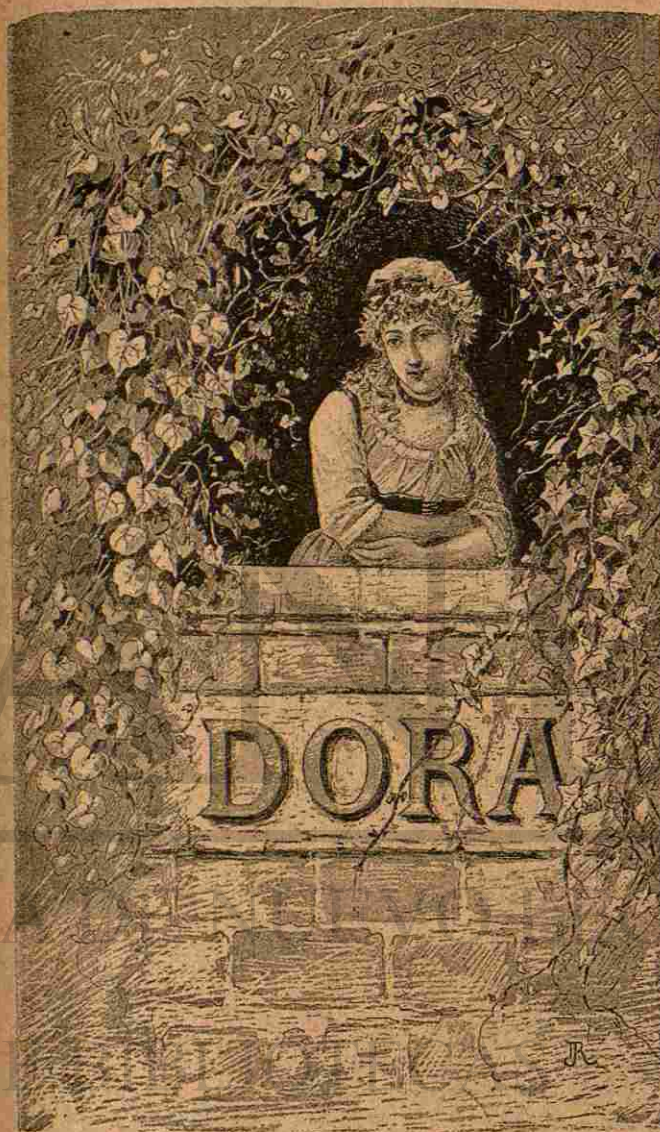
Dijo: las monjas la admitieron en la comunidad, y Ginebra, fluctuando entre el temor y la esperanza, y preguntándose á menudo: — «¿Será demasiado tarde?» moró con ellas, hasta que, andando el tiempo, murió la abadesa; y entónces, ella, por sus buenas obras, y por sus ejemplares virtudes y por su aptitud para el gobierno, así como también por el altísimo puesto que en el mundo

había ocupado, fué elegida para reemplazarla. Allí vivió como abadesa tres años escasos, y luego voló á aquella región bendita donde lejos del rumor del mundo, se encuentra la paz.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

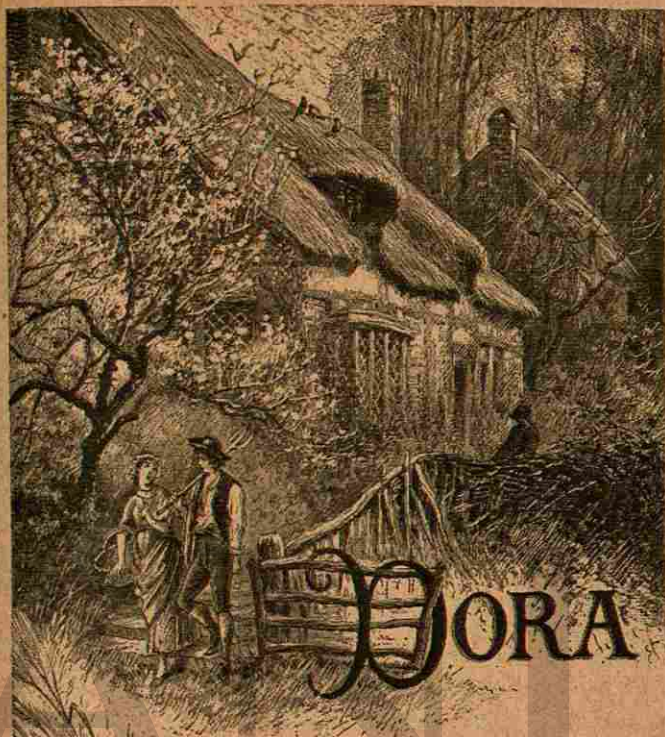


®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ON Allan, rico colono, vivían, en la heredad de que era arrendatario, Guillermo y Dora. Guillermo era su hijo, y Dora su sobrina. El anciano los amaba entrañablemente, y con frecuencia, mientras los contemplaba con embeleso, decía para sus adentros: — «Los casaré, y jamás se separarán de mi lado.» Ahora bien, Dora, que en todas cosas parecía adivinar los deseos de su tío, sentía una profunda inclinación hacia Guillermo; pero el joven,

como había vivido siempre con ella como con una hermana, no pensaba en Dora.

*
* *

Un día llamó Allan á su hijo, y le habló de este modo: — «Hijo mío, yo me casé muy tarde, pero antes de morir quisiera ver á mi nieto sobre mis rodillas. Deseo, pues, que te cases. Tu prima Dora es linda, y más económica de lo que pudiera esperarse de sus cortos años. Es hija de mi hermano: tuvimos él y yo una grave altercación, nos separamos, y el infeliz murió en país extranjero. Por amor á él he criado á su hija Dora en mi casa. Tómala por esposa, que durante muchos años he deseado noche y día ese matrimonio.» Pero Guillermo respondió brevemente: — «No puedo casarme con Dora: no me casaré con Dora.» Entonces el viejo se enojó, y dijo, levantando las manos en ademán amenazador: — «¿No te casarás, muchacho? ¿Te atreves á responder de ese modo? En mi tiempo las palabras de un padre eran leyes, y así será también ahora, en cuanto á mí atañe. Piensa en ello; reflexiona, Guillermo: toma un mes para meditar, y dame una respuesta que me satisfaga, ó por el Dios que me crió te juro que te marcharás de aquí, y que jamás volverás á pisar el umbral de la puerta.» Pero Guillermo respondió irritado; luégo, mordiéndose los labios, y se retiró.

*
* *

Cuando más miraba á su prima menos le agradaba, y la trataba con aspereza, pero Dora soportaba su mal humor con extremada dulzura. Antes que terminase el plazo de un mes que su padre había señalado, Guillermo dejó la casa paterna: desde entonces trabajó como jornalero en las vecinas heredades; y parte por amor, parte por despecho, enamoró á la hija de un bracero, llamada María Morrison, y se casó con ella.

*
* *

Cuando las campanas estaban anunciando la boda, Allan llamó á su sobrina, y le dijo: — «Hija mía, yo te quiero muchísimo; pero si hablas con él que era mi hijo, ó cambias una palabra con su mujer, ninguno de vosotros entrará jamás en esta casa. Mi voluntad es ley.» Y Dora prometió obedecerle, porque era muy humilde; pero pensó: — «Esto no puede ser así; el tiempo modificará la voluntad de mi tío.»

Pasaron los días y los meses, y Guillermo tuvo un hijo; afligieronle luégo desgracias sin cuento, y aunque todos los días pasaba, con el corazón penetrado de dolor, por delante de la casa de su padre, su padre no le socorría. Pero Dora reunió sus pequeños ahorros, y se los envió de modo que él no supiera de donde le venía aquel

beneficio; al fin, apoderóse de Guillermo una fiebre perniciosa, y murió en la época de la recolección.

Entonces Dora fué á ver á María, á quien encontró sentada contemplando á su hijo con los ojos llenos de lágrimas. Cuando la pobre madre vió á Dora, injustos pensamientos se agolparon en su mente, y la miró con ojos airados: pero Dora se acercó á ella, y dijo: — «Hasta ahora he obedecido á mi tío, pero he hecho mal, pues yo he sido la primera causa del infortunio de Guillermo. Pero María, por amor al que ya no existe, por amor á vos, que sois la mujer que él escogió, y por este pobre huérfano, he venido á veros, ansiosa de aliviar vuestra desgracia. Sabéis que no ha habido en estos cinco años una cosecha tan abundante: dejad que lleve conmigo al niño, y lo colocaré entre el trigo á la vista de mi tío, para que, cuando su corazón esté rebosando alegría



por la abundante cosecha, vea al niño y lo bendiga por amor al difunto.»

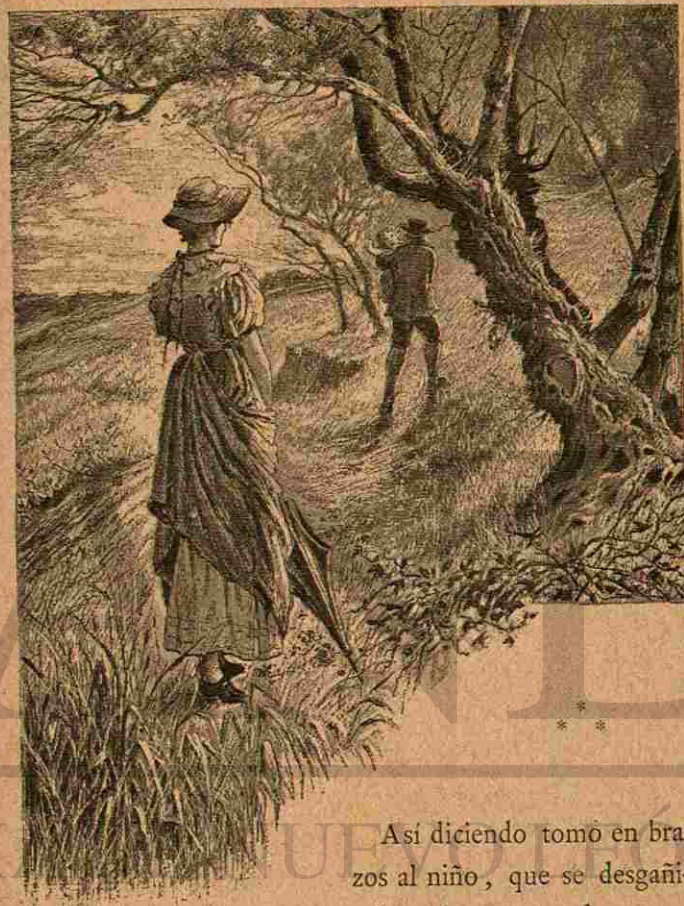
Y Dora tomó el niño, y fué por entre el trigo á sentarse en un pequeño terraplén que no estaba sembrado, donde crecían muchas amapolas. Vino el colono al campo, pero no la apercibió; y ninguno de sus jornaleros se atrevió á decirle que Dora esperaba con el niño. Dora se hubiera levantado y corrido á su tío, pero la flaqueó el corazón y no se movió; y en tanto los segadores continuaron segando, y el sol se puso, y la tierra quedó envuelta en tinieblas.

Pero á la mañana siguiente levantóse Dora muy temprano, y tomando otra vez al niño consigo, fué á sentarse con él al mismo sitio que el día anterior. Tejió una pequeña guirnalda con todas las flores que crecían en aquel paraje, y adornó con ella el sombrero del angelito, para hacerlo más lindo á los ojos de su tío.

Quando el labrador llegó al campo, apercibió á Dora y al niño, y dejando á sus jornaleros ocupados en la siega,



se fué á donde estaba su sobrina y le dijo: — «¿Dónde estuviste ayer? ¿De quién es este niño? ¿Qué hacéis aquí?» Dora bajó los ojos, y respondió en voz baja: — «Este es el hijo de Guillermo.» — «¿Habéis, pues, olvidado mi prohibición, Dora?» dijo Allan. Dora repuso: — «Haced de mí lo que queráis, pero tomad el niño y bendecidle por amor al difunto.» Y Allan dijo: — «Veo que es una arteria preparada entre la viuda y tú. ¿Necesito sin duda que tú me enseñes mi deber? Sabías que mi voluntad es ley, y no obstante has osado menospreciarla. Está bien: me llevaré el niño, pero márchate de aquí, y que nunca te vuelva á ver.»



Así diciendo tomó en brazos al niño, que se desgañitaba y bregaba por quedarse con Dora. La guirnalda de flores cayó á los piés de la joven. La infeliz ocultó el rostro entre las manos: los lloros del niño llegaron á sus oídos cada vez más debilitados por la distancia. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, recordando el día en que vino á vivir con su tío, y todas las cosas

que habían pasado desde entonces. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, como abrumada de dolor, y lloró; y en tanto los segadores continuaron segando, y el sol se puso, y la tierra toda quedó envuelta en tinieblas.



ñará á menospreciar á su madre. Iremos juntas á ver á Allan; yo quiero recobrar mi hijo y traerlo á casa, y

*
* *
*

Entonces Dora fué á casa de María, y se detuvo en el umbral de la puerta. María vió que su hijo no estaba con Dora, y prorrumpió en alabanzas á Dios, que la socorria en su viudez. Y Dora le dijo: — « Mi tío se ha quedado con el niño; pero, María, dejadme vivir y trabajar con vos, pues dice que no quiere volver á verme.»

María contestó: — « No, no permitiré jamás que tú cargues con mis penas; y ahora que pienso en ello, no quiero que tu tío se quede con el niño, pues le hará duro de corazón, y le ense-

rogaré á tu tío que te vuelva á recibir en la suya; pero si no quiere hacerlo, entonces tú y yo viviremos bajo el mismo techo, y trabajaremos para el hijo de Guillermo, hasta que sea de edad para sostenernos. » Las dos mujeres, pues, se besaron con cariño, y se encaminaron á la heredad, adonde llegaron en breve. La puerta de la casa estaba entreabierta, así es que pudieron ver al muchacho de pié sobre las rodillas de su abuelo, quien le estrechaba entre sus brazos, y le acariciaba dándole golpecitos en las mejillas y en las manos: el niño tendía el cuerpo hacia adelante, alargaba los brazos, y pedía el sello de oro que colgaba de la cadena de Allan y brillaba al resplandor del fuego. Entonces entraron las dos mujeres; pero cuando el niño vió á su madre, gritó que quería irse con ella: Allan lo puso en el suelo, y María dijo:



— « ¡ Oh padre mio! — si es que me permitis llamaros así — nunca he venido pidiendo para mí, para Guillermo, ni para este niño; pero ahora vengo á suplicaros que volváis á recibir á Dora en vuestra casa; no ignoráis que ella os quiere bien. ¡ Oh señor! Guillermo murió en paz con

todo el mundo ; habiéndoselo yo preguntado, dijo que de ningún modo podía lamentarse de haberse casado conmigo, pues había sido siempre una mujer amante y sufrida; pero añadió que había él hecho mal en vejar á su padre, frustrando sus deseos. — « ¡Dios le bendiga ! » dijo ; « y ojalá no sepa nunca lo mucho que he sufrido. » Entonces volvió la cabeza, y espiró ¡ desdichada de mí ! pero ahora, señor, devolvedme mi hijo, porque sino le haréis duro de corazón , y aprenderá á menospreciar la memoria de su padre : recibid de nuevo á Dora en vuestra casa , y que todo quede como antes. »

Así habló María , y Dora ocultó su rostro tras ella. Hubo un instante de silencio , y de repente el anciano prorrumpió en sollozos : — « ¡ He obrado mal ! ¡ soy digno de vituperio ! ¡ He matado á mi hijo ; pero le amaba, mi querido hijo ! ¡ Qué Dios me perdone ! ¡ soy muy culpable ! ¡ Abrazadme , hijas mías ! »

Entonces ellas se colgaron del cuello de Allan, y le besaron repetidas veces. El anciano estaba quebrantado por el remordimiento , y su amor pareció centuplicarse , y durante tres horas sollozó , con el hijo de Guillermo en brazos , pensando en Guillermo.

Desde entonces los cuatro vivieron juntos , y andando el tiempo María tomó otro compañero ; pero Dora permaneció siempre soltera.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



S preciso que os desper-
téis y me llaméis temprano;
llamadme temprano,
madre querida; mañana
será el más dichoso
dia de todo el
alegre año



nuevo ; de todo el alegre año nuevo , madre , el más risueño , más placentero día , por que voy á ser reina del Mayo , madre , voy á ser reina del Mayo.

Hay muchos ojos negros , dicen las gentes , pero entre todos ellos no se encuentran otros tan brillantes como los míos : ahí están Carolina y Maria , Margarita y Catalina , pero no hay en toda la comarca una joven tan hermosa como la pequeña Alicia , se oye decir á todos ; así es que voy á ser reina del Mayo , madre , voy á ser reina del Mayo.

Duermo tan profundamente durante toda la noche , madre , que no despertaré sino me llamáis bien fuerte al despuntar el día ; tengo que hacer ramos de flores y pimpollos , y tejer vistosas guirnaldas , porque voy á ser reina del Mayo , madre , voy á ser reina del Mayo.

Cuando caminando valle arriba me dirigía hacia casa ¿ á quién pensáis que vi , sino á Robin , apoyado sobre el puente debajo del avellano ? Sin duda se acordó de la fría mirada que le dirigí ayer , pero voy á ser reina del Mayo , madre , voy á ser reina del Mayo.

* * *

Tal vez me tomó por una sombra porque estaba toda de blanco y pasé junto á él sin decir una palabra , con la rapidéz de un relámpago . Me llaman insensible y cruel , pero no me importa lo que dicen , porque voy á ser reina del Mayo , madre , voy á ser reina del Mayo.

* * *

Dicen que Robin se muere de amor , pero eso es imposible ; dicen que se muere de pesadumbre ¿ pero á mí qué me importa ? Nunca me faltarán muchachos más intrépidos que me galanteen , y voy á ser reina del Mayo , madre , voy á ser reina del Mayo.

* * *

La pequeña Effie irá conmigo mañana á la verde pradera , y también vos estaréis allí madre , para ver como me hacen reina , porque los zagales vendrán desde muy lejos á ver la fiesta , y voy á ser reina del Mayo , madre , voy á ser reina del Mayo.

* * *

La madreselva del portal ha entretejido ya sus débiles

ramas y formado una undosa glorieta, y á la orilla de las acequias de los prados florece la débil, olorosa cardamina; la silvestre yerba-centella brilla como el fuego en los pantanos y en las oscuras cavernas, y voy á ser reina del Mayo, madre, voy á ser reina del Mayo.

El viento de la noche va y viene sobre la yerba de la pradera, y las dichosas estrellas parecen avivar su brillo al pasar sobre el valle; no caerá una gota de agua durante todo el largo día, y voy á ser reina del Mayo, madre, voy á ser reina del Mayo.

Todo el valle estará fresco y verde y tranquilo: la vellorita y el ranúnculo adornan el collado, y el riachuelo que riega la florida cañada mostrará su argentado brillo y correrá y saltará alegremente, porque voy á ser reina del Mayo, madre, voy á ser reina del Mayo.

Es, pues, preciso que os despertéis y me llaméis temprano; llamadme temprano, madre querida; mañana será el más dichoso día de todo el alegre año nuevo: mañana será el más risueño, más placentero día de todo el año,

porque voy á ser reina del Mayo, madre, voy á ser reina del Mayo.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



I estáis despierta llamadme, llamadme temprano, madre querida, porque quisiera ver al sol alzarse sobre el alegre Año Nuevo. Es el último Año Nuevo que he de ver: después podéis colocarme en la profunda fosa en el cementerio, y

no pensar más en mí.

Esta tarde vi ponerse el sol : se puso dejando tras sí al buen Año Viejo , el feliz tiempo pasado , y toda mi paz de espíritu ; y el Año Nuevo se acerca , madre , pero no veré jamás el endrino cubierto de flores , ni los árboles vestidos de verde.

En Mayo último hicimos una corona de flores , y tuvimos un día de jolgorio : en la verde pradera , debajo del espino blanco , me hicieron reina del Mayo : y bailamos en torno del Mayo , y en el bosque de avellanos , hasta que la Osa Mayor se dejó ver por encima de las altas chimeneas.

No hay una sola flor en los collados , y el hielo empaña las vidrieras : sólo deseo vivir hasta que vuelvan las campanillas blancas ; deseo que la nieve se derrita y que el sol brille en todo su esplendor . ¡ Anhele tanto ver una flor antes de morir !

La corneja , ocupada en hacer su nido , gazará en la cima del olmo gigantesco ; el frailecillo de lindo penacho cantará en el barbecho , y la golondrina volverá en el ve-

rano sobre las olas ; pero yo estaré sola , madre , consumiéndome en el sepulcro.

* * *

Por la mañana temprano brillará el sol sobre la ventana de la parroquia y sobre mi tumba , antes que el rojo gallo cante en la heredad del cerro , cuando estéis durmiendo en vuestro caliente lecho , y todo el mundo se halle reposando.

* * *

Cuando las flores vuelvan , madre , no me veréis ya vagar por los campos á la moribunda luz del crepúsculo , cuando los vientos estivales barren la seca , oscura campiña , y acarician con su fresco aliento á la yerba de avena , á la espadaña , y á las eneas del lago.

* * *

Me enterraréis , madre mía , á la sombra del espino blanco , y vendréis algunas veces á ver mi humilde sepultura . No os olvidaré , madre ; oiré cuando paséis con vuestros pies sobre mi cabeza , hollando el hermoso y lozano césped.

* * *

He sido rebelde y caprichosa, pero me perdonaréis ahora; me besaréis, madre mía, y me perdonaréis antes de que me muera. ¡Oh, no lloréis! no os dejéis agobiar por el dolor; mi pérdida no debiera afligiros, madre, pues tenéis otra hija.

Si puedo, madre mía, he de volver de mi lugar de reposo: aunque no me veréis, yo contemplaré vuestro rostro; y aunque no me sea dado hablar una sola palabra, he de escuchar lo que digáis: con frecuencia estaré á vuestro lado cuando me creáis lejos de vos.

¡ Buenas noches, madre mía, buenas noches! Cuando haya dicho buenas noches para siempre, y me veáis conducida fuera del umbral de la puerta, no permitáis que Effie venga á verme hasta que la yerba crezca sobre mi sepultura. Estoy segura de que Effie será mejor hija que yo; más obediente y cariñosa.

Encontrará mis aperos de jardinería sobre el piso del granero: dejad que ella los guarde; suyos son, que yo no podré ya usarlos jamás. Pero decidle, cuando yo haya es-

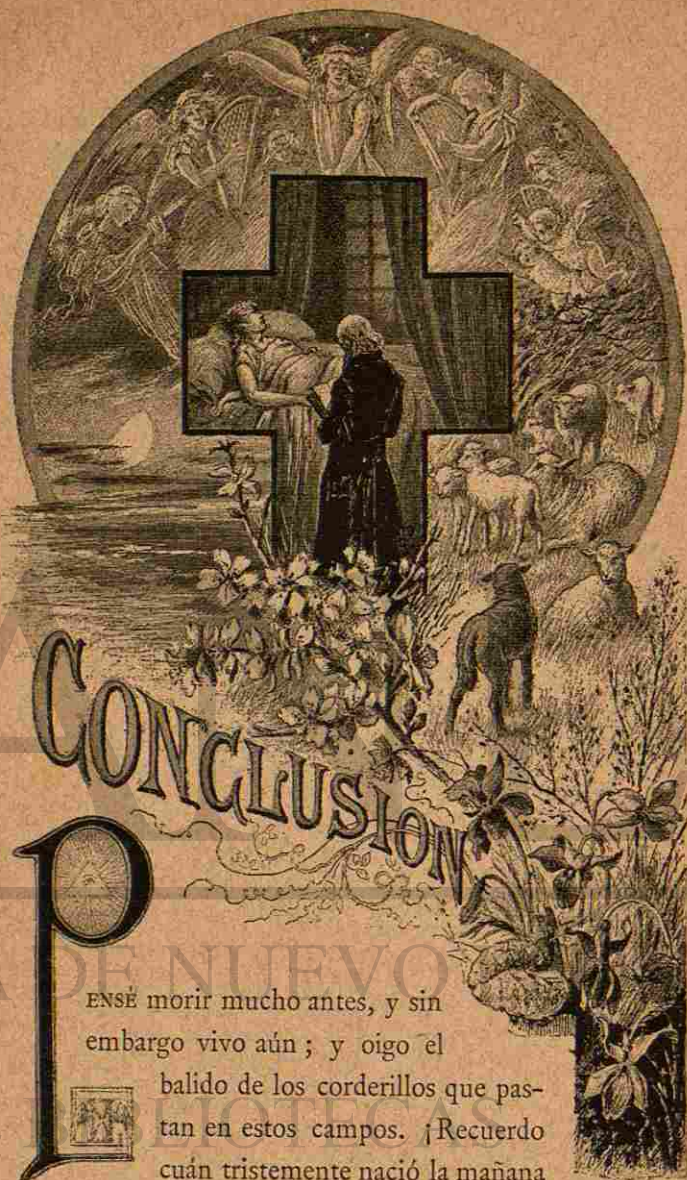
pirado, que dirija mi rosal alrededor de la ventana y que cuide de la caja de reseda.

Buenas noches, querida madre; llamadme antes de nacer el día. Toda la noche yazgo despierta y me duermo hacia la mañana, pero quisiera ver al sol alzarse sobre el alegre Año Nuevo; así, si estáis despierta, llamadme, llamadme temprano, madre querida.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



PENSE morir mucho antes, y sin embargo vivo aún; y oigo el balido de los corderillos que pastan en estos campos. ¡Recuerdo cuán tristemente nació la mañana del año! ¡Creía entonces morir antes de que viniesen las campanillas blancas, y ya las violetas están aquí!

* *

¡ Oh ! dulce es la nueva violeta , medio escondida entre las verdes hojas ; y todavía más dulce me parece la voz del corderillo , á mi que no me puedo levantar : hermoso es el país que nos rodea , y hermosas son las flores que entreabren sus corolas , y mucho más dulce y más hermosa que la vida es la muerte , para mí que anhelo *marcharme*.

* *

Al principio me parecía tan penoso dejar el bendito sol , y ahora me parece tan duro quedarme. No obstante, hágase la voluntad del Señor. Pero creo que no pasará mucho tiempo antes de que encuentre la libertad por que suspiro ; y ese buen hombre , el sacerdote , me ha dicho palabras de paz.

* *

¡ Oh , bendita sea su bondadosa voz y su cabellera de plata ! ¡ Bendita sea su vida toda hasta que venga á encontrarme allá ! ¡ Oh ! ¡ Bendiciones sobre su bondadoso corazón y su plateada cabeza ! Mil veces le bendije mientras estaba arrodillado cerca de mi lecho.

* *

Me enseñó toda la misericordia , porque me mostró todo el pecado. Ahora , aunque mi lámpara se encendió tarde , no dudo que el Señor me abra las puertas del Paraíso. Por nada en el mundo quisiera estar buena , pues mi único deseo es ir á Aquél que murió por mí.

* *

No oí el ahullido del perro ni el canto del grillo , madre ; mi próximo fin me ha sido anunciado de un modo más grato , cuando la luz del alba empezaba á ahuyentar las sombras de la noche. Sentaos junto al lecho , madre mía , y Effie al otro lado : dejadme estrechar vuestras manos entre las mías , y os he de referir el feliz presagio.

* *

Durante la borrascosa madrugada de Marzo , oí que me llamaban los ángeles : era cuando la luna estaba poniéndose , la tierra se hallaba envuelta en una triste oscuridad ; oyóse el susurro de las hojas agitadas por el viento , y me pareció que los ángeles llamaban á mi alma.

* *

Porque hallándome enteramente despierta , me puse á pensar en vos y en la querida Effie , y me pareció veros sentadas junto al hogar , y con vestidos de luto. Mi silla

estaba desocupada. Entonces rogué por vosotras con todas mis fuerzas, me sentí resignada, y halagó mis oídos una música deliciosa, que parecía acercarse en alas del viento.

Pensé que era una alucinación, y escuché atentamente: entonces oí una voz que me hablaba, pero nada comprendí; mi alma se estremeció de gozo, y oí de nuevo la música que se acercaba en alas del viento.

Pero estabais durmiendo, y dije: — «No es para ellas esta música, sino para mí.» Y sí se deja oír por tres veces, pensé, la tomaré por un presagio. Entonces escuché de nuevo aquella armonía celestial, que se aproximaba lentamente, hasta llegar junto á las barras de la ventana: luego pareció remontarse derechamente al cielo, y morir entre las estrellas.

Creo, pues, que mi muerte está cercana. Estoy segura de no equivocarme. Sé que la bendita música siguió el camino que mi alma debe recorrer. Por lo que á mí toca, no sentiría morir hoy mismo. Pero, mi querida Effie, consuela á nuestra pobre madre después de mi muerte.

Y dí á Robin algunas palabras bondadosas; dile que no se aflija, pues encontrará muchas jóvenes, más dignas que yo, dispuestas á hacerle dichoso. Si yo hubiera vivido... no sé... podía haber sido su mujer; pero todo eso ha terminado juntamente con mi deseo de vivir.

¡Oh, mirad! El sol empieza á salir; los cielos están encendidos; un resplandor vivísimo ilumina esos hermosos campos. ¡Ah! ya no discurriré por ellos como otras veces; otras manos que las mías cogerán las silvestres flores que esmaltan el valle.

¡Oh, cuán dulce y extraño me parece el que, antes que este día termine, la voz que ahora está hablando puede encontrarse más allá del sol — en la mansión eterna de las almas justas y sinceras! ¿Y qué es la vida para que nos lamentemos? ¿Por qué la muerte nos espanta tanto?

Vivir eternamente en aquella santa morada; esperar

allí un poco de tiempo hasta que vengáis Effie y vos ;
yacer en la luz de Dios como yazgo sobre vuestro pecho...
Allí el malvado cesa de hacernos sufrir ; allí reposan los
que están cansados.

(Del inglés, de Tennyson).



ÍNDICE

	Pags.
ALFREDO TENNYSON.	i
Enoch Arden.	23
Gareth y Lynette.	75
Merlin y Bibiana.	163
La Reina Ginebra.	225
Dora.	269
La Maya.	283
La vispera de año nuevo.	291
Conclusión.	297

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

